

Conversación con Aníbal Pinto / El síndrome de la plaza / Un año de gobierno conservador / Capitalismo y reforma del estado / ¿Adónde va el Este? / ¿Hubo un "totalitarismo" soviético? / Comunismo y socialdemocracia / El último internacionalista

Suplemento/8: Posibilidades y límites del centroizquierda en Argentina

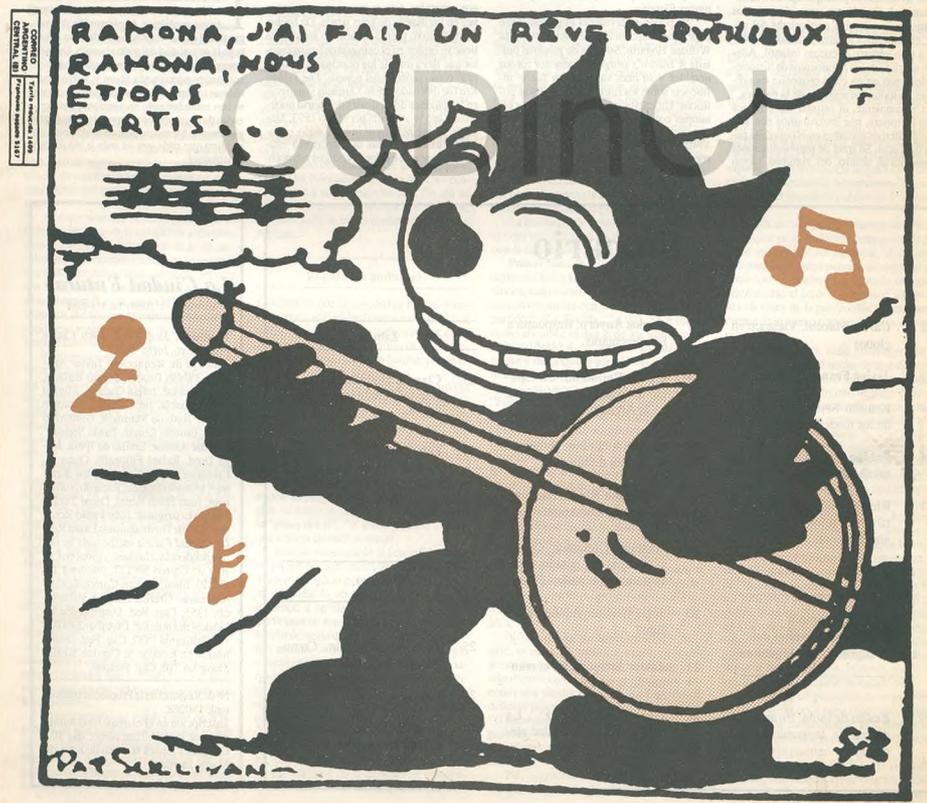
Macchi, Franzé, E. Semán, Bosoer, Mazzorín, Rivas, de Ipola, Auyero, Raimundi, H. A. Bravo, González, Godio, Ortiz, Ingerflom, Claudín, Pradera

La Ciudad Futura

Revista de Cultura Socialista

Directores: José Aricó, Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula

Número 22, abril-mayo 1990. \$ 15.000.-



Viajando en globos

Carlos Macchi

A más de un siglo de su nacimiento, la historieta, tal como hoy la conocemos, ha ganado un espacio de importancia dentro de la llamada cultura de masas. ¿Cómo explicar semejante éxito? ¿Qué relación singular se establece entre el lector de cómics y éstos últimos?

Oscar Steinberg señala tres aspectos involucrados en el placer de leer historietas, tres ejes causales que a su vez presentan un innegable arraigo histórico: el placer de leer en dibujos, el de ser un superhéroe y el de escuchar cuentos. El primero de estos argumentos ha sido desarrollado por Robert Benayoun, quien coloca a la historieta como una suerte de restitución de los códigos desplazados por el convenio uso del alfabeto occidental. Otra explicación popular entre los críticos se basa en la transferencia imaginaria que el lector realiza con su héroe, la posibilidad que se le ofrece de vivir ilusorias aventuras en principio ajenas a su cotidianidad. Por último, considerando los códigos y la narrativa particular del cómic, encontramos lugares y situaciones comunes a otro género, el cuento infantil. Además, muchos de los argumentos de historieta devienen en un claro propósito moralizante, en todos los sentidos de la palabra.

Curiosamente, al rastrear los orígenes de la historieta, nos encontramos con una serie de dibujos reunidos en el conocido paño de Turín. Se trata de representaciones esquemáticas dentro del riguroso canon

egipcio, que ilustran una de las fábulas más antiguas, la lucha que entablan gatos y ratones. Este relato de guerra entre animales ingresa a Occidente posiblemente a través de árabes y turcos. La fábula, entonces, establece históricamente y desde tiempos remotos esta asociación de las bestias y la moral del hombre civilizado.

Existen otros antecedentes interesantes de la historia en otras tantas manifestaciones que se suceden en la historia del arte. En el *códice de Azcuilán* vemos a un hombre avanzando por un camino sinuoso y accidental; allí se lo muestra en diversas posiciones que denotan la fatiga en su trayecto. También hallamos tentáculos similitudes en los tapices de Bayeux y antiguos monumentos como la columna troyana, pero habrá que esperar hasta el siglo XVII para ver aparecer uno de los elementos más característicos del género: el globo que encierra los diálogos de los personajes, llamado por entonces *fiaturo*.

No podemos olvidar el importantísimo papel que ocupa en esta recorrida el inglés William Hogarth. Su serie de pinturas titulada *A Harlot's progress*, presenta rasgos notables y su obra va a ejercer fuerte influencia sobre los futuros caricaturistas políticos. Un capítulo aparte merecen las estampas conocidas como *images d'Epinal*, impresas por los hermanos Pellerin desde 1740, y que luego tornaron convenientemente a las vírgenes por San Napoleón en

una muestra de adaptación a las circunstancias que posteriormente la propia historieta cultivará con cariño.

Pero si consideramos al cómic como la reunión, más o menos feliz, de una serie de recursos estilísticos y narrativos, sus comienzos se remontan apenas hasta fines del siglo pasado. En Francia, con *La Familia Fenouillard*, de George Colomb, autor que, entre otras ocupaciones, ocupó la vice-dirección del laboratorio de Botánica de la Sorbona. Anterior a esta sátira de la familia burguesa, es la creación de Wilhelm Busch, *Maus und Moritz*, de donde el americano (del norte) Dirks tomará prestada, junto con las personas, la palabra que designa a la malada: *The Katzenjammer Kids*. En nuestro país, la aparición de revistas como *PBT y Tit Bits*, en 1904 y 1909 respectivamente, inaugura una tradición verdaderamente valiosa en el humor gráfico y la historieta.

Es interesante observar que, en términos generales, ésta se presenta por primera vez en los diarios de gran tirada. De hecho, el calificativo prensa amarilla o amarillista surge en su origen en el camión del mismo color que lleva uno de los personajes reconocido como pionero del género: *The Yellow Kid* fue dibujado por R. Outcault y apareció en las páginas dominicales del diario norteamericano *New York*, allá por el año 1893. Más tarde, ya a principios de nuestro siglo, se publican tres historietas del repertorio estadounidense que exploran códigos advancen

tes y a menudo anteriores a las vanguardias artísticas: *Krazy Kat*, de Herriman, *Little Nemo*, de Winsor Mc Cay, y *The Upside Downs*, de Gustave Verbeek. Se inicia con ellas una fecunda relación entre el cine, la pintura y los cómics que dará en algunos casos resultados de gran calidad.



La historieta se encuentra ya metahistorizada, y si tenemos en cuenta su originalidad que a veces se autofundicia resulta en la actualidad del todo absurda. Del lenguaje expresivo y conceptual que posea en sus inicios poco queda ahora y, salvo esporádicas excepciones, sus códigos y recursos se han estandarizado en versiones pauperizadas de argumentos y especulaciones, originalmente literarias, desconocidas para un público que cada vez ve más y lee menos. Continuará...

Las marchas "del sí" y "del no"

Plaza seca

Javier Franzé

Como la polisemia se ha puesto de su lado, cuando se anuncia la voz "plaza" no se hace más que invocar lo incierto. Así es, "plaza" designa ese espacio público amplio y extendido que se abre paso en toda urbe. Y, a la vez, nombra a aquel sitio amurallado, fortificado, que es puro baluarte de los pares para defenderse del enemigo común.

Plaza es tumulto verborriego, elocuencia, feria y contraste, ruptura. Pero también coraza y espera, embotamiento y recelo, confirmación.

Frente a los propios límites

El interrogante que han disparado el 6 de abril y el 1 de mayo es si ambas concentraciones se constituirán, con el tiempo, en el momento inicial de la conformación de sendas agrupaciones políticas. Es decir, si el aglutinamiento ciudadano a derecha e izquierda se confirmará como tendencia dentro de una política argentina.

Se intenta evaluar si se está produciendo un reagrupamiento de fuerzas ya existentes. Así planteada, la pregunta se asienta en el supuesto de que tal reorganización, por su efecto de clarificación, representa un salto cualitativo del sistema de partidos argentino.

Al desentocar que el reagrupamiento de fuerzas significa en sí condición suficiente para el enriquecimiento del sistema de partidos, la preocupación central que se generó alrededor de ambos actos no podía ser otra que la aritmética, el recuento de la cantidad de asistentes. Porque según la lógica de esta óptica, el éxito cuantitativo, en tanto consolidada ese reagrupamiento de fuerzas, conlleva el cambio cualitativo.

El interrogante que entonces hay que colocar es si la modernización del sistema de partidos se agota en el reordenamiento de las culturas político-ideológicas existentes (antes cruzando los puentes), o si requiere como proceso previo un cambio cualitativo en el interior de esas culturas y tradiciones.

Es el arcaísmo ideológico que puebla el conjunto de los partidos lo que genera la falta de nitidez en la distribución de esas formaciones, lo que trabaja su asimilación más o menos ajustada a vertientes de pensamiento universales. Es esa vetustez lo que transforma a los partidos (o frentes) en movimientos, es decir, en espacios donde moviéndose voluntades heterogéneas hasta lo incompatible. No se trata, entonces, de reordenar el arcaico.

A fin de examinar si el 6 de abril y el 1 de mayo repercutirán en términos cualitativos sobre el sistema de partidos, habrá que anteponer la evaluación del efecto que tales acontecimientos han producido en el interior de las culturas político-ideológicas que los generaron.

El éxito de la cual pueden brotar conductas que acaben neutralizando el potencial cualitativo que esos fenómenos encierran. Brevemente: tales actos pueden ser caracterizados por sus autores como el resultado necesario de una prédica trabajosa a lo largo de años, o, por el contrario, como punto de inflexión, que desata un cambio de época, en tanto tal, obliga a una revisión de la cultura política que marcó el sendero hasta hoy recorrido.

El éxito cuantitativo de las concentraciones ha colocado a quienes los convocaron frente a sus propios límites. De allí en más, plaza podrá significar fortificación/confirmación o, por el contrario, contraste/ruptura.

El cambio anónimo

La forma en que la novedad de la concentración repercutió en las formaciones políticas convocantes, comenzó a dejarse ver en la preparación y en el desarrollo de ambos actos, y se continuó luego en las interpretaciones que de ellos se formularon.

El tipo de convocatoria que formuló la derecha para el acto del 6 de abril, intentó construir desde el inicio un efecto de neutralidad destinado a disolver la identidad ideológica de los organizadores y, por supuesto, la de sus reivindicaciones. Se trataba de un acto "por el cambio", desprovisto de adjetivo que indicara qué tipo de transformación estaba en juego. Lógico: dado que el actual plan en curso es, según quienes engrasaron la "plaza del sí", "el único posible", ¿para qué aclarar de cuál se trata?

En esta estrategia de la neutralidad convergieron núcleos duros de las culturas político-ideológicas populistas y conservadoras: enfundar lo sectorial en lo "nacional", apelando a entidades trans-sociales como la "plaza del sí", "el único posible", "la participación del resto de las posturas (del otro) como aquello inoculado por una ideología ("foránea", además, para el caso de la izquierda). Así, se enfatizó desde un comienzo en la concurrencia al acto no con banderas partidarias — aun cuando se mostraba como un acto pluralista —, sino portando enseñanzas patrias. Se recomendó, asimismo, la concurrencia "en familia". El acto devino, así, un acto de la Nación.

La voluntad de la derecha de transformar el "acto del sí" en una manifestación

trans-ideológica, "nacional", se transparentó también en la forma en que este sector eligió narrar e interpretar su manifestación. ("El presidente) evitó cualquier alusión política" en su discurso, afirmaba en su crónica del acto, al día siguiente, el diario *La Nación*, y remataba el aserto profanando la identidad con la palabra presidencial: "no vendimos a hablar, sino a escuchar" en un grupo de partidos; vengo como presidente de los argentinos a expresar unas pocas palabras en nombre de esta nunca bien amada Patria". En la Plaza, la concurrencia rubricó tan neutralmente exitosa frase al correspondiente clamor de "Argentina, Argentina!". La estrategia de la neutralidad cesó con la caracterización no ya del acto en sí, sino con la de los concurrentes.

Para el éxito de la "plaza del sí", lo fundamental había sido "el aporte de los espontáneos, esquivo en los últimos tiempos para las convocatorias con nombre y apellido de partidos" (*La Nación*, 7-4-90). Se trataba, como afirmaba el diario de los Mitre en su editorial del 11-4, de "sectores sociales diferentes y de orígenes partidarios diversos e independientes", que llegaron a la Plaza "por sí mismos", "sin ser movilizadas". "Fue, en buena medida, una movilización de ciudadanos"; "Pero no de cualquier tipo de ciudadanos, sino de aquellos sectores que habitualmente prefieren manifestarse por las vías institucionales, respetuosos de las formas puras de la democracia, y que por eso mismo rechazan las expresiones tumultuosas".

Pero no bastaba con que los concurrentes fueran una suerte de atenienses-demócratas puros. La decisión de concurrir a la Plaza también debía ser neutralizada: "fue una reacción comprensible", destinada a "impulsar un cambio definitivo en la Argentina para forjar su progreso futuro y el bienestar de los habitantes", rezaba el editorialista.

Nécese que lo que había habido de decisión, es decir, de voluntad propia, en el objetivo de realizar la marcha, fue diluido y re-significado como una "reacción", esto es, como una última respuesta, una acción en defensa propia, la de quienes sólo quieren "el bienestar de los habitantes". Demasiado parecido a aquella apelación populista a "la felicidad de nuestro pueblo y la grandeza de la Nación".

La operación neutralizante agenció también en la reflexión de algunos de los

concurrentes a la "plaza del sí": "según yo la interpreto, la convocatoria del 6 de abril quiso decirles al presidente de la República y de refilón a toda la elite gobernante: ¡basta! ¿Basta de qué? De un Estado odioso, de una democracia pervertida, de una economía loca" (Marco Donevi, "Plaza de Mayo, 6 de abril de 1990", *La Nación* 25-4-90). Se desprende de esta caracterización —plagada de categorías teórico-políticas: estado odioso, democracia pervertida, economía loca— que los concurrentes a la "plaza del sí" marcharon para respaldar un plan que sólo se limita a remediar patologías. Y se sabe que lo patológico, como su reparación, implica un movimiento a-ideológico.

La repetición como despolitización

En cuanto a la denominada "plaza del no", algunos elementos de la convocatoria que quebraban la tradicional exterioridad de las fuerzas de izquierda respecto de la sociedad —por ejemplo: realizar el acto en un lugar público, abierto, no encolmado a los partidos en el acto, formero consignas convocantes amplias (aunque esto significara no superar la reivindicación negativa)— estos elementos, decíamos, no encontraron su correlato en el tono de la palabra de los oradores.

Si por un lado la convocatoria abierta logró reunir un importante contingente de público inorgánico, no militante, el discurso que partió del público pareció no detectar ese fenómeno —nuclear en tanto le otorgaba originalidad al acto—, y terminó situándose más cerca de la previsibilidad que dando cuenta de lo nuevo presente en la manifestación.

Aquí, entonces, cabe interrogar por el efecto que genera el hecho de que determinada formación política formulara invariablemente un mismo conjunto de diagnósticos y propuestas como toda oferta programática, prescindiendo de la especificidad del momento en que se enuncia.

Tal efecto es el de la suposición de que la situación económico-política permanece siempre igual a sí misma, reproduciéndose sin alteración. Supone, así, un tipo de reproducción del sistema social construida sobre la base de una hegemonía que se despliega en forma lineal, a voluntad, sin desfases ni disputas ni resistencias que generen la necesidad de poner de manifiesto los mecanismos de coacción como condición para poder realizar esa hegemonía. Imagina la estructura social dotada de una docilidad tal que no requiere la puesta en acto de estrategias de renovación-restauración de lo hegemónico. Visión que, en definitiva, desbarranca la noción de hegemonía y la suplantada por la de dominación, es decir, por la de una indefinida coacción en estado puro.

Al suponer tal pasividad de lo subalterno (contracara de la pura coacción), pierde de vista los movimientos progresivos de tensión y distensión presentes en las relaciones de fuerza política y social.

Resaltando especificidad a la situación presente, este discurso cede descargando todo el peso sobre la estructura profunda que sos-

Sumario

2	Carlos Macchi: Viajando en globos	12	Carlos Ayuyo: Respuesta a un comentario	Libros
3	Javier Franzé: Plaza seca	14	Carlos Raimundi: Un espacio de izquierda democrática en la Argentina	
4	Ernesto Semán: El regreso de los modernos	16	Héctor A. Bravo: Evitemos los dobles discursos	
6	Fabían Bosoer: Un año de revolución conservadora	17	Guillermo Rivas: Hacia un nuevo consenso social	
7	Ricardo A. Mazzorin: Capitalismo y reforma del estado: una digresión	18	Gustavo González: Contra el milagro sin pasado (conversación con Aníbal Pinto)	Ensayo
	Suplemento/8 Posibilidades y límites del centro-izquierda en Argentina	20	Julio Godio: ¿Adónde va el Este?	
		21	Javier Artigues: En el nombre de la rosa	
9	Emilio de Ipola: Un aporte al debate de la izquierda democrática	22	Guillermo Ortiz: La cara oculta de la unidad alemana	
		23	Claudio Ingerflom: ¿Ha habido un "totalitarismo soviético"?	
		24	Fabían Bosoer: La saga de Alain Rouquié (Extremo Occidente, de Alain Rouquié)	
		25	Fernando Claudín: Comunismo y socialdemocracia	
		26	Cartas	
		28	Javier Pradera: El último internacionalista	

La Ciudad Futura

B. Mitré 2094 - 1° (1039) Tel. 953-1581

Dirección: José Aricó, Juan Carlos Portantiero, Jorge Tula.

Consejo de Redacción: Javier Artigues, Fabían Bosoer, Sergio Bufano, Javier Franzé, Julián Godano, Miguel Ángel García, Julio Godio, Marcelo Leiras, Antonio Marín, Guillermo Ortiz, Ernesto Semán, Pablo Semán. Comité Asesor: Emilio de Ipola, Jorge Dotti, Rafael Filippelli, Oscar R. González, Jorge Kozz, Carlos Kreimer, Marcelo Lovzada, Ricardo Nudelman, Juan Pablo Renzi, Oscar Terán. Maqueta original: Juan Pablo Renzi. Servicio de Ilustraciones: Laura Rey. *La Ciudad Futura* recibe toda su correspondencia, cheques, y giros en Casilla de Correo N° 177, Sucursal 12, (1412), Buenos Aires. Composición e impresión: Gráfica Integral, Albarracín 1955, Cap. Fed. Distribución en kioscos del interior: Distribuidora Río IV, California 2587, Cap. Fed. Distribución en kioscos de Capital: Sinfin. Saavedra 710, Cap. Federal.

N° de Registro de la Propiedad Intelectual: 150268. Suscripción en el exterior (seis números) que incluye flete aéreo: u\$s 30.- Cheques y giros a la orden de Arnaldo Martín Jáuregui.

tiene a esa situación, pero en verdad, al no caracterizar los cambios de estrategia hegemónica como condición necesaria para la reproducción de esa estructura profunda, acaba por sustancializar esa estructura, otorgándole el estatus de aquello que ha sido definido de una vez para siempre, a-históricamente.

Esta óptica que entiende la estructuración económica capitalista en términos de esencia, en tanto tiene capacidad de autorproducirse indeterminadamente, sin recomposición alguna, no hace más que despolitizar su discurso y, así, en potencia, la mirada de su auditorio.

Concretamente, desde el 6 de febrero de 1989, buena parte de las conductas de los sectores hegemónicos han salido a superficie. Pero ese salir a superficie no ha representado un tributo para esos sectores. En parte, porque la izquierda no ha señalado esas conductas (impotencia que, por cierto, comparte con amplios sectores del progresismo), no las ha mostrado a la sociedad, ni las ha hecho circular. ¿Es que no las ha registrado, o las considera santuarías por superestructuradas?

Ha obtenido la comprensión de esas conductas (de esos cambios de estrategia hegemónica) mostrando un discurso más "radicalizador": aquel que explica "el continuismo de los últimos cuarenta años" (y esta idea de continuidad es ya un acabado exponente de esa noción de reproducción indefinida de lo estructural) imputando a sus adversarios una pérdida voluntaria conspirativa. Lo cual la obliga, necesariamente, a exponer la injusticia como fruto de una

suerte de maldad y a condenarla entonces desde un punto de vista moralizante, casi eclesial. Es que ha reducido el movimiento de lo socio-histórico a la sola voluntad de los actores y así, en tanto indeterminado, a la posibilidad de que ese movimiento no se realice.

Otro elemento distintivo en cuanto a la forma en que la izquierda procesó (o comenzó a hacerlo) su acto, fue la invincación que le formuló a la CGT-Azopardo, en la figura de su secretario general, Saúl Ubalindi, para que éste fuera el orador principal de la concentración.

Luego de la previsible negativa del líder cegetista, el diputado Luis Zamora lo tachó de "desertor". Por su parte, el Partido Obrero, hizo saber que tal negativa demostraba que el movimiento obrero necesita una nueva dirección.

Se sabe que quien deserta es alguien que hasta la víspera ha participado de lo que hoy rechaza. Zamora calificó a Ubalindi de "desertor de la lucha contra los explotadores". ¿Ha participado alguna vez Ubalindi (y en su figura, la burocracia sindical peronista) de "la lucha contra los explotadores"? Es más, ¿ha caracterizado alguna vez su lucha en esos términos? Entonces, ¿de qué ha desertado Ubalindi? y con él la burocracia sindical peronista? ¿Por qué el MAS eligió ese adjetivo, de baja calidad explicativa, para caracterizar la situación? ¿Es que no comprende la función histórica del sindicalismo de estado populista, o prefiere no explicitarlo públicamente?

En cuanto al aserto del PO: ¿qué "demuestra" la no concurrencia de la CGT-Azopardo al acto? ¿es acaso la primera vez en la historia que el sindicalismo peronista no participa en actos de ese contenido y características político-ideológicas? No es tan reciente la demostración de la impotencia de esa burocracia sindical a la hora de representar los intereses obreros.

Claro está que la apelación a Ubalindi por parte de los organizadores del acto tuvo más de maniobra destinada a "demostrar" la "claudicación" del líder cegetista, que de confianza en su conducta política. Pero precisamente por lo que el director contiene, al léxico se exhibe demasiado cercano a las mañas de la política tradicional.

Por otra parte, lejos de comenzar con la fuerza de la evidencia, y en la medida en que, otra vez, es incapaz de demostrar los lazos estructurales de esa insistencia cegetista (límites ideológicos y de clase), el discurso de la izquierda finalmente reduce ese no concurrir a un comportamiento voluntario, a una pura decisión personal (figura del desertor), que por su componente individual de lo que puede traducirse en irrepresentativa de la clase en los hechos encarna: la actitud de la burocracia sindical peronista. Así, en definitiva, se configura como un elemento de despolitización.

Si bien es posible pensar que tanto el 6 de abril como el 1 de mayo pueden llegar a configurar la creación de nuevos movimientos políticos argentinos, la pregunta posible es responder en el mediano plazo) es si este fenómeno significará un salto cualitativo en

sistema de partidos.

Como decíamos en el inicio, no parece posible una renovación en la esfera política mediante el mero reordenamiento de las fuerzas existentes. Es en el interior de esas culturas y tradiciones político-ideológicas dadas donde debe difundirse un proceso de modernización. Por esto preferíamos preguntar previamente por el efecto de esos acontecimientos originales que fueron el 6 de abril y el 1 de mayo en el cuerpo mismo de las corrientes que lo generaron.

En esta dirección, cada una de las corrientes políticas que nos ocupan aparece cruzada por una contradicción: si por un lado han podido generar desde sí tales actos originales, por otro lado, no parecen poder registrar lo central de esa novedad sino con los registros que arrastran desde el pasado. Y esa manera de metabolizar lo que han producido, en un mismo movimiento titular lo nuevo y se encaminan a reafirmar los rasgos culturales e ideológicos propios, legitimándolos por el éxito cuantitativo, antes que a revalorarlos.

Por ahora, esta imposibilidad de estar a la altura de lo que se ha generado se expresa en el efecto de despolitización del debate público que ambos actos han construido. Y lo ejemplifica precisamente porque fueron esas dos corrientes las únicas que lograron, al menos, crear las condiciones para ese potencial debate. Otras tradiciones (léase centroizquierda, centro) parecen abandonadas a su silencio.

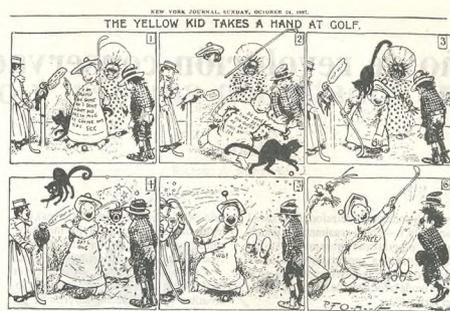
Por ahora, por ahora, la catalanaragonesa voto "plaza" permanece políticamente incierta.

propias del debate cotidiano, en la lucha por determinar que rol debe cumplir el Estado subyace la disputa entre los valores que rigen a una sociedad capitalista y democrática. Y si bien ellos, la rentabilidad y la justicia, no son a priori los polos de un antagonismo y en ciertas condiciones han logrado pactos equilibrados, y duraderos, la Argentina no parece ser el terreno para un acuerdo de facultad. Lo que aparece como el enfrentamiento entre "estatistas" y "privatistas" no sólo no es trascendente sino que es posterior a otra ruptura entre quienes aparecen como más fieles representantes de un bosquejo de sociedad que tenga como sustento valorativo y de relaciones a la rentabilidad o la ganancia y entre quienes aspiran a una base moral de equidad y justicia, división que no coincide necesariamente con la primera. Una disputa más profunda y con efectos más trascendentes es que para otros el problema es el déficit y para otros los problemas de justicia se refieren a las actuales circunstancias de déficit. Y no es lo mismo resolver el déficit que la injusticia.

Si el debate se lleva al primer terreno, la ecuación se reduce a eliminar las actividades no superavitarias de la órbita pública y, paralelamente, a aumentar los ingresos fiscales. Desapareciendo cualquier velleo de neutralidad técnica, está claro que lo que termina en su resolución estos dos factores es también el producto del proceso en el que algunos actores aparecen como momentáneamente hegemónicos. Una lectura liviana de cualquier diario mostrará que esta idea se ha extendido tanto dentro de "estatistas" como de "privatistas", pretende dar por concluido el debate augurando el superavit de las empresas públicas.

El mapa político se transforma si hablamos de que la modernización no puede pensarse sino asociada al concepto de justicia. La pregunta a hacerse entonces sería ¿quién y en qué condiciones garantiza la mínima justicia e igualdad de oportunidad para todos los miembros de una sociedad? Esto ubicaría en el centro del análisis a otros aspectos del funcionamiento de las empresas públicas que aparecen hoy subordinados al déficit. Pensemos bajo esta óptica el papel de los ferrocarriles. Supongamos que el estado logra sanear al máximo la empresa, modernizando su servicio, haciendo una racionalización más funcional de su personal, implementando un sistema de compra de insumos a precios de mercado y mejorando el control y la venta de pasajes. Esta brillante gestión permitiría optimizar las ganancias de los principales ramales suburbanos, del interior y de carga. Sin embargo, el ramal Andino, sin Buenos Aires, podría ser rentable? Seguramente sí, al igual que muchas otras ciudades del interior de pocos habitantes y menor poder adquisitivo que tienen en el su única vinculación con los centros urbanos. Pensemos ahora un saneamiento similar en ENT. El problema no daría lugar a una disputa, sino a una zona desértica de los lugares que como la ciudad, Buenos Aires u otras ciudades grandes tienen una demanda masiva, en muchos casos sofisticada, y con posibilidades de pagar por la misma. Pero ni el más hábil de los administradores de empresa e ingenieros lograría hacer rentable la instalación de una central telefónica en la selva chagasta o en la zona desértica de Santiago del Estero. ¿Qué hacer entonces en esas zonas?, ¿qué hacer con amplios sectores que no garantizan rentabilidad alguna? Evidentemente la actividad económica del estado no se encaro en su momento entendiendo a la sociedad en términos de mercado, sino de equidad y de garantizar una cierta igualdad de posibilidades, esas que hacen que pese a todo hablemos de La Quiaca o de Palermo, de un marginal y de un financista, como de un mismo país.

Si nadie piensa que esta tarea, que transcurre en una dimensión lejana a la de la rentabilidad, pueda ser adjudicada al capital



privado, ya que obtener la máxima ganancia con la menor inversión posible es su mayor éxito y prescindir de la rentabilidad sería contraria a su "razón de ser", de la misma manera, la actual discusión sobre los beneficios y perjuicios financieros de las empresas públicas sólo puede entenderse como un desplazamiento de su "razón de ser", aquella que lo obligó a hacer justicia aunque eso no diera dinero.

Si en las condiciones de desarrollo regional desigual, de poderes adquisitivos tan disímiles y de antagonismos sociales tan pronunciados la rentabilidad y la justicia no son compatibles, el proceso de modernización aparece como la lucha por la imposición de uno de esos valores sobre el otro. Imposición que si bien nunca es total le da los rasgos vertebrales a la sociedad y al estado. Así pareció entenderlo el radicalismo durante el primer gobierno de Perón, cuando se vulgarizó el debate y redujo el spot publicitario del día ministro. En efecto, hacia 1985, presionado por la inviabilidad del modelo distribucionista que había pensado, el radicalismo introdujo el tema de la modernización con un discurso y una acción que hacían pie no sólo en la restructuración de las empresas públicas sino también en la expansión de las políticas sociales (dotando a amplios sectores, no sólo del alimento básico sino también de una forma de relación con el resto de la sociedad y con el estado con un menor grado de subordinación) y en una reforma constitucional que potenciaba la presencia de la sociedad civil en el sustento del sistema, bosquejando una Argentina del siglo XXI no sólo económica y políticamente eficiente sino política y socialmente más igualitaria.

En este marco, la presencia del estado importa no en términos de un agente económico más, sino en la medida en que puede representarse un acuerdo de convivencia y equilibrio entre los distintos intereses, justificando su presencia en la vida económica como la herramienta que tiene la sociedad para hacerlo cumplir.

Pacto de gobernabilidad

El debate sobre la gobernabilidad del sistema político reconoce también su origen en la búsqueda de nuevas formas de enfrentar nuevos y viejos problemas de la sociedad moderna. Estos son los relacionados con la delimitación del espacio público y de las relaciones sociales que serán representadas en la escena política.

La década del 80 fue para Europa la de la expansión de la política a más de seis relaciones sociales. Fue la década en la que desde las relaciones sexuales hasta el equilibrio del medio ambiente dejaron de ser parte de la esfera privada para ensanchar el espacio

público y la política. Un régimen democrático que tendía a democratizar la sociedad. Los sistemas políticos de Europa Occidental aparecen así como atenuados, incluso, lo que en parte no pone en juego su estabilidad por el hecho de que los antagonismos sociales relacionados con el sistema capitalista están amortiguados por un cierto bienestar general.

Durante la misma década Estados Unidos recorrió el mismo camino pero en sentido contrario. La política está reducida a una dimensión cada vez más pequeña de las relaciones sociales y el estado asume cada vez más el papel de administrador de las cuestiones que hacen al mantenimiento del mismo. Países tan disímiles como Estados Unidos o Colombia, tienen altos niveles de antagonismo social pero, a diferencia de Europa, sus sistemas políticos son fuertemente excluyentes: mientras que en Colombia no sólo en la escasa participación electoral (entre un 40 y un 50% en EE.UU. y entre un 20 y un 40% en Colombia) sino también en múltiples aspectos de la vida social que aparecen como naturalmente no reflejados en la escena política.

Argentina tiene hasta hoy la combinación explosiva de una sociedad altamente polarizada con intereses apertadamente enfrentados y un sistema político de gran inelástico en el que todos los sectores sociales tienen no sólo instituciones que los representan sino una presencia de la política en la vida cotidiana como en pocos países del continente. Representatividad que si bien no puede entenderse de la misma manera que la europea, ya que la presencia oficial de la política es mucho menor y la posibilidad entonces de que se produzcan quiebres en los esquemas de representación son mayores, como podría pensarse que está ocurriendo ahora, si define una sociedad menos dócil y vulnerable que la de países hermanos. En ese marco, la discusión que subyace en las declaraciones, marchas y contramarchas sobre un posible pacto de gobernabilidad es la de definir en qué sentido se modificará esta situación.

Limpiando el debate de oportunismos y discursos declamatorios, en la actualidad dos posturas aparecen como más claras y en disputa. En una de ellas se piensa en una flexibilización del sistema político, la manera que determinadas demandas no pongan en juego la estabilidad de todo el orden, acompañando esto con un discurso y una acción política que rescate las demandas más vastas, no sólo económicas, sino que tienda a hacer afiorar y politizar la diversidad de actores sociales en conflicto. En la otra idea se piensa en la consolidación de las estructuras menos deliberativas del sistema (lo que se vincula también con cierta privatización de la actividad pública, que se expresa no sólo en las esferas económicas que el estado deja de lado, sino que se evidencia en el hecho

de que las funciones que inevitablemente debe asumir el estado antes de transformar al país en una Sociedad Anónima como le gustaría, se realicen asumiendo criterios de eficiencia propios de la actividad privada, contrando el problema en la rapidez y lo ejecutivo de la acción de gobierno antes que en lograr mediante el debate y la negociación un consenso político para la misma), en el caso de una propuesta de despolitización de la vida social, un menoscabo del papel de los partidos políticos, de la actividad sindical, de las organizaciones intermedias y, en general, de la capacidad de la sociedad civil para hacerse cargo del mantenimiento y la consolidación del sistema político.

Si es así, ¿cuáles son las verdaderas posibilidades de establecer un pacto político sustantivo, es decir que encamine a los partidos más representativos tras una misma política, cuando las posiciones enfrentadas, que cortan horizontalmente a los partidos mayoritarios, es tan fuerte y su antagonismo no responde solamente a la confrontación de la concentración de los intereses políticos sino a los intereses sociales representados? De admitir que este pacto es inviable, la estrategia para consolidar el sistema político sería la inversa, demostrando que dentro del mismo existen alternativas que pueden representar otras inquietudes. La función del pacto político podría dirigirse entonces a dotar al estado de legitimidad política. El acuerdo no apuntaría ya a establecer desde el estado una política de izquierda, de centro o de derecha sino alguna política, a ser respetada por todos y dotando al estado de la fuerza necesaria para implementar los mecanismos de sanción que posea. Si así fuera, ¿cuáles son los elementos que dotarían al estado de esa legitimidad? Si la incapacidad de los grupos económicos dominantes para articular un proyecto hegemónico aparece como una de las causas principales del subdesarrollo político del estado, ¿qué podría aportar el pacto al respecto? Indudablemente muy poco, cuando una parte importante de los actores políticos que participan de este debate se han erigido como voceros de sectores cuyos intereses de facción no son hegemónicos, no se aricular en una idea de país y por tanto concurren irremediablemente en la disolución del estado, y aún más de cualquier instancia política que encuadre sus intereses. El presidente del radicalismo ha puesto como base de cualquier acuerdo con el gobierno la discusión sobre algún tipo de control en el manejo de las divisas, una política tributaria de signo contrario a la actual y la multiplicación o expansión de las políticas sociales. Propuesta que ha tenido eco en sectores del oficialismo, aunque recibió el aval de forma de una parte de su propio partido. Esta línea, por más primaria que parezca, dota al estado de una presencia mínima. ¿Cómo pactar la existencia con la inexistencia del estado?

Ninguno de estos interrogantes encuentra una respuesta clara en el actual debate político. Si en el futuro, existe la tendencia a ser más complacientes con la falta de definiciones de algunos actores políticos que de otros. Durante los últimos años pudo denunciar, sin caer en el macartismo, el cinismo de cierta izquierda en propuestas que eran asumidas a priori como inviables pero que eran fideles. Si en el futuro, existe la tendencia a ser más complacientes con la falta de definiciones sino nuevos espacios en disputa. Y embanderarnos sin delensar en ese respecto no sólo no nos lleva al éxito, sino que se conduce a un retroceso tal en el que sólo el hambre o la peste nos hacen olvidar la culpa.

Interrogantes que el debate político soslaya

El regreso de los modernos

Ernesto Semán

La vorágine política desplaza diariamente el centro de la discusión. Sin embargo, algunos temas logran cierta permanencia en el tiempo. La pregunta por el sentido y los caminos de la modernización constituye el trasfondo de todo el debate actual. Será necesario entonces detectar los fundamentos que la colocan en el centro de un conflicto todavía incapaz de definir claramente las fuerzas comprometidas y las opciones que se postulan.

la conformación de los estados-nación, como forma de organización política y social que posibilitó una intensa movilidad social acorde a una economía en transformación, y que sobre la base del concepto de ciudadanía y de una base de igualdad de derecho en la secularización de génesis. Expansión de los mercados, movilidad social creciente y surgimiento de los estados-nación, fueron todos procesos que, Revolución Francesa mediante, marcarían el nacimiento de las sociedades modernas de occidente.

Luego de haber recordado el segundo centenario de aquel 14 de julio, a las puertas de un nuevo siglo, las ideas y vueltas en el

sentido de las palabras y su apropiación muestran como un mismo término, la modernización, denota hoy un proceso de signo contrario al descrito anteriormente y que en muchos casos significa el retorno a formas de entender la política, la economía y la sociedad propias de la Edad Media.

Se ha instalado con bastante fuerza como parte del sentido común colectivo la idea de que los shoppings son una muestra del progreso de una sociedad moderna. Centros de venta que evidencian el paso de la diversificación a la concentración del consumo, y que sólo son posibles como forma de comercialización a partir de mercados pequeños y localizados. Se ha instala-

do también la idea de que la política y el estado modernos se reconocen en un acortamiento de espacio público, en el que la resignificación política de las relaciones sociales, previendo una posible "sobrecarga de demandas", fuera de los cuales, al igual que las murallas de la vieja ciudad, se debate la mística y la superación, la lucra y el predictor.

Paradójicamente, la lucha que abrió un camino sin el fin escrito, pero dentro del cual podía pensarse en nuevas formas de equidad económica y política y la expansión de la idea de justicia hacia las más variadas relaciones sociales, parece cerrarse hoy apocáticamente, en el regreso a cinco o seis siglos atrás, en la forma de recrear en el gran escenario terráqueo lo que hubiéramos preferido conocer sólo a través de libros y películas.

La modernización y el estado

Los debates que atraviesan la política argentina en el último tiempo, actualizan la cuestión de la modernización. Los referidos al rol del estado y a la posibilidad de establecer condiciones mínimas de gobernabilidad del sistema político son los que evidencian de manera más clara.

Desandando el camino de las impurezas

Un año de revolución conservadora

Fabián Boscor

Fiel representación de una realidad es- cindida y fracturada, tenemos un go- bierno que ha aprendido a actuar en va- rios registros paralelos y, como no podía ser de otra forma, un presidente que —plena- mente asumido en su rol— cumplirá su pri- mer aniversario inscripto también en las más variadas dimensiones del imaginario colec- tivo; de sus voces fantasmals, sus traumas no resueltos y sus visos pedestales barniza- dos. Reivindicación, sin más vueltas, de una cierta idiosincrasia nacional: individualista y popular; liberal en la paternidad, conserva- dora en su trasfondo, reaccionaria y frívola —aunque pretensiosa— en su masivo rito cotidiano de divulgación radiotelevisiva. Por alguna razón estos ingredientes de siem- pre han resultado una receta revolucionaria y sorprendente.

Las manifestaciones desconcertantes y movimientos improvisos, el cúmulo de anécdotas ligadas al show-business, las transparencias decolab y las simplicidad extrema de un liderazgo carismático que ha- ce de los moldes conocidos, son apenas epi- fenómenos de una operación política de en-vergadura y vasto alcance. Un peculiar estilo de cineado que nos descubre al Sr. Presidente como el "héroe de la acción" de una transfor- mación irreversible del país, aquel que ha percibido como nadie por dónde pasa la clave del desafío nacional: "un proyecto común de fortalecimiento del estado y de reconstrucción de un capitalismo competitivo que puede denominarse concientemente con precisión "revolución conservadora".

Afortunadamente para quienes empren- den la apasionante tarea de conocer el ideario de Carlos Menem, el Sr. Presidente tie- ne quien le escriba y lo interprete. Y no nos referimos específicamente al "apóstol" y promocionado *speech-writer* Gustavo Bé- la de encendida prosa, adjectivante y simo- nímica) ni tan sólo al "primer comunicador" mass-mediático "mi amigo Bernardo" (Neustadt) sino a aquellos que efectivamente diseñan el pensamiento fuerte y la ideología dominante en una abierta carrera por apropiarse del "sentido común" como pri- mera etapa en la construcción de un nuevo bloque histórico, la gran ambición refun- dacional.

Aunque en la idolatría del pragmatismo los hechos dicen reemplazar a las ideas, esta época de rebelión de la realidad tiene —en efecto— quienes la piensan. Son el núcleo, los intelectuales orgánicos, de la nueva de- recha argentina.

"La acción tiene sus propias reglas, y en ella misma está escrita su filosofía, que luego los 'intelectuales', interpenetrando, con suerte, una vez que los acontecimientos se han producido." Y bien: "La doctrina de Menem está escrita en su historia: viniendo del peronismo y yendo hacia la concepción de un nuevo movimiento nacional, cambiando... dentro de una permanencia, orienta al país hacia la 'revolución capitalista' y la economía de mercado; y en ese punto y momen- to, adquirido el proceso un carácter irrever- sible, comienza en la Argentina, por primera vez en su historia moderna a debate pro- fundamente ideológico, porque esta vez se discute sobre lo mismo".

Había que comenzar, pues, por la reforma cultural. Por quebrarle el espinazo al pro- yecto onomástico, el del reformismo social democrático, o —como usualmente lo defini- an— el "progresismo alfonsínista". Un es- fuerzo destinado a "producir la restauración del tejido social y la ética comunitaria, en la que se funda la fortaleza de las naciones "en sus fuertes".

El sentido de esta "lucha vital por el do- minio cultural"? "El resurgir del liberalis- mo como expresión ideológica de un capi- talismo innovador necesita para desplegar sus potencialidades un ambiente cultural y político fundado en el sentido de la continuidad histórica y en el "valor intrínseco de la identidad nacional".

En otros términos: "No hay proyecto li- beral en lo económico sino revolución con- servadora en lo político y cultural, que lique- de en el gran debate de las ideas los últimos restos del "progresismo" pequeñoburgués".

Desde entonces se citan ejemplos histó- ricos, mentores ideológicos y lecturas de la coyuntura que con admirable poder de sín- tesis abren el espacio de justificación discursiva al flamante esquema de gobierno. El tí- tulo "Menem tiene un enorme poder, no suficiente todavía para cambiar el país" se con- vierte, dos meses más tarde, en "Menem y Alsogaray, dos figuras decidas de una nueva síntesis". Estas explicaciones se repiten me- mensaje: "Lucha común contra el 'progre- sismo' tecnocrático: renace el capitalismo schumpeteriano aliado a la revolución con- servadora"; "Lo revolucionario del pensa- miento conservador"; "La revolución con- servadora es la sustancia vital de nuestra época"; Además, una fuerte insistencia para el nacionalismo hispanista que otora acompañó al peronismo: "Edmund Burke: lo conservador como expresión del realis- mo".

Ocurre que "los grandes cambios históri- cos se hacen mediante amplias coaliciones" que las lideradas en Estados Unidos por Roosevelt y Ronald Reagan y en Gran Bre- taña por Margaret Thatcher, y después de to- do, "Reagan y Menem sucedieron a James Carter y Raúl Alfonsín, dos personalidades ideológicamente afines, cultores ensimis- mados de los bellos discursos "progresis- tas".

El post-autoritarismo dejó paso así a dos proyectos culturales, dos lógicas en disputa, confundidas y entremezcladas en el seno de la sociedad, que se suceden durante la transi- ción democrática teniendo como marco un estado en bancarota: "La tarea que tienen Menem así no es ejercer el poder del es- tado sino administrar desde sus raíces, porque lo que recibe es tierra arrasada"; resume el comentario reiterando la misma fra- se utilizada por el presidente en su mensaje inaugural.

Sobre esta "cabeza de puente" se consti- tuye de la primera respuesta sólida a los pel- ligros que hasta ese instante se había contri- buido a agudizar al extremo. Y desde ese operativo de abordaje *avant la catastrophe* se instala para comandar no sólo al salvataje sino también (y principalmente) la cons- trucción de una nave a su medida.

Luego de una elección caracterizada como "hybridación", el "nuevo bloque" se crea, lacunar: paquetazos de leyes (emergencia económica, reforma del estado, privatiza-

ción, penal tributaria, estupefacientes), des- regulación casi absoluta de los mercados, eliminación de los instrumentos de inter- vención estatal en la economía, indultos, etc. Un primer balance podrá hallar detrás de esta travesía alambicada y salpicada de so- bresaltos (por momentos sorpresiva, por momentos alarmante) no sólo una muy cla- ra concepción de la política y lo político, de lo que se piensa y lo que se quiere, sino adé- más, como se ha visto, una lectura de la tran- sición y de nuestra historia reciente. Una re- fundación de la realidad alimentada por di- versas corrientes autopolíticas y foráneas, ayudada por los visos de perplejidad que soplan en el mundo, cuya confluencia y alumbramiento se rotula —según sus ver- siones— como "liberal-menemista", "re- volución productiva" o —en el más reciente esfuerzo de "actualización doctrinaria"— peronismo del siglo XXI".

La despolitización y la despolitización y cuestionamiento de la autonomía de lo político desde los frentes de batalla corporativos o desde las trincheras de la cuestión social, sin oposición, que se deriva, una vez en el gobierno, en una voluntad de re-politiza- ción sobre nuevas bases desde las que se de- claran estos "espacios" del poder, se delimitan calles y veredas de un nuevo cír- culo de relaciones impulsando realcimen- to en todos los ambientes. Espacios que dividen aguas a partir de "los nuevos temas de la agenda" lanzados desde la cumbre por quien ha plasmado en su discurso los deseos imaginarios de una masa desarticulada.

No se trata de cualquier politización, de un discurso del poder más en competencia con otros. Se trata de una "politización do- tada de otras características, alejada de mol- des desmoldados, de "vivezas" muertas, de formalidades deformadas por una "realidad irre- real", que a su vez, insistentemente, es el ambiente de la medicorrida [...]. Una politi- zación genuina donde... se pueda distin- guir la voz entre los ecos; que no transcurra por el simple grito de la propuesta hueca, la nada grandilocuente o el parloteo de consignas agudadas en el vacío como campanarios nostálgicos.

El mestizaje como rostro humano (nom- brando el espacio que ha dejado vacío) y que ha contribuido a vaciar) se desprende de él y refunda un escenario diferente ("su" presen- ta en escena) "con atmósfera salvífica y des- tinado manifestar. Pero en cuyos nombres, y signos es preciso rastrear algo más de lo que se quiere manifestar desde sus raíces.

Este res-creato populista contiene, en efecto, un trasfondo más rico y sofisticado que el de la vieja denostación a la "partido- caria", detrás de este "hacerse cargo" de la crisis de credibilidad y representación de los partidos y dirigentes políticos no sólo dando la voz que está más allá y que todo lo puede, apoyar a Bussi) y también —Paño- Ortega.

"La esencia de la política —señala el teórico de la nueva derecha francesa Gui- laume Fayé— ya no es señalar al enemigo. Es sobre todo, combatir lo político." Lo "político" es la modernidad misma, que ha dividido los conflictos antagónicos en las arenas de "una falsa convivencia", la ideología anti-política de los derechos huma-

nos", el progresismo, el humanismo y el igualitarismo.

Guy Sorman (otro amigo del presiden- to) acaba de reclamar una ideología de re- cambio que ocupe el lugar dejado vacante por la izquierda. La izquierda ha fracasado en los hechos —nos dice— pero sigue vigente en el campo intelectual. Prueba de ello es que "la derecha sigue protestando ante los ídolos de la izquierda: la justicia social y los derechos humanos".

"Estamos asistiendo —escribió Ernesto Laclau hace unos años (no imaginando sus proyecciones vernaculas)— a la emergencia de un nuevo proyecto hegemónico, el del discurso liberal-conservador que intenta ar- ticular la de facto neo-liberal de la economía de libre mercado con el tradicionalismo cul- tural y profundamente anti-igualitario y au- toritario del conservatismo".

La ensayista del justicialismo Diana Fer- rero no se anduvo con vueltas para definir- lo "Mismo discurso, con Perón y con con- servadores"; "sentido de pertenencia a una patria, cristianismo, familia, propiedad privada, libre iniciativa, respeto por las ins- tituciones fundacionales como las Fuerzas Armadas, son valores intrínsecos del peroni- smo. Y esto es lo que explica la alianza de Menem con Alsogaray".

En la misma dirección, cambiar la com- posición de la Corte Suprema ha sido un acto netamente político, tanto como lo era —según sus promotores— la "justicia alfonsi- nista". La única diferencia —dirán— es que unos lo asumen como tal y los otros se es- fuerzan por no hacerlo. En el caso de la di- visión de poderes, desde un inicio así lo ha- bía a entender Raúl Granillo Ocampo: "No existen tres poderes de estado, existe un so- lo poder que se hace visible y se ejecuta... a través de tres organismos: el Judicial, el Ejecutivo y el Legislativo. Desde ese punto de vista, siendo la unidad del poder indiscutible en estos momentos, no puede haber una di- versidad absoluta sobre la esencia de ese poder o sobre los contenidos mínimos".

Ruptura de la articulación entre liberar- smo y democracia y adopción de un mode- lo capitalista, atado a un proyecto conserva- dor hegemónico. "La economía popular de mercado" que había unido al discurso del oficialismo —aparece inspirada en la reformu- lación del *modelo pragmático* del justicia- lismo, respetando los valores perennes del mismo".

Superadas las divisiones partidarias, aglutinado el "qualunquismo" detrás del lí- der, contestados los viejos "ideologismos" (izquierda-derecha, este-este, socialismo- capitalismo) con el triunfo "definitivo" de unos sobre otros (y con él, también derrota- do el universalismo "despolitizante" de la ideología democrática) el nuevo movimiento nacional está en marcha.

(Si) lo viera el general!

Notas
De 1 a 7. Comentarios y artículos firmados por Jorge Castro, Jorge Bolívar Pascual Albanese y publicados en la edición dominical de El Cronista Comercial de los días 30.7.89, 8.4.90, 24.9.89 y 9.7.89, sucesivamente.
*Gustavo Béla, "Cultura y contracultura política", en "El Cronista Comercial", 24.9.89.
*Guy Sorman, en "La Nación", 26.5.90.
*El Cronista Comercial, 6.8.89.
*El Cronista Comercial, 24.9.89.
*Eduardo Curia, en "El Cronista Comercial", 20.5.90.

Capitalismo y reforma del estado: una digresión

Ricardo A. Mazzorin

1. Introducción

En el año 1985 se inició en la sociedad un debate sobre la crisis de la economía argen- tina, cuyos contornos fueron delineados por el Plan Austral. El programa concebido co- mo una estrategia de shock, tenía como ob- jetivo abatir rápidamente a la inflación que, a esa altura, había alcanzado tasas mensua- les del 25%.

El programa se convirtió en una política de reconstrucción del estado, ya que, al promoverse el logro de una estabilización, le repón a su función de coordinación macroeconómica. La combinación de polí- ticas ortodoxas fiscales y monetarias, con políticas heterodoxas de ingresos, significa- va un abandono de las recetas de ajuste que, a partir de la crisis de la deuda externa, el FMI había impuesto en América Latina. Simultáneamente, el gobierno asumía el compromiso de no financiar con emisión monetaria el déficit fiscal. Esta decisión fue el primer anuncio público de que en la Ar- gentina se había agotado la posibilidad de fi- nanciar altos déficits fiscales con tasas tolera- bles de inflación. El estado, congestionado por demandas que provenían de diferen- tes ámbitos institucionales y sectores socia- les, había encontrado en el financiamiento inflacionario, en años anteriores, la forma de administrar el conflicto distributivo. Tal había sido la clave para conservar su legiti- midad. Al promediarse la década del '80 ese modo de administrar el conflicto se había dividido en dos partes. Desde un lado se- rían las alternativas de financiamiento tam- poco disponibles. El endeudamiento exte- rno, de carácter voluntario, se había in- terrumpido. La disciplina fiscal se convertía así en imperativa para lograr una estabiliza- ción exitosa.

La socialización de los costos y la apro- piación privada de las ganancias, creó una crisis fiscal, o brecha estructural, entre los gastos y los ingresos estatales. El resultado fue una tendencia al aumento de los gastos a un ritmo más rápido que el incremento de los recursos necesarios para financiarlos. Un modo perentorio (rentístico) de desarro- llo capitalista, basado en la apropiación corporativa del poder del estado, alcanzaba sus límites. La crisis fiscal del estado traduce la crisis del capitalismo argentino.

2. Crisis fiscal y capitalismo prebendario

El resultado de la captura corporativa del estado fue una expansión del gasto relaciona- da con: (a) el aumento de la inercia de los gastos, y (b) una mayor asociación del sector público con las empresas privadas en las inver- siones de riesgo. Ambas prácticas darían nacimiento al estado contratista y al estado subvencionado.

La facultad del capitalismo se asoció a una permanente asistancia del estado. Es-



ta creciente dependencia del sector privado, respecto del subsidio público se fue generalizando, sobre todo a partir de la década de los años '70. Esto a su vez debilitó los "animal spirits" de los empresarios, pues la so- ciedad con el estado les aseguraba rentas de protección. De este modo el empresario schumpeteriano, que apropiaba rentas de innovación, fue desapareciendo del capitalis- mo argentino.

Al tiempo que se producía el aumento del gasto público, ligado a las nuevas for- mas que asumía la asistencia financiera del estado al capital privado, se verificaba una tendencia a la erosión de los ingresos fisca- les y del financiamiento público. La caída de los precios agrícolas en el mercado mun- dial, provocada por la guerra comercial en- tre los países del norte, fue haciendo cada vez más difícil la apropiación de la renta agropecuaria sin comprometer el equilibrio externo. El superávit financiero del régimen de previsión social fue desapareciendo len- tamente, hasta convertirse en un déficit es- tructural, producto del envejecimiento de la población y de la univocación de sus bene- ficios. La tributación de los impuestos a las ganancias y al capital, si bien nunca al- canzó la significación que tiene en la es- tructura impositiva de los países de capitalis- mo desarrollado, también desapareció como consecuencia de la inflación y de la evasión fiscal.

La pérdida de estas fuentes de ingresos sumada a la creciente incapacidad del estado para recaudar el impuesto inflacionario, se conjugaron con la expansión del gasto, que se tornó permanente, para producir la brecha estructural que está en el origen de este capitalismo buscador de rentas. (Ver Cuadro 1).

Cuadro 1. Fuentes de Financiamiento del Sector Público 1950-1986 (en % del PBI)

Fuente de Financiamiento	Año 1950	Año 1970	Año 1986
Impuesto Inflacionario	5,0	5,0	1,5
Impuesto a las Ganancias	3,0	2,0	0,5
Ahorro de la Seg. Social	4,0	(1,5)	
Retenciones al Sector Agropecuario	3,0	1,0	0,5
Total de las Fuentes	15,0	9,0	1,0

Fuente: Pablo Gerchunoff - Mario Vicens. Enero 1989 - Inst. Torcuato Di Tella.

Cuadro 2. Recursos, Gastos y Déficit Fiscal del Sector Público no Financiero (en % del PBI)

	1971-75	1976-80	1981-85	1986-87
Recursos Ctes., Gob. Gral.	19,0	23,8	23,7	24,8
Gos. Ctes., Gob. Gral.	19,3	20,2	26,1	24,3
Ahorro Cte. de las Emp. Públicas	0,6	1,9	-2,2	-0,1
Inversión Pública	8,2	12,9	8,0	7,1
Déficit Fiscal	7,9	7,4	12,4	6,7

FUENTE: Elaboración propia sobre datos de Ricardo Corfield - CEPAL - Octubre 1989.

tienen la virtualidad de ocultar a los ojos del público los reclamos corporativos, no se abandonó. El estado reemplazaba al merca- do en su función de asignador de los recur- sos. Curiosa paradoja del capitalismo ar- gentino que ha predicado "urbi et orbi" su credo libre empresa. El impacto de esta apropiación privada se reflejó dramática- mente en el déficit fiscal. (Ver Cuadro 2).

La instalación del régimen militar opo- ró como un disparador del gasto público. Este pasó, sucesivamente, del 27,5% del PBI en el período 1971-75 al 33,1% del PBI en el período 1976-80 al 34,1% del PBI en el período 1981-85. El gasto se incrementó durante la administración militar en un 24% respecto a los valores promedios del perío- do 1971-75. Las razones de este incremen- to hay que buscarlas en el estado contra- ta, que demandó un importante flujo de re- cursos asociado a la obra pública. La baja rentabilidad y la fragilidad financiera de muchos de estos proyectos contribuyeron fuertemente los recursos futuros y cons- tituyen una pesada herencia para el gobier- no democrático.

Durante los años del período 1976-1980, la inversión pública se ubicó por arriba de la media del quinquenio 1971-75. (Ver Cuadro 3).

Esta enorme expansión de los gastos de capital se concentró en: (a) la inversión en infraestructura deportiva —estadios y comunicaciones para el mundial de fútbol en 1978; (b) la inversión en el sector ener- gético —Central Atómica de Río Tercero, Complejo Hidroeléctrico de Salto Grande, Central Hidroeléctrica de Futaleufú, etc.; (c) la asignación de importantes recursos a Viabilidad Nacional para la construcción y mantenimiento de caminos y para el com- plejo ferroviario Zárate/Bravo Lario. Adic-ionalmente, un flujo creciente de recursos se dedicó a financiar un aumento de las inver- siones en las áreas de Defensa y Seguridad. La corporación militar, que había conquis- tado la suma del poder político, hizo un uso efectivo de sus nuevas prerrogativas. El gasto militar incrementó su participación en el período 1976-1982, respecto del período 1971-1975, en un 66%. Al mismo tiempo, las funciones del estado de bienestar vieron reducida su participación en un 35%. (Ver Cuadro 4).

Un rasgo notable del financiamiento del capitalismo argentino es el de su pobre performance en términos de crecimiento

Cuadro 3. Comportamiento de la Inversión Pública - Periodo 1976-80 (en % del PBI)

Período	1976	1977	1978	1979	1980
Inversión Pública	8,2	13,0	13,0	12,2	10,2

Cuadro 4. Participación porcentual de los sectores en la inversión pública nacional años 1976 a 1983 y medias anuales para el período 1971-75

Media Anual 1971/75	1976	1977	1978	1979	1980	1981	1982	1983
Inv. Pública Nacional	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
I. Sectores Económicos	79,2	77,8	75,0	72,6	71,6	77,0	74,7	82,3
Energía	39,8	45,7	43,9	46,1	41,9	45,5	47,6	57,3
Transporte	21,1	20,5	18,0	16,9	17,9	15,7	14,8	15,1
Resto	18,3	11,6	13,1	9,6	11,8	15,8	12,3	9,9
II. Sectores Sociales	9,8	7,7	7,6	8,2	6,3	7,0	5,2	3,9
III. Otros Sectores	11,0	14,5	17,4	19,1	22,1	16,0	20,0	13,8
Adm. General	1,5	0,4	1,0	1,3	1,8	1,4	1,4	1,3
Defensa y Seguridad	9,5	14,1	16,4	17,8	20,4	14,6	18,6	12,5

Fuente: La Desarticulación del Pacto Fiscal, en R. Carciofi - CEPAL - Octubre 1989.

Cuadro 5. Productividad Media del Capital en la Argentina Periodo 1970/1980

Año	Productividad Media del Capital (a)	Productividad Media del Capital Sector Público (a)	Productividad Media del Capital Empresas Públicas (a)
1970	0,4997	0,244	0,2118
1971	0,5017	0,223	0,2132
1972	0,4951	0,208	0,2105
1973	0,4985	0,199	0,2048
1974	0,5060	0,217	0,1961
1975	0,4833	0,206	0,1771
1976	0,4580	0,200	0,1553
1977	0,4576	0,196	0,1623
1978	0,4271	0,192	0,1546
1979	0,4439	0,189	0,1588
1980	0,4300	0,181	0,1605
1980 x 100	86%	72%	76%

NOTAS: (a) Tanto por uno.
 2. Reembolsos de Impuestos a las Export. Ind.
 Fuente: V. Elias: "El Crecimiento...", *Ensayos Económicos* núm. 21, 1982.
 V. Elias: "La Productividad...", *Económica*, La Plata núm. 2-3, 1985.
 H. Nunez Miñana y A. Porto: "Productividad...", en *Anales - Volúmenes II y III*, Tucumán, 1983.

Cuadro 6. Subsidios a través del Sector Público Nacional. Año 1987 (millones de US\$ promedio 1987)

1. Regímenes de Promoción Industrial	1307
2. Reembolsos de Impuestos a las Export. Ind.	217
3. Impacto del Régimen de quebrantos impositivos	252
3. Regímenes de Promoción Tierra del Fuego	67
4. Subsidio por venta de energía	986
6. Intereses de la deuda privada socializada (sin computar la pérdida de capital por la compra)	429
7. Subsidios a través del Presupuesto de la Administración Nacional	478
8. Exención de derechos de importación	546
	4012

Fuente: Secretaría de Hacienda de la Nación.

Cuadro 7. Ingreso, Ahorro e Inversión (% del PBI, a precios constantes de 1970)

Año	PBI	Efectos Términos del Intercambio	Pagos Netos a Nacional	Ingresos Brutos	Ahorro Nacional	Extr. Bruta	Balance Int. y Servicios
1980	100,0	2,3	-2,2	100,0	83,2	16,8	6,9
1985	100,0	-0,3	-9,3	92,4	8,4	2,0	10,3
1986	100,0	-2,1	-7,1	90,8	84,0	6,8	4,7
1987	100,0	-3,7	-6,1	90,1	83,1	7,0	6,1
1988	100,0	-2,6	-7,1	90,3	80,6	9,7	2,8
1989 (1)100,0					80,3		9,7

(1) Primer Semestre. Fuente: CEPAL.

económico. En el período 1970-84 la inversión bruta interna fija representó alrededor del 20% del PBI; no obstante, el PBI per capita disminuyó. Las razones de este pobre desempeño se debieron, entre otras, a la baja productividad de capital. Diferentes mediciones han confirmado la declinación de la productividad media del capital, tanto privado como público. (Ver Cuadro 5).

A medida que aumentaba la incertidumbre y se profundizaba la crisis económica y financiera, las presiones corporativas sobre el estado se intensificaron. El estado subsidiador, que había empezado a conformarse a comienzos de la década de 1970, adquirió sus rasgos definitivos en la década siguiente. La crisis de la deuda externa, desatada en 1982, precipitó nuevas demandas de intervención del estado. La nacionalización de la deuda privada se convirtió en una operación de socialización de las pérdidas de capital de tal magnitud que reconoce pocos antecedentes en nuestra historia económica. El estado tomaba a su cargo el financiamiento de la fuga de capitales rompiendo el pacto generacional. Esta fuga alcanzó la suma de 23.668 millones de dólares en el período 1976-83.

El cálculo provisorio del tamaño del estado subsidiador arrojó para el año 1987 una suma aproximada a los 4.000 millones de dólares. La promoción industrial, los intereses de la deuda socializada y las exenciones de derechos de importación representaron el 74% de las transferencias al sector privado. (Ver Cuadro 6).

La articulación del estado contrasta con el estado subsidiador, conseraba la alquimia del capitalismo argentino. Todos los mecanismos de extracción de rentas habían sido institucionalizados y ocultados, convenientemente, tras una maraña de leyes, decretos y resoluciones. Así se escamoteaba a la sociedad la posibilidad del ejercicio autónomo de su voluntad política.

3. Capitalismo y reforma del estado

La formulación de una estrategia de reformas y modernización del sector público, que fortalezca la capacidad de gestión del estado, es una tarea insoslayable que las fuerzas progresistas deberían acometer. Sin embargo, las principales iniciativas provienen de las fuerzas conservadoras, que han elaborado la agenda centrando la reforma del estado en la privatización de las empresas públicas. Este programa está lejos de representar una experiencia audaz. Durante los últimos años muchos gobiernos de América Latina han implementado iniciativas de este tipo.

Las privatizaciones se han convertido en un mecanismo providencial de financiamiento público y ajuste fiscal. Sostenen sus proponentes que todas aquellas actividades en los sectores financieros del sector público, tanto al eliminar una importante fuente de absorción de recursos como al obtener recursos líquidos para financiar el gasto. Según esta interpretación, las privatizaciones constituyen un programa de saneamiento fiscal y de recesión económica. En palabras del Ministro de Obras y Servicios Públicos de la Nación, Dr. José Roberto Dromi:

"... Para que la reformulación del estado implique una profunda reestructuración de su papel y el de las empresas privadas es necesario, que las iniciativas privadas puedan absorber todas aquellas actividades del campo de los servicios públicos y actividades comerciales e industriales, colaborando con la administración pública en la consecución del bien común de todo el pueblo argentino. Por ello se hace imprescindible la transferencia de actividades del sector público al sector privado mediante la privatización y la concesión.

Entendemos que tanto la privatización como la concesión no son fines en sí mismos, sino medios para liberar las energías materiales y morales del crecimiento, del talento, de la iniciativa, de la propiedad, de la capacidad. (Sic)".

(Ambito Financiero, Leyes, Decretos y Resoluciones para la Reforma del Estado)

Esta política privatizadora oculta, a la mirada indiscreta de la sociedad, el objetivo de preservación del capitalismo rentístico. La aversión al riesgo que el sector privado ha desarrollado al impulso de su estrecha asociación con el estado, convertirá a la privatización de las empresas más rentables en la única opción aceptable: ENTEL y Aerolíneas Argentinas son una prueba de este aserto.

Desde nuestra perspectiva, la reforma del estado contrastista y subsidiador es la pieza maestra de la reforma del capitalismo. Sólo de esta manera se podrá modificar las políticas de asistencia al sector privado podrá revertir la crisis fiscal. La modificación de la estructura de gastos y del financiamiento del Estado deberá incorporarse a un amplio debate nacional.

Los aspectos relacionados con el financiamiento del desarrollo, generalmente dado por supuesto, constituyen en realidad el problema central. Pues la pérdida de los recursos provenientes del ahorro externo, la caída del ahorro público originada en la brecha estructural entre gastos e ingresos fiscales, y la fuga de capitales se han convertido en una formidable restricción al crecimiento. (Ver Cuadro 7).

La caída del ahorro nacional y el ahorro externo han provocado una fuerte declinación en la tasa de inversión. Esta pasó de 23,7% del PBI en el año 1980 al 12,5% del PBI en el año 1988. El efecto inhibitor que una menor tasa de inversión tiene sobre el crecimiento perenne al sentido común. Las transferencias netas de recursos más las pérdidas por el deterioro de los términos del intercambio redujeron la tasa de ahorro interno en el período 1985-1988 en alrededor de diez puntos del producto.

4. Conclusiones

Este círculo que sólo ha perseguido demostrar que los problemas a los que nos enfrentamos, no se podrán resolver a partir de visiones simplistas de la realidad.

La necesidad de realizar transformaciones en el modo de funcionamiento de la economía argentina es una tarea que las fuerzas democráticas y reformistas no podrán eludir.

La primera y más urgente de todas las reformas es fortalecer la capacidad de gestión del estado. El primer paso en este camino es devolverle su función de administración macroeconómica. Parece difícil que el mercado pueda resolver los problemas de coordinación a través de mecanismos de precios.

El déficit fiscal, su achicamiento y método de financiamiento, constituyen la segunda prioridad. Sin disciplina fiscal parece difícil pensar no sólo en la estabilización de la economía, sino también en el crecimiento. En nuestra opinión el déficit fiscal es básicamente un problema de "ingresos fiscales".

Las respuestas a los interrogantes que hemos planteado a lo largo de estas notas, sólo se hallarán a través de un diálogo franco y honesto que renuncie a los dogmatismos ideológicos, a las identidades históricas y a las visiones ideológicas, como abrevaderos interpretativos.

La Ciudad Futura

Suplemento / 8

Posibilidades y Límites del Centrozquierda en Argentina

El actual debate sobre las posibilidades de construcción de una corriente política de centrozquierda arranca de una comprobación imposible de ocultar: las profundas limitaciones del radicalismo y del peronismo para implementar políticas de reformas de claro sentido progresista. Pero la creación de una corriente que aspire a ocupar el espacio de una gran fuerza reformadora supone asumir el desafío de elaborar programas, propuestas y estrategias a la altura de un vertiginoso cambio de época. Sin esta profunda y

radical reconstrucción cultural de la izquierda democrática argentina resulta imposible un proyecto capaz de romper con la lógica del esquema bipartidista y crecer como un factor gravitante en la formación de un bloque social y político alternativo. El debate que aquí iniciamos proseguirá en los próximos números y será acompañado del que confiamos abrir con el diagnóstico de la crisis económica que comenzamos hoy a debatir.

Un aporte al debate de la izquierda democrática

(A propósito de "Desde la incertidumbre" de Carlos Auyero)

Emilio de Ipola

I. Interrogaciones

¿Bajo qué condiciones podría ser viable una opción política de centrozquierda en Argentina? La respuesta a esta pregunta está lejos de ser obvia y no resultarían improcedentes cuestionar los términos mismos de su formulación, en tanto dan por supuesto que esa viabilidad existe —o no es imposible que exista— Por lo pronto, los partidos que, en los últimos treinta y cinco años, intentaron encarnar una alternativa de este tipo —a veces ayudados por algún efímero éxito— acabaron por esfumarse en mucho menos tiempo que el pronosticado por los más agoreros.

Tal fue el caso, por ejemplo, del Partido Socialista luego del golpe de 1955. Destinado lógicamente a ofrecer un alternativo entre el radicalismo y el comunismo; reforzada esta posibilidad luego de una primera elección que arregló con quien el antiperonismo derechista de quienes se agruparon en el Partido Socialista Democrático, el nuevo Partido Socialista Argentino, liderado por el progresismo juarista de Alfredo Palacios, Alicia Moreau de Justo y otros, pareció ocupar por un tiempo ese lugar difícil de una centrozquierda que entonces se caracterizaba por su denuncia de la impostura

frondesta y su repudio al stalinismo del PC. Pero la ilusión duró poco. Una nueva división separó las aguas entre los que siguieron llamándose socialistas argentinos y el flamante Partido Socialista Argentino de Vanguardia, que agrupó a la mayoría de la juventud, atraída a la vez por la Revolución Cubana y por el peronismo. Los esquemas ideológicos del PSA de V se irían definiendo con el tiempo —provocando, dicho sea de paso rápidas discordias internas— pero sus posiciones iniciales, mucho más radicalizadas que las del PC, ya no podían ser condescendientes con el "centrozquierda". En cuanto al PSA, al margen del prestigio de algunos de sus dirigentes, vegetó sin fervor ni resonancia mayores, hasta que nuevos hechos indujeron en él nuevas divisiones y recomposiciones.

Después del fracaso de esa tentativa debió correr mucha agua bajo el puente antes de que se volviera a reunir las condiciones para crear una fuerza de centrozquierda. Ello ocurrió recientemente, cuando el repliegue de las FF.AA. después de la guerra de las Malvinas abrió el camino a las elecciones del '83 y éstas al momento democrático de Alfonsín.

Después del fracaso de esa tentativa debió correr mucha agua bajo el puente antes de que se volviera a reunir las condiciones para crear una fuerza de centrozquierda. Ello ocurrió recientemente, cuando el repliegue de las FF.AA. después de la guerra de las Malvinas abrió el camino a las elecciones del '83 y éstas al momento democrático de Alfonsín.

Después del fracaso de esa tentativa debió correr mucha agua bajo el puente antes de que se volviera a reunir las condiciones para crear una fuerza de centrozquierda. Ello ocurrió recientemente, cuando el repliegue de las FF.AA. después de la guerra de las Malvinas abrió el camino a las elecciones del '83 y éstas al momento democrático de Alfonsín.

Después del fracaso de esa tentativa debió correr mucha agua bajo el puente antes de que se volviera a reunir las condiciones para crear una fuerza de centrozquierda. Ello ocurrió recientemente, cuando el repliegue de las FF.AA. después de la guerra de las Malvinas abrió el camino a las elecciones del '83 y éstas al momento democrático de Alfonsín.

Después del fracaso de esa tentativa debió correr mucha agua bajo el puente antes de que se volviera a reunir las condiciones para crear una fuerza de centrozquierda. Ello ocurrió recientemente, cuando el repliegue de las FF.AA. después de la guerra de las Malvinas abrió el camino a las elecciones del '83 y éstas al momento democrático de Alfonsín.

Después del fracaso de esa tentativa debió correr mucha agua bajo el puente antes de que se volviera a reunir las condiciones para crear una fuerza de centrozquierda. Ello ocurrió recientemente, cuando el repliegue de las FF.AA. después de la guerra de las Malvinas abrió el camino a las elecciones del '83 y éstas al momento democrático de Alfonsín.

Después del fracaso de esa tentativa debió correr mucha agua bajo el puente antes de que se volviera a reunir las condiciones para crear una fuerza de centrozquierda. Ello ocurrió recientemente, cuando el repliegue de las FF.AA. después de la guerra de las Malvinas abrió el camino a las elecciones del '83 y éstas al momento democrático de Alfonsín.

críticas en el candidato, así como otros cuadros positivos que lo tornaron buscramente muy aceptable. Como es sabido, el PI prosiguió en esa línea antes y después de las elecciones. Hoy la reconversión de sus principales dirigentes es casi total. En algunos de ellos asume ribetes circenses, con la doble connotación —trágica y triste— de este adjetivo: vemos así a Oscar Alende y otros apoyar los incidentes a militares condenados o en proceso y respaldar planes económicos que hace pocos meses habían repudiado con santa indignación.

Entre tanto, sin embargo, las esencias (en tanto y en cuanto que protagonizara Miguel Monserrate y las sangres, junto al estropador de los militantes que aún intentaban comprender, sepultaron todo aquello que en el PI tenía algo que ver con un proyecto de izquierda y redujeron a polvico un propio partido. Sin embargo, como traté de mostrarlo, su desmoronamiento, por deshorrosos que haya sido, no dejó de brindar algunas enseñanzas.

Una hipótesis

Sobre la base de esos dos ejemplos, situaciones de uno y otro extremo del período antes mencionado, y de otros, de menor trascendencia, creo posible trazar, por cierto a grandes rasgos, el recorrido ideológico-político que culmina en los callejones sin salida que rezagan sistemáticamente —al es menos mi hipótesis— a los proyectos políticos de centroizquierda en la Argentina. Opino que este recorrido es en buena medida el producto de un doble y contradictorio movimiento en el cual los "nudos críticos" (lugares teóricos de agrupamiento y/o de dispersión) se concentran en dos puntos:

1) La concepción del socialismo y de una línea política socialista.

2) Las diferentes maneras de hacerse cargo de la tradición popularista (de lo "nacional-popular").

En cada uno de esos registros se generan posiciones que comienzan siendo de convergencia y de suma, las cuales, sin embargo, no tardan en provocar, dilemas, conflictos y finalmente, en conducir a las alternativas a —entre los compañeros—. Pero lo hacen de un modo muy particular.

En efecto, en cuanto al primer punto, cabe decir que, constituidos a menudo centristamente, por confluencia más bien convergente de militancias de izquierda en crisis, de orígenes diversos y a veces hostiles —sino que en adelante, por un desconocimiento haya tenido lugar— los partidos de centroizquierda, al tiempo que crecen y fomentan expectativas triunfalistas, se enfrasan rápidamente en discusiones internas acerca de la "justa" línea política socialista que les, lejos de zanjar dificultades, derivan en nuevas y más complejas. Así, se pasa muy aosta de tradición, creando así un contramovimiento centrifugo que se constituye en un factor vital de esecisión (y que otros factores suelen potenciar).

No hay aquí necesariamente desdeshonestidad; lo que se pone en juego (y se confirma) en esos momentos es una cuestión de cultura política. Me refiero a la pérdida de la vigencia tenida de una visión política global, común a todos los "beligerantes", visión que parte de una concepción topográfica del poder y que lógicamente concluye en la consigna de ocupar a cualquier precio sus "espacios". A ello se agrega el hecho de que, en tanto que las razones que justifican los comunes de quienes inicialmente confluyen nunca son percibidos con claridad ni mucho menos construidos, lo es el tipo de lo que he llamado en otro texto la izquierda "protodemocrática". Izquierda constitutivamente conflictiva, que a menudo no necesita más que una chispa para enfrentarse internamente, desarticularse, languidecer en la impotencia y/o desaparecer.

Ahora bien, ¿de dónde podría provenir

esa chispa? En muchos casos, de la intervención conflictiva del segundo registro al que hice referencia: el populista o nacional-popular. Entramos aquí en un punto sin duda delicado.

En principio, el rescate de símbolos, estilos de acción y tradiciones populares por parte de una formación política de izquierda parece algo no sólo legítimo, sino también casi obvio. Podría hasta decirse que se trata de un movimiento natural, que si siquiera debería ser objeto de una decisión explícita, estando, como se supondría está, incorporado al sentido común de los militantes. Pero todo ello pierde hasta la apariencia de una obviedad cuando se trata de ciertos factores que, tomados en conjunto, complejizan extraordinariamente el problema:

a) En primer lugar, la convicción más o menos generalizada de que, en este país, la tradición política nacional-popular se identifica no sólo prioritaria, sino también exclusivamente, con el peronismo.

b) En segundo lugar, el hecho de que, en la inmensa mayoría de los casos (me refiero a la militancia como a la teorización políticas), dicha tradición es planteada como más antagonista, y obviamente alternativa, respecto de la tradición liberalista.

c) Por último el hecho de que la identificación de lo nacional-popular con el peronismo suele ir acompañada de concepciones altamente controvertidas acerca de ese movimiento político y de la manera de relacionarse con él.

En la medida en que no se los considere como elementos académicos, sino que susciten adhesiones fuertes y pugnas de principio —lo que ocurre casi siempre— estos factores están en el origen de los conflictos que a hice alusión antes, así como de alianzas a veces insólitas, todo lo cual, en un lapso no muy extenso, provoca desorientaciones.

Las diferentes maneras de hacerse cargo de la tradición popularista (de lo "nacional-popular") de la centroizquierda aparece así en toda su desoladora espectacularidad.

Afadiré, sin embargo, moderando mi argumentación, que no hay que interpretar tal conflicto de manera simplista, sino que en la naturaleza de las cosas, ni, menos aún, como una fatalidad. En lo que sigue habrá ocasión de retomar el tema y de encontrar par el modos de abordaje menos pesimistas.

Una incertidumbre productiva

En un libro que se destaca netamente por sobre los que suelen escribir los políticos, Carlos Auyero delinea una propuesta política y, con ella, invita a un debate de indudable interés para la izquierda democrática argentina —en tanto que el sujeto de discusión ha sido, desde el surgimiento del partido, el análisis político de la afirmación de las posiciones ideológicas. Auyero discute tanto con la derecha política y económica como con aquellas variantes de la izquierda que se disputan el mismo terreno que el que cubre su propuesta.

El desarrollo de esa discusión, va puntuando progresivamente sus propias opciones, sistematizándose luego en el capítulo final. De más está decir que lo juzgo un excelente punto de referencia para el debate de tópicos centrales en el interior de la izquierda democrática. La que sigue es empédone para el lector interesado en Auyero. He preferido en efecto escoger aquellos temas que me parecen prioritarios para mejor clarificar la discusión, antes que ofrecer una reseña más completa, pero también más superficial, de dicho texto.

Los problemas a los que quisiera referirnos largamente alrededor de: (i) el papel del estado en los procesos de transición de un modo de producción a otro; (ii) el rol de la reconstrucción de la economía en un contexto de crisis económica profunda; (iii)

la figura ideológico-política que operaría de común denominador de una propuesta global de "pacto hegemónico"; a) lanzar por la izquierda democrática; y (iii) la localización de la izquierda democrática con respecto a otras fuerzas situadas en el arco democrático del conjunto de partidos y movimientos en la Argentina post-proceso. Al pasar, otro aspecto que me interesa mencionar son los ejes principales en los que centró mi comentario.

El papel del estado

La índole propiamente política, en el mejor sentido de la palabra, de las proposiciones de Auyero residido no sólo en su esfuerzo por anudar una reflexión en la cual política y ética son indisociables, sino también en su reconocimiento de la problematización sobre la cual se constituye ineluctablemente la escena política. Este reconocimiento es el de la necesidad de un empereador más o menos inválida. Tiene en efecto la amplitud necesaria para dar consistencia a su llamado al debate político —como instancia superadora tanto de la "lucha" como del "juego" en la manera de concebir lo político— y límites lo suficientemente definidos como para no hacer de él una obtusidad ideológica y política. Su concepción del papel del estado en la transición democrática y en la recomposición económica del país constituye en tal sentido una buena ilustración de ese reconocimiento.

En el planteo de Auyero coexisten dos tesis estratégicas —aparentemente opuestas— en política: la del "empereador" con el liberalismo conservador, reclama, al menos para nuestros países, un fortalecimiento del estado que, contra los poderes de los centros imperiales y de las corporaciones, recupere su autonomía en materia de decisiones económicas y, sobre esa base, se dedique a la construcción de una política de Auyero no especificada en detalle las características de ese modelo, pero es posible inferir algunas de ellas a partir de ciertos formularios "negativos" que al respecto formula: a) limitar la tasa de ganancia y, más profundamente, cuestionar la sumisión de la política a la economía; b) garantizar la "inversión" —"politicizando las decisiones de inversión" en beneficio de la sociedad; poner fin a la complejidad del estado con el capitalismo privado ("prebendalista"), con los centros intracorporales del poder económico y con la burocracia estatal; impulsar mecanismos de democratización económica que permitan, a pesar de la crisis y la penuria de recursos, una distribución más equitativa.

La segunda tesis afirma en cambio la necesidad de una progresiva delegación de los poderes económicos (y también políticos y culturales) del estado en la sociedad, más precisamente, en la instancia de "lo público" —en tanto que el sujeto de discusión ha sido, desde el surgimiento del partido, el análisis político de la afirmación de las posiciones ideológicas. Auyero discute tanto con la derecha política y económica como con aquellas variantes de la izquierda que se disputan el mismo terreno que el que cubre su propuesta.

Naturalmente, estas dos orientaciones no son contradictorias, sino complementarias, siquiera sea por el hecho de que, para que la segunda tenga chances de ser implementada, el estado debe ser un sujeto activo del estado. Auyero plantea además, como condición necesaria para que la acción del estado conduzca a resultados positivos, la puesta en obra de "procesos de concertación social" aceptables para sus potenciales actores". Advierte sin embargo que esa condición necesaria no es suficiente: parece difícil, en efecto, lograr que los actores se involucren cuando sus ganancias disminuyen. La dificultad podría superarse con una transformación del estado capaz de lograr el control público sobre la inversión privada (y no la inversa como ocurre ahora) y adoptar medidas fiscales que sancionen drásticamente la especulación y el uso improductivo de los bienes de producción. Pero, según Auyero, la factibilidad de tal transfor-

mación demandaría un pacto político ("antes que social"), de modo de estar en condiciones de neutralizar las resistencias que tal transformación suscitara.

Sucede sin embargo que Auyero es extremadamente lacónico en cuanto a la naturaleza y, sobre todo, la viabilidad de tal pacto. El capítulo donde desarrolla el tema ("Introducción al pacto hegemónico") trata en sus párrafos finales un sentimiento nada entusiasta de complejidad, que deplora a la vez el "antiestatismo popular" y la pérdida de "la capacidad de maniobra que el estado poseía —al menos en parte— en el proceso de acumulación" (p. 93).

En consecuencia, quiero aclarar que las precedentes observaciones no abrigaban ninguna intención crítica. Las propuestas de Auyero coinciden punto por punto con las que han asumido o están asumiendo sectores importantes de la izquierda democrática. Y ninguno de ellos ha ocultado las dificultades que la puesta en marcha de tales propuestas conlleva. Pero, como empereador más o menos inválida, tiene en efecto la amplitud necesaria para dar consistencia a su llamado al debate político —como instancia superadora tanto de la "lucha" como del "juego" en la manera de concebir lo político— y límites lo suficientemente definidos como para no hacer de él una obtusidad ideológica y política. Su concepción del papel del estado en la transición democrática y en la recomposición económica del país constituye en tal sentido una buena ilustración de ese reconocimiento.

Ideología y política

El papel de los factores culturales e ideológicos merece comentarios más pormenorizados que los que haré aquí. Trataré empero de no obviar ningún punto que me parezca importante. Si tuviera que resumir en dos párrafos mi opinión acerca de las opciones de Auyero respecto de la temática que da título a este apartado, lo haría en estos términos:

* Por una parte, que la figura ideológico-política resultante del "pacto hegemónico" que propone Auyero se constituya bajo la modalidad de la articulación de componentes diversos (pp. 21, 143); que en ella el elemento más decisivo sea el "pacto democrático" (p. 41); en fin, como señalé antes, que la dinámica de la confrontación político-ideológica deba asumir la forma del debate en los términos en que lo plantea y lo propugna Auyero (pp. 112-113) me parece por entero pertinente.

* Por otra parte, que el "pacto democrático" que se ideologiza, pero ante todo social y política —deba haber una tradición no sólo privilegiada (la nacional-popular) sino también hostil y en definitiva excluyente respecto de la tradición liberal; que esta última sea culpable por principio de desnaturalizar la democracia, de fomentar una "democracia restringida" (mínima) no participativa y puramente institucional (pp. 27, 55, 63, 66, 130, 144, 153), así como de ser ajena a lo que sería nuestra auténtica tradición —de raíz "ibérica" (p. 127)—, me parece en cambio muy seriamente cuestionable.

* Cuestionable en los hechos porque da preminencia a una tradición cuya legitimidad no discuto, pero que está lejos de ser la única con derechos a definir nuestra experiencia histórica. Como si en un país edificativo, gracias al aporte imaginario, sobre la base de un amplio conglomero de vertientes culturales, no fueran todas ellas legítimas y necesarias para la construcción de un país, por cierto, que la tradición ibérica). Pero cuestionable, sobre todo, por razones que hace a los principios mismos que en Auyero dice inspirarse. Una vasta gama de partidos, grupos y movimientos socialistas, democráticos y en general progresistas se ha formado en el país, y muchos de ellos se involucran cuando sus ganancias disminuyen. La dificultad podría superarse con una transformación del estado capaz de lograr el control público sobre la inversión privada (y no la inversa como ocurre ahora) y adoptar medidas fiscales que sancionen drásticamente la especulación y el uso improductivo de los bienes de producción. Pero, según Auyero, la factibilidad de tal transfor-

mación demandaría un pacto político ("antes que social"), de modo de estar en condiciones de neutralizar las resistencias que tal transformación suscitara.

Sucede sin embargo que Auyero es extremadamente lacónico en cuanto a la naturaleza y, sobre todo, la viabilidad de tal pacto. El capítulo donde desarrolla el tema ("Introducción al pacto hegemónico") trata en sus párrafos finales un sentimiento nada entusiasta de complejidad, que deplora a la vez el "antiestatismo popular" y la pérdida de "la capacidad de maniobra que el estado poseía —al menos en parte— en el proceso de acumulación" (p. 93).

En consecuencia, quiero aclarar que las precedentes observaciones no abrigaban ninguna intención crítica. Las propuestas de Auyero coinciden punto por punto con las que han asumido o están asumiendo sectores importantes de la izquierda democrática. Y ninguno de ellos ha ocultado las dificultades que la puesta en marcha de tales propuestas conlleva. Pero, como empereador más o menos inválida, tiene en efecto la amplitud necesaria para dar consistencia a su llamado al debate político —como instancia superadora tanto de la "lucha" como del "juego" en la manera de concebir lo político— y límites lo suficientemente definidos como para no hacer de él una obtusidad ideológica y política. Su concepción del papel del estado en la transición democrática y en la recomposición económica del país constituye en tal sentido una buena ilustración de ese reconocimiento.

Definir a la democracia prioritariamente en términos de "reglas del juego" comparadas no explicaría, según Auyero, por qué deberíamos considerarla preferible como régimen político a cualquier otro sistema de reglas, incluso las autoritarias. Por lo demás, si se justificara esa preferibilidad en términos de las superiores ventajas esperables de la democracia, como lo haría el liberalismo progresista, no sólo se soslayaría la dimensión ética de la democracia (pudiendo, para peor, consistir esas ventajas en su capacidad de neutralizar las demandas y la conflictividad populares (pp. 26-27), sino también se la reduciría a la calidad de mero instrumento, de un "medio" en el sentido casuístico pragmático de la palabra —lo que supondría además una concepción antropológica utilitarista que los liberales compartirían con el neomarxismo (p. 129).

La argumentación de Auyero es más clara en lo que aquí he expuesto: creo sin embargo no haber omitido ningún punto importante. En todo caso, dicha argumentación me suscita los comentarios que siguen:

a) en primer lugar, cuando se habla del aspecto instrumental de la democracia (pp. 26-27), no me parece imprescindible concebir esa instrumentalidad en términos de prevención de conflictos, garantía de salvaguarda de la propiedad privada o reaseguro de buenos márgenes para la tasa de ganancia. A veces parecería que Auyero piensa que la democracia se degrada si se la concele, como capaz de servir para algo y de tener, como tal, una dimensión instrumental. Por lo demás, ¿acaso sería oportuno mantener la idea de que la democracia es, por un lado, un valor en sí misma y posee, por otro, aspectos instrumentales? Dejo la cuestión abierta.

b) En segundo lugar, llama la atención el hecho de que Auyero señale las supuestas falencias de las tesis que conciben tanto a la democracia, e incluso al "pacto democrático" —"de garantías", en términos de reglas constitutivas compartidas —y no de valores— —sin tener en cuenta el problema al que dichas tesis enfrentan e intentan dar un principio de respuestas. Ese problema no es otro que el de plantear la democracia como se la concibe como fundada en valores positivos susceptibles de ser identificados y obviamente privilegiados. En efecto, desde que aparece acotado en esos términos —es lo que ocurre con quienes sólo toleran una democracia por principio adjetivada (es decir, "mínima", "restringida", "utilitaria" o, "real", "social", "populares", etc.)—, todo debe tender a bloquearse en la defensa dogmática de la propia posición, hasta que, como ocurre generalmente, el diálogo es reemplazado por argumentos más contundentes.

Por el contrario, quisiera se rehúsan a "definir" la democracia en términos de valores y, en general, contenidos previamente dados, poniendo el acento sobre las reglas del juego, lo hacen —se esté o no de acuerdo con

A
P
C
A

Coloquio
Alternativas Políticas
para la
Crisis Argentina
Perspectiva nacional e internacional

Programa de Actividades

Viernes 22
Inauguración 18 hs.
Primera sesión 19 a 22 hs.

Crisis del estado y de la
sociedad en América Latina,
los países del Este y Europa

Presentación: José Aricó
Panel: René Fregosi (Francia),
Claudio Ingerlorm (Francia),
José Aricó
Contrapunto: Torcuato Di Tella,
Beatriz Sarlo

Sábado 23
Segunda sesión 14.30 a 17 hs.

Diagnóstico de la
crisis argentina

Presentación: Carlos Allamirano
Panel: Luis Brunati, Juan Manuel
Castella, Graciela Fernández Meckije,
Eduardo Lazzari

Clausura: 21.30 hs.

Cocktail

Palabras de cierre: Beatriz Sarlo,
Pierre Guidoni

Fiesta: 23 hs.
Defensa 1329

ellos — porque de ese modo entienden salvaguardar las condiciones de continuidad de los valores que sustentan la tradición —, sino en la afirmación de ciertas "condiciones negativas" que, aunque planteadas en forma de negación, son condiciones de posibilidad de una vida democrática —"en contenidos", plural, respuestas de las diferencias y creativa. De lo que se trata entonces es de generar las condiciones para que rijan en los hechos, lo menos imperfectamente posible, ese régimen —entendiendo por "régimen" no sólo, ni principalmente, una forma de gobierno, sino un modo de ser de la política y de la sociedad.

Más exactamente, opino que esa meta define, no la realidad, sino la utopía democrática —utopía cuya necesidad Auyero, con razón, reivindica—. El hecho de que en nuestras sociedades existan relaciones asintotomas de poder, de explotación y de dominio cultural claramente identificables no vigencia ni fuerza convocante a una utopía. Puesto que si hay que tomar a dichas relaciones de opresión prioritariamente a cuenta y buscar abolirlas, es ante todo para eliminar sus condiciones de existencia y de funcionamiento democrático —característica que se expresa en la figura del sujeto de la figura del sufragio universal— en virtud de la cual

negociables" como verdades de razón... o de corazón.

Eso no es todo. Aún si los valores supuestamente postulados como constitutivos de la democracia son susceptibles de debate, puede suponerse, por una parte, que dicho debate estaría basado en algún sistema de reglas, con lo cual éstas adquirirían una procedencia que tiende a confirmar y/o a desmentir las tesis que Auyero cuestiona". Por otra parte, ¿qué garantizaría la obtención del consenso como resultado del debate? Auyero habla al respecto de la "comunidad" como "fáctica" previa a la legalidad, comunidad fundada en valores sólidos y, si no fueran, por lo menos altamente compatibles con las prácticas en medios. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una antropología sustancialista (cualesquiera sea ella) y concibe el tejido social como una producción histórica, nada asegura a la existencia de tal *fáctica* ni a la existencia de los valores que la sustentan. Pero desde el momento en que, con razón, se niega a postular una naturaleza humana preconstituida desde una

suspechada a aceptar soluciones autoritarias y una sólida capacidad de olvido en lo que respecta al pasado. Ciertamente, muestran también actitudes de solidaridad, de tolerancia y de sincera adhesión a la democracia, en esos mismos sectores— y a menudo en el mismo sujeto—. De dos modos, la resultante, equivoca y en cierto modo abierta, no autoriza las conclusiones que Ayuro plantea como verdades evidentes.

[Invalida él en algo las propuestas de Ayuro relativas a instancias autoritarias y de formas de democracia directa, al perfeccionamiento de la democracia semidirecta, a la promoción de lo público tanto contra el mercado como contra el estalinismo autoritario, al refuerzo de los facultados potencialmente democratizantes y distribucionistas del Estado, al pacto hegemónico? Por mi parte, creo que no las invalida en absoluto. Pero aclaro además que estoy tanto convencido de que la validez de dichas propuestas permanece intacta como de que, de no ser válidas, ninguna "verdad popular" formulada *ex ante* les insuflaría un gramo de pertinencia.

La localización de la izquierda democrática

El libro de Ayuro comienza tomando constancia de un cierto y justificado desencanto de la sociedad respecto de lo que los políticos y la política le han ofrecido en estos seis años de Estado de Derecho y vigencia de las instituciones democráticas. Con incisiva claridad, muestra las expectativas que al comienzo se forjaron y el modo decepcionante en que, según su opinión, fueron frustradas por incapacidad, falta de convicción moral y limitaciones ideológicas.³

Me interesa menos sin embargo examinar los aspectos críticos del libro que referirme a sus propuestas positivas. O, mejor dicho, a la propuesta de base, a partir de la cual cobran sentido las otras, referidas a iniciativas concretas. Esa propuesta de base consiste, como puede verse, en una convicción:

Ahora bien ¿quienes son los convocados? Según se infiere de lo que Ayuro dice a propósito de las elecciones del '89 se

trataría de "los sectores medios progresistas... (del) electorado joven... la izquierda independiente, (de) movimientos y militancias sociales de base y de instituciones intermedias... (de) grupos de técnicos, y de profesionales asalariados, (de) electores que se han desencantado paulatinamente del autoritarismo y a los que no los persuade ni el peronismo ni la izquierda partidaria, etc." (p. 21).

Esta articulación de fuerzas sociales y sociopolíticas se plantea explícitamente como una "estrategia" (p. 21). Si el objetivo es la conformación de un nuevo pacto hegemónico capaz de llevar adelante lo que Ayuro denomina un "proyecto de transformación", proyecto cuyos lineamientos generales hemos visto al referirnos a su concepción del papel del Estado.

Retomando el punto de relaciones relativas a la conformación de ese pacto hegemónico, y en particular a las condiciones que hacen a su factibilidad social y política, la línea de razonamiento de Ayuro lleva a concluir que ellas requieren una profunda recomposición de las relaciones de fuerzas entre los partidos políticos hoy existentes a nivel nacional. Más precisamente, una doble escisión que incline hacia la propuesta de Ayuro a buena parte de que lo que se llama otrora "peronismo renovador", y digamos, al ala progresista del radicalismo.

Con respecto a este diagnóstico, creo necesario decir, en primer lugar, que estoy lejos de juzgarlo área "inviable". Al margen del hecho de que la política argentina ha sido rica en avatares sorprendentes, ciertos hechos duros de la situación internacional (como todo, la crisis económica), así como nuevas realidades culturales, como la ya comentada retracción de las señales que apuntaban nuestras corrientes, han dado lugar a transformaciones sociales tan significativas que hasta hace muy poco hubieran sido considerables e inencontrables.

No menos ciertos es, sin embargo, que dicha apuesta parece basarse demasiado en la de las "convicciones" de Ayuro que más controversias, a saber, que la "zona central de la distribución de opiniones moderadas" se sitúa considerablemente más a la izquierda que lo que

piensan tanto radicales como peronistas (p. 61).

Nuevamente, el hecho de que pueda no ser así no quita interés a las tesis de Ayuro —muchas de las cuales, según ya lo he sugerido, conservan todo su valor al margen de los garantés sociales que el propio Ayuro cree necesario atribuirles—. Pero, y esta conjetura es meros inicios, también puede ser demasiado optimista su apuesta sobre el cambio en las relaciones de fuerza entre las organizaciones políticas. No es en efecto la primera vez que, tanto el peronismo como el radicalismo, han atravesado procesos de crisis y de cuestionamiento de sus respectivas identidades y han logrado, gracias a su maleabilidad ideológica, su experiencia o la simple inercia, superarla sin gran daño. En todo caso, creo que todo pronóstico al respecto es arriesgado.

No por ello ha de cuestionarse la legitimidad del proyecto de Ayuro en cuanto a la necesidad de crear un espacio autónomo democrático y progresista, cualquiera sea la modalidad organizativa que asuma. Todo el espectro de la izquierda democrática, en sus nada equivalentes expresiones, coincide en este punto.

Ocurre sin embargo que, nos guste o no, vivimos en la actualidad bajo un régimen democrático débil, amenazado y en varios aspectos restringido. Es razonable pensar, en consecuencia, que todo proyecto de transformación social progresista ha de ser planteado en consonancia con la necesidad de custodiar y fortalecer (contra cualquier tentativa de reversión autoritaria) el Estado de derecho y las instituciones democráticas. Caso en el cual estaremos obligados, en algún momento, a abrir un debate acerca del papel respectivo de los partidos y movimientos que se sitúan en esa frontera progresista, pues, como he señalado, aquellos que pueden ser incluidos razonablemente en el arco democrático argentino.

Pero el libro de Ayuro, con sensata perseverancia, no pierde ocasión de recordarle al lector que el debate es siempre necesario. La lucidez, la honestidad y el sano entusiasmo político que nos invita a dialogar son, en estos tiempos grises, alicientes raros y estimulantes. Merecen, pues, todo

nuestro reconocimiento intelectual y político.

NOTAS

1. La noción de centroizquierda es difícil de precisar, dada en particular la naturaleza escasa eudéica de la escena política argentina. Puede entenderse que me refiero simplemente a una izquierda socialista (sea ésta de tradición socialdemócrata, socialcristiana o otra) conformemente reformista y no violenta. No le impongo la necesidad de prioritar la democracia en sus datos, sino que ésta sea necesariamente una observancia decisoria en particular.

2. Como el triunfo del Palacios en la elección de un senador por la Capital Federal en 1961 y el de PSA en Añelo, Santiago del Estero, el mismo año.

3. Tal fue la expresión utilizada por Oscar Valdovinos (luego ferviente promotor del pacto y Membre en un debate en el Club de Cultura Socialista).

4. Entre ellos, el Movimiento de Liberación Nacional, liderado por Imael Vial, que compartió y disputó posiciones con el socialismo argentino y el de vanguardia a fines de los '50 y comienzos de los '60.

5. De ahí la importancia estratégica —además de ética— de la instancia del debate propuesta por Ayuro. Ver infra.

6. (Lefort, pp. 27 y 29). Dicho sea de paso, el lector ha advertido cuánto deben las reflexiones que hago en este párrafo a la enseñanza de Claude Lefort.

7. Digo con prudencia "puede suponerse", porque no es seguro que el propio Ayuro escape al razonamiento circular que atribuye al pensamiento neocorticalista. En efecto, si dicho pensamiento "descubre" el hecho de que ya vivimos en sociedad antes de plantearnos cualquier posibilidad de pacto (pp. 128-129), ¿cómo se ve a priori su interés en reconocer el significado instrumental de las normas en tanto reguladoras de la competencia por el poder.

8. Esto soy sólo parcialmente de acuerdo con el enunciado de Lefort: "... lo esencial es que la democracia se instituye y se mantiene en la disolución de los referentes de la certidumbre" ("El problema de la democracia", *Opciones*, Mayo/Agosto de 1985). La incertidumbre, pienso, es más bien un rasgo definitorio de las dictaduras, salvo en este caso para las minorías en las que se sostiene. Y si bien las democracias "normalizadas" determinadas por la incertidumbre, se participa en ellas con la certeza de que algunos valores o demandas no transables serán garantizados. Es, justamente, la demanda de certezas y consensos en torno a objetivos (y no a resultados) lo que justifica en plenitud la preservación y respeto a rajataba de las reglas formales de la democracia, obligando a pagar todos los costos de la legalidad que sean necesarios. Certeza respecto a *UN* futuro para todos, aunque no sea el único y el mismo, o en relación a fines contingentes, públicos, no externos ni previos a lo político, reconocibles como tales por todos los afectados, y que sirven para dar sentido a la compatencia pluralista del momento en que se constituyen como un referencial criterio de comparación entre competidores o entre el gobierno y la oposición.

BIBLIOGRAFÍA

Claude Lefort, *Essais sur le politique*, París, Seuil, 1986.

Norbert Lechner: *La nueva acabada construcción del poder desdado*, Santiago de Chile, FLACSO, 1984.

en la Argentina en sus tres modelos sucesivos, el federalista, el yrioyoyista y el peronista. Y en el marco también de las obsesiones fundadoras de la Segunda República que se referenciaban en y tendían a establecer un lazo de continuidad con la experiencia modernizadora y conservadora llevada a cabo a fines del siglo pasado. Algunas de mis aseveraciones sugieren asimismo la indignación que me produce el hecho de que por un lado el alfonsínismo se presentara a sí mismo como el baluarte de la democracia y que por otro inspirara sus políticas en la lógica conservadora de las crisis o en la lógica característica de las democracias restringidas.

Haice bien de Ipola al recordar, en impecable descripción, las virtualidades de los procedimientos democráticos, y porque valoro tanto como él las "reglas de juego" o la dimensión instrumental de la democracia me resalta difícil aceptar de lleno algunas de sus objeciones. No alcanzo a ver por qué reclamar una fuente de validez externa a las reglas democráticas puede ser confundido automáticamente con la tentación de imponerles un contenido sustantivo a priori. Me pregunto si preferir prioritariamente las reglas a cualquier contenido porque permiten la continuidad misma del debate no es ya acudir a una fuente de legitimación reconocida al significado instrumental de las normas en tanto reguladoras de la competencia por el poder.

Creo que Ipola se refiere a la necesidad de acuerdo con el enunciado de Lefort: "... lo esencial es que la democracia se instituye y se mantiene en la disolución de los referentes de la certidumbre" ("El problema de la democracia", *Opciones*, Mayo/Agosto de 1985). La incertidumbre, pienso, es más bien un rasgo definitorio de las dictaduras, salvo en este caso para las minorías en las que se sostiene. Y si bien las democracias "normalizadas" determinadas por la incertidumbre, se participa en ellas con la certeza de que algunos valores o demandas no transables serán garantizados. Es, justamente, la demanda de certezas y consensos en torno a objetivos (y no a resultados) lo que justifica en plenitud la preservación y respeto a rajataba de las reglas formales de la democracia, obligando a pagar todos los costos de la legalidad que sean necesarios. Certeza respecto a *UN* futuro para todos, aunque no sea el único y el mismo, o en relación a fines contingentes, públicos, no externos ni previos a lo político, reconocibles como tales por todos los afectados, y que sirven para dar sentido a la compatencia pluralista del momento en que se constituyen como un referencial criterio de comparación entre competidores o entre el gobierno y la oposición.

d) Comprendo la visceral prevención de Ipola respecto a las connotaciones autoritarias del organicismo o del esencialismo, pero creo que distiende en exceso la relación entre libertad e igualdad, entre pluralismo y participación, o si se prefiere, entre democracia y socialismo. Creo que un pluralismo sin límites no es sinónimo de mayor libertad y si, en cambio, de auto-restricción que bloquea a la democracia las posibilidades de consenso. En las estructuras de pluralismo. Aunque no garantice en absoluto su obtención, las reglas procedimentales son imprescindibles de la demanda de consenso y de certezas, pues carecería de sentido establecer y respetar reglas simplemente por "jugar" a la democracia.

En el mismo momento que me felicito por como el reflejo subjetivo de cambios estructurales destruyen creencias, descenden tendencias imprevisibles, que desvanecen las nociones de continuidad y que cuestionan al racionalismo occidental en su pretensión de conceptualizar el principio en tanto al cual se articularían las fuerzas sociales, me preocupa profundamente el hecho de que ya no sea posible encontrar un fundamento único y último por el cual se funda-

boca en un viaje monista de la sociedad y por el que el proceso social es reducido a una sola "lógica" que abarca incluso a las contradicciones. La "crisis de proyectos o paradigmas" es justamente el reconocimiento de que los procesos no pueden ser reducidos a una racionalidad única. Pero otro cosa es renunciar a la búsqueda de certezas. La diferenciación como tendencia a múltiples racionalidades y la diversidad social deberne coexistir en todo su valor y positividad, pero que ello no nos oculten las trágicas desigualdades y la necesidad de algún tipo de articulación. Si la sociedad ya no puede pensarse desde la perspectiva de una unidad dada u orgánica, adquieren entonces toda su relevancia los procedimientos formales de la democracia. Pero por importantes que sean los dispositivos institucionales el orden

de ahí, entonces, mi insistencia en la "puede ser demasiado optimista su apuesta sobre el cambio en las relaciones de fuerza entre las organizaciones políticas. No es, en efecto, la primera vez que, tanto el peronismo como el radicalismo, han atravesado procesos de crisis y de cuestionamiento de sus respectivas identidades y han logrado, gracias a su maleabilidad ideológica, su experiencia o la simple inercia superarlos sin gran daño". No obstante, las estrategias electorales maximizadoras, que a veces consisten en desplazarse hacia posiciones progresistas para después "volver" a las posiciones normales del partido arrasando militancias, estructuras y votos, tienen sus límites. Uno de ellos es el de la autenticidad. No bastará en los tiempos que corren ser o parecer progresista; habrá que probar además cierta coherencia. Por otra parte, si bien la izquierda y la derecha son metáforas espaciales sin un anclaje semántico demasiado preciso, es posible que, tal como lo evidencian algunas encuestas acerca de la autenticidad ideológica, las posiciones del centro hacia la izquierda deben centrar un porcentaje de adhesiones equivalente a las del centro y a las de la derecha. Creo que esto conduciría a una presión creciente por sincrar el sistema de partidos y por acortar la distancia entre ideológica e identificación partidaria. Es obvio que radicales y peronistas evitarían pagar los costos de ese sincramiento, y que ésta es una razón más por la que una estrategia de construcción progresista no puede apoyarse especulativamente sobre las posibilidades de ruptura en los grandes partidos. En definitiva, estas diltamas también dependen de la habilidad para articularse que demuestran los sectores progresistas en distintos niveles como también de las instancias de deliberación y participación que logren abrir o recrear.



social es más que una coherencia únicamente formal. "La pregunta por el sentido del orden sigue vigente y adquiere a raíz de la heterogeneidad misma, una urgencia todavía mayor", dice N. Lechner. ("Los desafíos de las ciencias sociales en América Latina", FLACSO, Marzo de 1988).

La recuperación y revalorización de la institucionalidad democrática está asociada en forma muy compleja pero real a las demandas difusas de consenso y certezas, de sentido y de identidad colectiva, y que subyacen a las más tangibles de carácter económico y social. Más aún, creo que la opción por la democracia se apoya en el hecho social de que ésta es asimilada a una comunidad más libre igualitaria. Si esto así, y advertidos de que en nuestro con-

textos culturales el miedo a un enfrentamiento polarizante provoca rápidamente una depauperación de la idea de consenso que deriva en el acuerdo contingente de intereses sino en la fusión en la que las partes deben disolverse en el todo, pueden las instituciones democráticas —necesariamente formalizadas— satisfacer eficazmente aquellas demandas de comunidad? "Hace al paradoja" —dice Lechner— la revalorización de la democracia en América Latina se apoya en una cultura política que privilegia el consenso y la comunidad, o sea, una legitimación cultural que, por otra parte, dificulta precisamente la consolidación de la democracia representativa?" (¿Son compatibles modernidad y modernización?, FLACSO, Marzo de 1990).

De ahí, entonces, mi insistencia en la

conflictos laborales, las múltiples experiencias de autoorganización popular, el incansable recomenzar de un tejido social que resiste como puede la disgregación y la segmentación, la crítica a los políticos y a los partidos? ¿Acaso serían posibles las luchas emancipatorias si no estuvieran motorizadas por la idea de que la democracia puede cumplir con sus promesas y de que puede haber una cultura política que privilegia el consenso y la comunidad, o sea, una legitimación cultural que, por otra parte, dificulta precisamente la consolidación de la democracia representativa?" (¿Son compatibles modernidad y modernización?, FLACSO, Marzo de 1990).

De Ipola apunta acertadamente que "puede ser demasiado optimista su apuesta sobre el cambio en las relaciones de fuerza entre las organizaciones políticas. No es, en efecto, la primera vez que, tanto el peronismo como el radicalismo, han atravesado procesos de crisis y de cuestionamiento de sus respectivas identidades y han logrado, gracias a su maleabilidad ideológica, su experiencia o la simple inercia superarlos sin gran daño". No obstante, las estrategias electorales maximizadoras, que a veces consisten en desplazarse hacia posiciones progresistas para después "volver" a las posiciones normales del partido arrasando militancias, estructuras y votos, tienen sus límites. Uno de ellos es el de la autenticidad. No bastará en los tiempos que corren ser o parecer progresista; habrá que probar además cierta coherencia. Por otra parte, si bien la izquierda y la derecha son metáforas espaciales sin un anclaje semántico demasiado preciso, es posible que, tal como lo evidencian algunas encuestas acerca de la autenticidad ideológica, las posiciones del centro hacia la izquierda deben centrar un porcentaje de adhesiones equivalente a las del centro y a las de la derecha. Creo que esto conduciría a una presión creciente por sincrar el sistema de partidos y por acortar la distancia entre ideológica e identificación partidaria. Es obvio que radicales y peronistas evitarían pagar los costos de ese sincramiento, y que ésta es una razón más por la que una estrategia de construcción progresista no puede apoyarse especulativamente sobre las posibilidades de ruptura en los grandes partidos. En definitiva, estas diltimas también dependen de la habilidad para articularse que demuestran los sectores progresistas en distintos niveles como también de las instancias de deliberación y participación que logren abrir o recrear.

Las hipótesis que sugiere de Ipola para explicar el recurrente fracaso y la inviabilidad histórica de la izquierda democrática me parecen pertinentes, sobre todo desde una mirada retrospectiva. Habrá que reanalizarlas a partir de los cambios que en los últimos años se han producido contra el Estado. Las modificaciones cualitativas en la estructura de una desigualdad creciente, y la cartelización de liberales, radicales y peronistas en el "partido único del ajuste". El examen de estos problemas será insostenible y decisivo en la búsqueda de sus principios constitutivos de una izquierda democrática que, habiendo abandonado la idea esencialista de la sociedad reconciliable y la idea de la explotación de clase como única conflictividad, enfrenta tanto la cuestión del Estado como la de resolver en torno a qué antagonismos se articulará su propia estrategia de transformación. Las dificultades teóricas y políticas que plantean estos temas aún irresueltos son convergentes con el llamado a la humildad y a la tolerancia que traslase de Ipola en su nota.

Agradezco a Emilio de Ipola sus comentarios y críticas, y también a La Ciudad Futura por el valioso y estimulante esfuerzo que dedica al debate de la izquierda en la Argentina.

Con relación a las temas del libro elegidos por de Ipola trataré de aclarar mis puntos de vista, descontando para ello que el lector conoce ya el contenido de su nota. Empezaré, en primer lugar, por el tema del Estado, me extenderé luego un poco más sobre los aspectos ideológicos de la democracia y concluiré con una breve referencia a la localización de la izquierda y a los interrogantes e hipótesis con que abre de Ipola su reflexión.

En efecto: mi propuesta de transformación estatal y sobre las condiciones políticas requeridas son insuficientes o "excesivamente lacónicas". Creo que esto se debió a que mi preocupación estaba fundamentalmente centrada en encontrar un enfoque adecuado de la cuestión del Estado, antes que avanzar en un programa más denso y concreto de reformas o en los requisitos po-

líticos para su viabilidad, y a cierta urgencia coyuntural por testimoniar algunas ideas antes del proceso electoral de 1989. Busca presentar una visualización del Estado como lugar de cruce o intersección de las cuatro reacciones aparentemente básicas al ejercicio de la soberanía popular: a) el capital privado y el potencial de chantaje de sus decisiones de inversiones sobre las opciones de regulación democrática; b) la burocracia pública y la independencia de sus aparatos respecto a las posibilidades de control democrático; c) la integración transnacional y sus impactos en términos de vulnerabilidad externa y de desintegración interna para la autonomía inherente a las decisiones democráticas; y d) el sistema de partidos y las estrategias políticas que introducen distorsiones al propio proceso democrático dificultando su consolidación. El pacto político entre partidos que suponía una fuerte confrontación inicial con aquellos que debían "bancarse" la extensión de los principios de la democracia al modelo de acumulación era el modo de resolver la cuarta restricción

adoptando como contenido las reformas que dieran cuenta de las otras tres. Apelear al supuesto de una soberanía popular no amenazada ni limitada en sus opciones políticas para elaborar tanto el diagnóstico sobre las restricciones estructurales que la afectan como la propuesta para superarlas, me parece particularmente útil en un marco en el que la modernización se desarrolla sin o contra los valores básicos de la modernidad. Identificada con la integración positiva y forzada a la economía y tecnología mundial, con la desregulación del sector privado y la liberalización de los mercados, y con la privatización indiscriminada y la reducción arbitraria del gasto público, la modernización en curso lleva y llevará a la exclusión a la mayor parte de los sectores populares y medios y, en consecuencia, a una creciente contradicción entre la racionalidad instrumental que le es propia y la racionalidad normativa de algunos principios de la modernidad tales como la soberanía popular y el estado democrático. Creo que el enfoque que es en absoluto original pero *no* ayuro

a los sectores progresistas de la sociedad a ponerlos de acuerdo en torno a qué hacer con el Estado y a preveniros respecto a las estrategias que, o niegan la crisis o doble ilegítimidad del Estado (si cumple con sus funciones genera inflación) y si no lo hace genera protesta), o niegan al Estado en nombre de la crisis aceptando la hegemonía ficticia del mercado y las corporaciones que lo controlan.

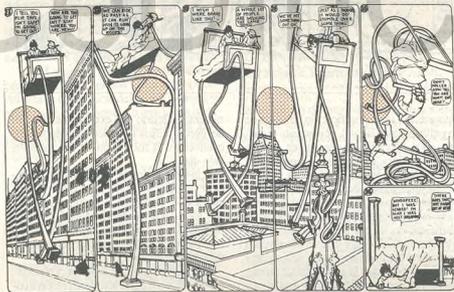
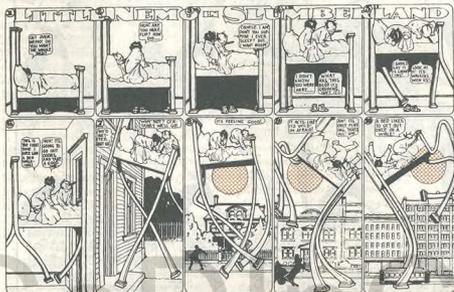
En relación con el segundo de los temas planteados por de Ipola desearía intentar algunas precisiones: a) el ataque no es contra la tradición liberal en su conjunto, y menos aún contra nuestro propio republicanismismo, sino contra los postulados neoliberalles y el elitismo democrático; admito, sin embargo, la ausencia en el libro de un esfuerzo destinado a recuperar el legado político de otras tradiciones aparte de la nacional popular en su sentido más restringido; no es una disculpa pero debo aclarar que muchas de las páginas del libro fueron redactadas de frente a un drástico y nada inocente cuestionamiento a las raíces culturales de la democratización

Respuesta a un comentario

Carlos Ayuro

Evitemos los dobles discursos

Héctor A. Bravo*



argentinios profesamos una serie de ideas y principios políticos, económicos, sociales y culturales de importancia para concretar la tarea emprendida. Enmarcados en la tradición del Socialismo Internacional, de lo que se ha llamado genéricamente y desde hace tiempo Socialismo Democrático, para diferenciario de las experiencias autoritarias que se reclamaban y se reclaman también como socialistas, compartimos la defensa de valores políticos como la libertad, la igualdad, la solidaridad, la justicia social y la defensa del modo democrático de convivencia, tanto en lo político como en lo económico y en lo social.

Traducido esto a la realidad argentina, importa la necesidad de cambiar el régimen económico-social actual, el que está basado cada día más, en un capitalismo perverso, salvaje, de rapiña, de acumulación brutal de capital, a partir de un despojo acelerado a las clases asalariadas y de ingresos fijos, y sin reinvertir ese capital en nuevos proyectos

económicos, sino transfiriéndolo inmediatamente al exterior. La necesidad de un cambio profundo y democrático de esas estructuras que aseguran el privilegio de una minoría poderosa, a fin de permitir la distribución más justa de las riquezas producidas por el conjunto social, y teniendo en vista la posición de llegar a una socialización completa en la distribución de los beneficios, tal como está socializada la producción de bienes y servicios.

Como continuador de la corriente socialista, el Socialismo Democrático intenta unir en un polo de izquierda democrática, a las diferentes corrientes socialistas, social-cristianas y progresistas, que aspiran al cambio social y al sostenimiento y ampliación de la democracia. Comparte la idea de aquellos que, como Bobbio y tantos otros socialistas americanos y europeos, creen en la importancia de la democracia, no solo como un medio, sino también como un fin, como valor esencial de una sociedad que bus-

que la libre expansión de la personalidad de todos los hombres y mujeres del mundo.

Inseridos en una corriente internacional e internacionalista, no deja de lado los aspectos esenciales de cada sociedad nacional. Pero no cree que haya valores exclusivos de un pueblo determinado, sino que estos son comunes a todos los hombres y a todos los pueblos, en tanto creemos en la unidad esencial del género humano. Son las políticas nacionales para trasladar y concretar esos valores en las instituciones y en las relaciones sociopolíticas, las que adquieren un matiz distintivo y específico en los diferentes países.

El Socialismo Democrático no desdénia ni deja de lado los valores positivos del liberalismo, en lo político y en lo cultural, en los aspectos trascendentes que el liberalismo aportó para el desarrollo de la personalidad humana: entre ellos, la valoración de la racionalidad y de la libertad personal. Pero sí cuestiona el aprovechamiento que los sectores económicos más poderosos hacen de un "liberalismo" que resalta la idea egoísta del lucro, en contra de la satisfacción colectiva de las necesidades sociales. En ese sentido, el ataque al estado, por parte de la nueva oligarquía conservadora-populista, y su intento de acotarlo en las funciones más primarias posibles, obteniendo beneficios en el menor tiempo y a la mayor tasa factible, demuestra que es el norte de estos "liberales".

Por el contrario, sin haber creído nunca que las nacionalizaciones o las estatizaciones supusieran la creación de un Estado o una sociedad socialista, y convencidos de que el problema de la socialización de la economía implica no solo la propiedad colectiva de los medios de producción por los trabajadores de las empresas, sino y también fundamentalmente el control del conjunto de la sociedad sobre esas empresas, sobre esos medios de producción, no podemos aceptar que el Estado sea destruido cada día más ya que le cabe la importante función de planificación y control democrático de la economía, y de participación de la sociedad en ese control.

La tarea de estructurar una fuerza de "izquierda democrática" pasa por estos datos básicos. Definir con la mayor claridad posible los fundamentos de la acción política a desarrollar, y trabajar en forma conjunta con las otras agrupaciones políticas y/o socio-económicas para formular un proyecto político, social, económico y cultural alternativo al proyecto conservador-populista en ejecución.

Señalar las ideas fundamentales, los valores esenciales de una corriente política no es abrir el debate abstracto. Es manifestar a los interlocutores y al conjunto de la sociedad cuáles son las bases desde las que se analiza la sociedad y se proyecta la superación de lo actual, la construcción del proyecto nuevo. Y para evitar, también, la utilización de los dobles discursos, tan comunes y tan dañinos para la construcción democrática de la sociedad argentina.

* Héctor A. Bravo, Secretario adjunto del Comité Ejecutivo Nacional del Partido Socialista Democrático.

Hacia un nuevo consenso social

Guillermo Rivas

La UBA debe afrontar la ofensiva conservadora que la tiene como uno de sus blancos. Para ello debe superar no sólo los vicios de su funcionamiento sino también su posición defensiva y declamatoria en favor de una política que le permita legitimarse ante la sociedad.

La Asamblea universitaria del pasado mes de abril devolvió, en parte, el espacio perdido a la problemática universitaria en los medios de comunicación gráficos y hasta —en algunos casos— radiales. La televisión la ignoró olímpicamente, tal vez porque la policía no participó del acontecimiento ni hubo tiros, ni sangre que diera más color a la pantalla.

La actitud de indiferencia de los noticieros televisivos, y el tratamiento marginal dado por los otros medios nos dan el marco adecuado para afirmar que la universidad es el objeto de un alto desinterés por parte de la sociedad; no es "noticia" hasta el punto de que el único debate público ("gran" debate) que suscitó la Asamblea surgió a partir de las "molestias" que causó al periodista José Eliaschew la suspensión de las clases en el Colegio Nacional de Buenos Aires, a causa de la elección de autoridades de la UBA.

Esto claró que semejante cuestión (la indignación de un señor que utiliza su notoriedad para protestar porque su hija falló cuatro días a clase) no merece mayores comentarios. Pero el atre de "fin de la historia" ("El reformismo universitario está vaciado de contenido como el bolchevismo" de la UBA) de sus afirmaciones, muestra que las palabras de Eliaschew son algo más que esotismo: el emergente de algunas cosas un poco (o mucho) más complicadas. Enumeremos algunas:

La prolongación de la ley de Reforma del Estado que, entre otras cosas terminó con todas las becas de ayuda económica, de comedor, y de materiales de estudio que otorgaba la UBA a los estudiantes de bajos recursos; sin dar ninguna posibilidad a que la universidad, ni con recursos propios, pueda seguir otorgándolas.

El recorte presupuestario generalizado, que está coartando todas las posibilidades de desarrollo de la investigación científica y tecnológica, sin mencionar los problemas de infraestructura.

La estrepitosa caída del poder adquisitivo de los salarios docentes, que repercutió directamente en la calidad de la enseñanza.

La amenaza de implementar un arancel —mostrado desde los "mass media" como la mágica solución— atacando, sin resolver, el crisis de la universidad vigente (sin duda, en modelo). (Vale mencionar: las últimas rebeliones estudiantiles en las universidades privadas por el aumento de las cuotas merced ser tenido en cuenta como un anticipo de lo que podría pasar en la universidad pública, con la historia y el tipo de estudiante que ésta tiene.)

Por último y cerrando el círculo del ajuste, se ha dictado el decreto 1111/89 del PEN, que ha decretado al mismo para "intervenir", en el gobierno de la universidad violando el principio de su autonomía. Decreto que se ha hecho en realidad en la Facultad de Ingeniería de la UBA donde, por orden del ministro Salonia, se incorporaron al Consejo Directivo los representantes de la mayoría del claustro estudiantil (UPAU: agrupación liberal-alsoargarista) que surgieron de las elecciones que el Consejo Sup-

La universidad ha pasado y trabajado en función de sí misma, de sus virtudes y sus problemas; y no lo ha hecho en función de la sociedad. Debe encontrar su propia explicación, su razón, su razón de ser en la sociedad. Qué ésta sea la que reclame la universidad como propia, que cierre filas ante todo intento de destruirla. Para ello es la universidad misma la que debe fortalecer su legitimidad mediante acciones claras y concretas.

¿Qué pasaría si la UBA llevara adelante planes de alfabetización, de medicina preventiva; elaborara proyectos habitacionales, colaborara con el desarrollo tecnológico, con el campo, con la industria, se convirtiera en un referente para la elaboración de indicadores sociales, políticos y económicos? ¿Qué pasaría si abriera las puertas de sus bibliotecas y otras tantas cosas que hicieran salir de la crisis, para transformarla en una universidad que enfrente a la crisis?

Esto no es algo extraño a la universidad, es sólo la misma pregunta fuera de extensión universitaria, que debe hacerse efectiva en dos sentidos fundamentales: a) generar recursos propios que permitan atenuar el ajuste presupuestario y b) obtener consenso y le-

gitimidad social alrededor de la institución universitaria.

Así entonces, ¿cómo podría ser atacada una universidad que es tenida como propia por amplios sectores sociales, ya sea porque forma parte directamente de ellos, o porque afronta o atiende necesidades que son fundamentales? La universidad saldría de su actitud defensiva para retomar la iniciativa, pero para ello, no sólo debemos iniciar el debate por una nueva forma universitaria. Debemos iniciar la reforma misma con cambios concretos. Sobre la marcha debatir y construir; debe ser un movimiento constante que enriquezca las transformaciones necesarias.

Seguramente la agenda de cambios a realizar será muy extensa. Pero debería iniciarse por estos tres aspectos fundamentales:

- * Democratizar la estructura de poder, para que el rol del movimiento estudiantil no sea subalterno, y se acepte la representación igualitaria.
- * Modificar la estructura académica, favoreciendo la integración interdisciplinaria y la excelencia académica, para la cual se necesita una formación más personalizada, y abierta a campos de práctica en relación directa con la inserción social de la universidad.
- * Favorecer la eficiencia en la gestión administrativa a través de una mayor autonomía de sus niveles operativos, y de un correcto control de gestión. Errores repetidos caprichosamente, como los que se sufren en las inscripciones del Ciclo Básico Común, son los que le restan —desde el vamos— el consenso social que necesita.

Estas son sólo algunas de las tareas —junto con las que nos nombramos— que la universidad debería encarar, buscando su legitimidad social. Los estudiantes tenemos una alta responsabilidad en llevar adelante los cambios necesarios. Hemos comenzado a aprender a ser parte del gobierno universitario, y como en todo aprendizaje, sabemos que cometimos errores. Pero aprendimos a ser gobierno, siendo gobierno. La historia de nuestro país no nos dio otra oportunidad. Pero somos conscientes, como cerraba un editorial de *La Ciudad Futura* (núm. 3, diciembre de 1986), de que "el punto de partida quizá sea la consideración de que la crisis universitaria de hoy no se resuelve con una restauración sino con una transformación que debe resolverse (a diferencia de los '60) en una coyuntura de escasez".

Notas

* Ver nota de Julián Gaidano en *Ciudad Futura* Nº 21.
 * El año de la universidad Servicio Público.
 * El decreto en cuestión establece que el Ministerio de Educación y Justicia será tribunal de alzada para todo litigio universitario. La UBA cuestiona esta resolución, argumentando que por tratarse de una institución autónoma, cualquier conflicto debe resolverse en la justicia y no en el Poder Ejecutivo.
 * Guillermo Rivas, Consejero por el claustro Estudiantil en el Consejo Superior de la UBA y Secretario académico de la mesa de Franja Morada de Capital.



Novedades del Fondo

Novedades de edición argentina
Colección Claves

<p style="text-align: center;">Roberto Zozick Anarquía, Estado y utopía</p> <p style="text-align: center;">León Edel Vidas ajenas Principia biographica</p>	<p style="text-align: center;">Marcelino Cerejido La nuca de Houssay La ciencia argentina entre Biliken y el exilio</p> <p style="text-align: center;">Julien Hervier Conversaciones con Ernst Jünger</p>
---	---

De inminente aparición
Jean-François Lyotard
Economía libidinal

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

Suipacha 617, 1008 Buenos Aires, 322-0825/0963 - Fax: 322-7262

Contra el milagro sin pasado

Gustavo González

En el umbral de los setenta años, Aníbal Pinto Santa Cruz sigue combatiendo mitos. Sus dardos apuntan ahora contra "el milagro sin pasado" de la ortodoxia neoliberal. Está desmontando la pretendida originalidad de las fórmulas de los *Chicago boys* y la propia visión negativa del pasado, cultivada últimamente incluso por sectores de la izquierda, que los lleva a desconocer, por ejemplo, el papel de la Corporación de Fomento de la Producción (CORFO) en la construcción de las bases para el *boom* exportador.

Amigo entrañable del fallecido dibujante Enrique Cornejo, *Penike*, cuyas bellas ilustraciones de cuentos infantiles y leyendas chilenas decoran las paredes de su casa, Aníbal Pinto es también (como lo fue *Penike*), un cultor del tango. Y distribuye sus aficiones entre la música porteña, el fútbol, la economía y el periodismo.

Tal vez esta última es la más prolongada. Comenzó en 1938 en el diario *Frente Popular*. Entre 1940 y 1942 fue redactor en la revista *Quibco*, en *El Siglo*, *La Patria* de Concepción y en *La Nación*. Redactor de la revista *Erilla* en los años señeros de Luis Hernández Parker, Lenka Franulic y Mario Planet, fue su corresponsal en los Juegos Olímpicos de 1948 en Londres y comentarista de la BBC en la capital británica. Más tarde dirigió *Panorama Económico* y de 1954 a 1956 fue director del diario *Las Noticias de Última Hora*. Ahora, además de colaborar en *Hoy* y *Apsi*, tiene a su cargo la revista de la Comisión Económica de las Naciones Unidas para América Latina y el Caribe (CEPAL), donde se identifica como discípulo del maestro Raúl Prebisch.

versé muchas deficiencias e insuficiencias y comenzaron a separarse las aguas, para dar surrimiento en la década de los 60 a esta más radicalizada. En Chile fue un proceso particular. La primera candidatura de Salvador Allende con el FRAP (Frente de Acción Popular) en 1958, implicó también muchas definiciones de políticas económicas que se situaban a la izquierda de la matriz cepalina.

Y vino después el otro terremoto importante, que fue Cuba. Yo diría que la primera delegación significativa que viajó a la isla, a plantear los inicios del experimento cubano, fue de gente de CEPAL. Allí fueron Jorge Ahumada, el mexicano Juan Noyola, el cubano Virgilio Boi, Jacques Choncholl, Carlos Matos, entre otros. Entonces, ahí se produjo también una mayor diversificación política en torno a la matriz cepalina.

A propósito de su libro más famoso, *¿Chile sigue siendo un caso de desarrollo frustrado?* Mi obra no fue una defensa de la CORFO, ni del modelo de industrialización, pese a que nosotros fuimos siempre "corristas", aunque tengo la impresión que tampoco valoramos suficientemente la experiencia de la Corporación de Fomento.

El libro fue escrito a la luz de lo que nosotros desarrollábamos como análisis crítico desde los años 40. No apuntaba tanto la coyuntura latinoamericana de esa época, aunque

contra los mitos. Ahora está contra el paradigma neoliberal.

Claro. Y es que esto ha sido para nosotros algo muy carente de una relación real y activa, pese a que es un fenómeno casi planetario. Yo no sé como resució en un tiempo en que el sistema estaba funcionando en los países capitalistas industrializados, que no habían tenido ninguna crisis profunda, en comparación con los años 30, por ejemplo. Sin embargo, nace toda esta cuestión neoliberal, que se ha proyectado mucho más hacia afuera de los países industrializados, porque, aparte del caso inglés, en EE.UU., Ronald Reagan fue puro *bla bla* ortodoxo y aplicó las mismas políticas de antes. Sigue siendo un país sumamente proteccionista, que fija cuotas a las importaciones, etcétera. Como el padre Gaitan, no practica lo que predica, salvo para endeudarse.

Usted ha advertido acerca de los vaivenes en Chile: desde una *Estadolaria* en ciertas coyunturas a una *Estado-fobia* en otras. ¿Cuál sería el punto del equilibrio?

Vivimos un tiempo nuevo. Está claro que esto no es cuestión de borón y cuenta nueva. Lo fundamental, en términos de esta discusión, es que se ha transformado en supraindustrialización, muy caricaturizada.

Es muy significativo que en la experiencia de los 40 no existió ese antagonismo Estado-empresa privada, que ahora ha pasado a ser una especie de lema sin fundamento. La gente que trabajó en lo de la CORFO tenía muy claro donde debía actuar el Estado: en la creación de infraestructura, de la gran industria siderúrgica, en formar técnicos y construir condiciones en las áreas forestales y pesqueras, pero nunca intentaron armar un sistema de propiedad estatal en esas áreas, salvo casos ocasionales para montar alguna empresa.

Fueron muy pragmáticos. Era gente más bien conservadora, pero no tuvieron ningún mito ideológico.

Yo no sé como se va a proceder ahora concretamente, con el nuevo gobierno. Pero creo que sigue siendo fundamental el rol del Estado como creador de ciertos activos, que va a irradiar en otras direcciones y que va a hacer eso compatible con la participación de la empresa privada.

Habría, entonces, que encontrar otra síntesis. Y eso va a ser complicado porque en un tiempo record se desbarataron completamente ese arreglo Estado-empresa privada, que nunca fue muy conflictivo en los años 40 y 50. Las únicas polémicas que hubo entonces fue en torno a Huacapistuco y se discutió quién tenía la mayoría, pero nunca se habló en esa época de privatización, ni siquiera en tiempo de Jorge Alessandri.

Habría, asimismo, un gran consenso en la planificación, de lo cual hoy día no se puede hablar sin que lo consideren absoluto radicalismo. En aquellos años, en cambio, se aceptaba ampliamente la idea del Estado programador y promotor.

¿Usted diría, entonces, que esta crisis en torno al papel del Estado ha sido promovida

de políticamente?

La cuestión ideológica ha sido fundamental. Fue la consecuencia de este encuentro orbital entre un régimen militar sin proyecto económico (y que si lo hubiera tenido habría sido probablemente muy parecido al tradicional), con un influjo externo e interno cuyo mecanismo de transmisión fueron los *Chicago boys*.

No pretendo ponerlos en una calidad de monarca. Los *Chicago boys* ya estaban aquí desde hace más de 30 años, cuando tenían las primeras polémicas con nosotros allá por 1956 o 1957. Sus exponentes eran gente como Sergio de Castro o Ernesto Fontaine. Los primeros discípulos de Arnold Harberger. O sea, este es un fenómeno que tiene pasado.

Que tuvo en la Universidad Católica a su centro universitario de irradiación y que hoy controla ideológicamente todas las universidades, como un ejército que tomó una base y se amplió. En la actualidad, los centros contestatarios de la ortodoxia están fuera del sistema universitario. Ha sido un caso de radicalidad que no se encuentra en ningún otro país de América Latina.

¿Y a qué se debe el éxito, al menos macroeconómico, del modelo en Chile?

Ahí es donde yo planteo mi hipótesis respecto de que no existen "milagros" sin pasado. Una de las cosas fundamentales para el modelo de los *Chicago* es que en Chile se habían creado las bases para una diversificación exportadora. En otros países van a tener que empezar. La infraestructura para el desarrollo de la fruticultura, del sector forestal, de la pesca, de la siderurgia se creó hace decenios en el país. Los *Chicago*, por más que hubieran hecho arreglos financieros, no habrían tenido éxito sin esas bases. Ahí está la paradoja.

Pero cualquier seguidor de los *Chicago* le podría refutar, aún aceptando la creación anterior de esas bases, que existían gobiernos que no resguardaban los equilibrios macroeconómicos, mantenían elevados déficits fiscales, no tenían tipos de cambio realista, etcétera.

Es cierto, hubo discontinuidades. Pero todos los gobiernos echaron un empujón con algo. Pusieron distintas piedras, pero faltó cierta continuidad en definir algunos requisitos económicos.

Aquí el tipo de cambio fue siempre un instrumento tributario, y eso es muy importante, porque el cobre era extranjero, y el tipo de cambio se fijaba para ser muy sacarle más plata al cobre extranjero.

Eso tuvo una influencia evidente sobre el desarrollo de todo el sector primario, pero yo pienso que el tipo de cambio no parece haber sido nacionalizado y ahora se busca crear caminos alternativos a la minería nacional. Y esa potencialidad de la minería nacional se vino a descubrir con la nacionalización.

El cobre ha sido el elemento regulador decisivo en los últimos años. El oxígeno va dentro desde ahí. Y están las otras cosas que han madurado. Hay un elemento fundamental en el desarrollo forestal: hasta ahora no se ha usado ningún árbol que haya sido plantado después de 1973. Si los bosques se demoran al menos un año en crecer, alguien que quisiera crear ahora industria forestal tendría que esperar esos 20 años, o esperar hasta el '93 si hubiera empezado con el inicio del gobierno militar.

Usted ha advertido también sobre la "entencionalidad populista". ¿Cómo podrá resolver el gobierno de Particio Aylwin la ecuación básica de mantener condiciones de equilibrio, sin afectar mayormente las actuales tasas de crecimiento y al mismo tiempo responder a la deuda social acumulada en estos 16 años?

Ese es el punto. Y creo que de eso está consistiendo todo el mundo. Una de las grandes dificultades con otros momentos de apertura democrática es que ahora la gente tiene mucho más conciencia de todo eso.

La acumulación de carencias es muy grande. Hay problemas que nos vienen acompañando desde hace mucho tiempo, que ya advirtieron en el capítulo financiero. Pero sinceramente no le veo una renovación. Si consideramos, por ejemplo, a los dos mayores grupos en el sector forestal, vemos que siguen haciendo proyectos para los rubros tradicionales. Van a seguir produciendo madera, van a aumentar las plantas de celulosa, etcétera.

Todo eso es muy importante, pero hay muy pocas ideas para tomarlo como base de una industrialización, porque también podrían estar creando equipos para aserraderos y otros tipos de maquinarias, que es lo que hicieron en su industrialización pasados chicos, como los escandinavos.

Y desde el punto de vista de los sectores de inversión ¿usted diría también que ha habido un "aggiornamento"?

Muy poco. Creo que ha habido alguna recuperación en materia de inversiones productivas, luego de la grave caída que tuvieron en 1982 con la especulación financiera. Pero sinceramente no le veo una renovación. Si consideramos, por ejemplo, a los dos mayores grupos en el sector forestal, vemos que siguen haciendo proyectos para los rubros tradicionales. Van a seguir produciendo madera, van a aumentar las plantas de celulosa, etcétera.

Todo eso es muy importante, pero hay muy pocas ideas para tomarlo como base de una industrialización, porque también podrían estar creando equipos para aserraderos y otros tipos de maquinarias, que es lo que hicieron en su industrialización pasados chicos, como los escandinavos.

Lo mismo en un aspecto al cobre. Siempre hemos tenido la idea de que no queremos vender cobre industrializado, lo que en realidad en el mundo influye muy poco. Lo que sí suscita alto interés son los equipos para la minería, y nosotros, teniendo ya una demanda para nuestro cobre nacionalizado, tenemos que hacer un esfuerzo para crear una base industrial minera que pueda irradiar a otros países sudamericanos de menor desarrollo en este sector, como Argentina, Bolivia o Ecuador.

Hay una cosa que es clara: los cultores del neoliberalismo tienen prejuicios contra el proceso de industrialización, porque denota un contacto directo con el mundo de propiedad privada siempre va a salir más barato, más inmediato y más fácil, comprar los equipos fuera, si tienen los dólares para hacerlo.

En muchos sectores se piensa que Chile podrá reproducir la experiencia de los países asiáticos de industrialización reciente. ¿Es eso posible, a su juicio?

Creo que no. Todos hemos caído alguna vez en eso, pero no partimos del hecho que los países del este asiático son naciones sin recursos naturales, que tuvieron que hacer una serie de cosas para ser esos tremendos saldos.

Pero no miramos la experiencia europea, que es mucho más cercana a nosotros, especialmente la de los países escandinavos. Países chicos que se montaron sobre sus recursos naturales como base para hacer su industrialización.

A mí me impresionó el caso de Finlandia. Tiene menos población que Chile, unos seis o siete millones de habitantes, y una producción total de cobre de alrededor de 60 mil toneladas al año. Pero con una industria nacionalizada más "suelta", sobre todo para poder entrar como mercado a Europa.

Alí pueden pasar muchas cosas. Incluso funcionarían aspectos del modelo liberal, porque es evidente que para producir huevos no se necesita hacer en grandes colectivos. Eso tuvo su explicación histórica en el momento de desarrollo, pero en el momento estado dando "con el mocho del hacha" y se olvidan que ganaron el ejército alemán y comenzaron siendo uno de los países más atrasados de Europa.

Hay quienes no miran lo que es importante en los países asiáticos: que hay una mejor distribución de los ingresos y que las tasas de inversión son un 50 por ciento más altas que las chilenas.

Ya que hemos hablado del derrumbe de mitos, ¿qué opina usted de los últimos acontecimientos en el Este de Europa, con la perestroika, la caída del muro de Berlín, los cambios en Polonia y Hungría, etcétera? ¿Cuál es el futuro del socialismo?

Estamos todavía, como es difícil, en el ojo de la tormenta, así que es difícil saber para dónde

Entre 1962 y 1965 dirigió la oficina de CEPAL en Brasil. De regreso en Santiago, ha ejercido la subdirección en la División de Desarrollo Económico de la Comisión, y la cátedra de Desarrollo Económico en la Escuela Latinoamericana para Graduados (ESCOLATINA).

Un currículum inagotable, donde destacan sus numerosos escritos y ensayos, como *Finanzas públicas: mitos y realidades*, *Italia nuestra independencia económica*, *Auge y estagnación de la economía chilena*, *Chile, un caso de desarrollo frustrado*, obras más famosas, y *Chile: una economía difícil*.

Para algunos resultará también difícil identificar a esta personalidad periodística y académica con el futbolista que allá por 1938 vestía el uniforme de "la 10", como defensor del equipo que ascendió a primera categoría al *Palpo* Eduardo Simián en la portería; o compaginar a este pensador con el tangfillo, amigo de compartir largas conversaciones en la mesa de un bar y de crear y recrear anécdotas.

Y es que, al final de cuentas, Aníbal Pinto es ante todo un humanista. Un hombre que desde temprano asumió las ideas socialistas en su sentido más amplio y profundo, al margen de dogmas y sectarismos, y contribuyó también, como colaborador de la revista *Arauco*, a enriquecer el acervo del socialismo chileno.

En muchos de sus escritos, usted habla del maestro Prebisch: ¿se considera su discípulo?

Fue un hombre muy importante en mi formación intelectual. Su llegada a Chile, en el 48 o 49, marcó para muchos de nosotros una prolongación de lo que veníamos pensando: era un hombre que tenía una visión regional, uno de los pocos argentinos, en realidad, con una gran vivencia y sensibilidad latinoamericana.

Desde que salió de Argentina, y antes de llegar a Chile, estuvo en Brasil y México. Quería hacer una suerte de digestión latinoamericana de su experiencia argentina. Además su encuentro con Chile fue muy importante para Prebisch. La tesis del Estado desarrollista y la propia experiencia de la CORFO, creo que influyeron mucho en las ideas de Prebisch sobre las posibilidades y los problemas de la industrialización.

La experiencia chilena de los años 40 fue importante para la formación de lo que se ha denominado el *pensamiento* de CEPAL, así como para nosotros, indudablemente, fue muy importante la experiencia y las enseñanzas de Prebisch.

Pero este pensamiento de CEPAL comenzó a ser muy criticado en la década de los 60 por corrientes de pensamiento marxista.

Es que ese pensamiento surgió ligado a lo que algunos llamaban "las corrientes del optimismo histórico"; la industrialización iba a resolver todos los problemas: agrarios, sociales, etcétera. Y ese fue su momento muy encajado en los años 40 y 50.

Pero a finales de los 50 comenzaron a

de va este proceso. En estos días, al respecto, me he acordado de una definición estúpida de don José Medina Echeverría, quien fue muy importante en la CEPAL, y ya nadie se acuerda de él.

(Busca en un volumen y lee) Crisis: en un sentido etimológico estúpido, crisis es el de cierto momento en la evolución de un sistema, que ofrece suficientes manifestaciones de vacilación y trastorno como para indicar un estado de transición, que no excluye tanto su recuperación y fortalecimiento, como su definitiva descompostura y ruina.

Eso es lo que decía don José: un momento en un quiebre de cambio. En el mundo de Este creo que pasa eso. Hay crisis donde se derumba un edificio y crisis donde se plantea la necesidad de cambios profundos. Y en algunas partes, lo que se está planteando es esto último, aunque no debemos desconfiar que también ese es un universo muy diversificado.

En el mundo que estamos tomando cuenta las personalidades y otros factores que nadie consideraba con respecto al experimento socialista, a su validez y a su viabilidad, como la cuestión de las nacionalidades. Claro, había un poco de ilusión estaliniana. Yo, por lo menos, a los 18 años entendí que el problema de las nacionalidades era un problema y durante 20 años nunca pensé en las nacionalidades, y apareció de repente y puchas que tiene importancia.

Los yugoslavos hicieron un experimento exitoso, con nuevas formas de gestión y de propiedad, pero se murió Tito y se re-planteó el problema de las nacionalidades y empezó a haber problemas.

Siempre pasa que las cosas que resultan no llaman la atención. ¿Quién se acuerda que en los años 50 hicieron la reforma agraria en Bolivia? Los bolivianos tuvieron la "mala suerte" de que su reforma agraria fue una de las más exitosas, una de las mejor cubiertas.

Volviendo al tema, creo que siempre hemos tendido a ver ciertos conflictos en un marco de referencia capitalismo-socialismo o EE.UU.-URSS, pero ahora quien está dando la pauta es Europa. Y en Europa lo que está sucediendo es un tipo de sociedad y distribución de los recursos. No es la economía social de mercado, que los alemanes nunca han podido explicar de qué se trata. En Alemania funciona el mercado, claro, pero también es uno de los países que tiene más empresas públicas.

Europa está marcando el ritmo porque EE.UU. se quedó atrás en términos de organización social. Es el país más endeudado del mundo de hoy.

¿Qué va a salir de países tan diferentes y altamente industrializados como Polonia, Checoslovaquia, Hungría? El sistema centralizado no funciona, a mi juicio, porque con esos grados de desarrollo se necesita una economía más "suelta", sobre todo para poder entrar como mercado a Europa.

Alí pueden pasar muchas cosas. Incluso funcionarían aspectos del modelo liberal, porque es evidente que para producir huevos no se necesita hacer en grandes colectivos. Eso tuvo su explicación histórica en el momento de desarrollo, pero en el momento estado dando "con el mocho del hacha" y se olvidan que ganaron el ejército alemán y comenzaron siendo uno de los países más atrasados de Europa.

Hay quienes no miran lo que es importante en los países asiáticos: que hay una mejor distribución de los ingresos y que las tasas de inversión son un 50 por ciento más altas que las chilenas.

Ya que hemos hablado del derrumbe de mitos, ¿qué opina usted de los últimos acontecimientos en el Este de Europa, con la perestroika, la caída del muro de Berlín, los cambios en Polonia y Hungría, etcétera? ¿Cuál es el futuro del socialismo?

Entre la duda y la esperanza

¿Adónde va el Este?

Julio Godio

1. La revolución tecnológica en el oeste: marco de la crisis del socialismo real

Desde mediados de los '70 hasta mediados de los '80 las economías de los países occidentales desarrolladas y por ende la mayoría de las economías de los países dependientes se desenvolvieron en condiciones de crisis y estancamiento. Durante este período se produjo un hecho financiero de consecuencias imprevisas: el endeudamiento gigantesco de los países de América Latina, África y algunos localizados en Europa y Asia. Por esos años, y desde la perspectiva económica, los países del llamado socialismo real parecían sobrevivir sin demasiados problemas, salvo la persistencia de sectores atrasados tecnológicamente y restricciones de consumo en el interior de esas naciones. El mundo en su conjunto continuaba su curso bajo la hegemonía de dos superpotencias, los EE.UU. y la Unión Soviética. Aunque existían manifestaciones de intentos de autonomía a partir de la consolidación de la Comunidad Europea (CEE); y el poderío creciente del Japón, el mundo occidental continuaba bajo la hegemonía económico-militar de los EE.UU. Por parte de la Unión Soviética, se mantuvo una política militar a Checoslovaquia (1968), manteniendo su control sobre los países del Este (Pacto de Varsovia) y extendiendo su influencia a países africanos, asiáticos y latinoamericanos. China Popular conservaba su autonomía entre los llamados países socialistas, aunque también se manifestaban posiciones autonomistas en Yugoslavia, Rumanía y un inicio de la oposición política en Polonia. Pero nada indicaba que el sistema de relaciones de poder, resultado de la Segunda Guerra Mundial, pudiese sufrir modificaciones sustanciales. En el contexto de equilibrio global entre el mundo occidental y el llamado socialismo real durante finales de '70 y toda la década de los '80, los países del Tercer Mundo, fuertemente condicionados por la deuda externa, las crecientes dificultades para participar en el mercado mundial y el atraso tecnológico, subsistían en un mundo controlado. Pero, como dice el refrán chino: "la prosperidad no dura"; y en su superficie, el mundo parecía continuar el curso dictado por la posguerra, pero en sus profundidades se estaban produciendo cambios económicos sustanciales, en particular en los países desarrollados occidentales, que emergerían con imprevistas consecuencias políticas a fines de los '80. Tales cambios fueron: a) la revolución tecnológica (productiva y b) la concentración del flujo de capitales en tres áreas: EE.UU., Europa Occidental y el Japón. Estos dos cambios sustanciales dieron un impulso gigantesco a la internacionalización del capital, definitivamente asociado al control de las empresas multinacionales. A su vez, la revolución tecnológica (robótica, microelectrónica, telemática, biotecnología, etc.) da inicio a una revolución en la estructura y productividad del trabajo.

Exposición ideológica de este proceso

¿Cuál es la razón del agotamiento del socialismo real? ¿Cómo fueron posibles los actuales procesos de transformación? ¿Qué resultados son esperables de los mismos en el interior de los países del este y en la comunidad internacional? Estas tres preguntas requieren un cuidadoso analista, tanto porque en los conflictos sociopolíticos de los países del este están involucradas decenas de millones de trabajadores, como porque todavía no está garantizado que el proceso de transformación cristalice en modelos democráticos e históricamente progresivos.

fuera llamada "revolución conservadora", y su programa económico el llamado "neoliberalismo". Debe señalarse como un dato de suma importancia que la exitosa ofensiva conservadora no encontró obstáculos serios en los países desarrollados, por cuanto los partidos socialistas, socialdemócratas y populares y los movimientos sociales, no tuvieron capacidad técnica y política para poder decir desde el nuevo curso capitalista. El neoliberalismo obtenía éxitos concretos promoviendo la modernización y la expansión económica de los países desarrollados, mientras que las fuerzas socialistas en Europa Occidental salían alguna excepción, permaneciendo todavía apegadas a modelos económico-sociales de bases nekeynesianas ahora obsoletos.

En el contexto de recuperación económica y revolución tecnológica de EE.UU., Europa y Japón y de formación de "regiones económicas", desde 1987 se comenzó a observar que el PCUS de la URSS, bajo el liderazgo de Gorbachov, impulsaba una política de cambios sustanciales en la economía soviética, la llamada "perestroika", acompañada por una democratización política—o glasnost— que abarcaba a las instituciones políticas centrales (creación del Congreso de Diputados del Pueblo por encima de la Cámara de los Soviets) y promovía nuevas relaciones entre las nacionalidades de la URSS. Al mismo tiempo, en los órganos de prensa del PCUS, se comenzaba a atacar abiertamente a la política de los partidos comunistas dirigentes en los países del Este. ¿lo cual estimulaba procesos democráticos en esos países?

¿Qué estaba sucediendo? Estaba sucediendo que la gigantesca y obsoleta maquinaria económica del "socialismo real" no podía resistir los efectos de la globalización de la economía y que la URSS iniciaba un profundo viraje hacia la integración económica con Europa Occidental, con la necesaria desarticulación del sistema económico-militar del COMECON-Pacto de Varsovia. Gorbachov sintetizó este objetivo en la consigna de forjar la "Casa Europea", categoría que engloba a la Europa Comunitaria 1992, la URSS y otros países europeos, es decir la conformación de una revolución económica y política. El viraje en la URSS fue de tal magnitud que los ritmos de cambios se aceleraron en todos los

países del Pacto de Varsovia y se autonomizaron en casi uno de ellos entre agosto y marzo '90. El llamado "sistema socialista" dejó de existir.

2. Socialismo real: fundamentos históricos

Las transformaciones que sacuden actualmente a la URSS, RDA, Checoslovaquia, Hungría, Polonia, Bulgaria y Rumanía son respuestas todavía no claramente definidas al agotamiento del sistema económico, social y político estalinista o de "socialismo real". Pero, todas ellas presentan, por lo menos, cinco rasgos principales que definen la tendencia positiva hacia el cambio: economía de mercado, desestatización, pluralismo político, autonomía nacional y participación en una Europa unificada. La concreción de tal tendencia positiva depende lógicamente de la acción de las fuerzas sociales y políticas renovadoras internas en cada país. Pero, dadas las dificultades del proceso de cambio, a la comunidad internacional en particular, a los países de la CEE, se le plantea como una tarea de vital importancia la cooperación con tales países.

¿Cuál es la razón del agotamiento de los modelos del llamado socialismo real? ¿Cómo fue posible que los procesos de transformación, salvo parcialmente en el caso de Rumanía, se estén produciendo hasta ahora pacíficamente? ¿Qué resultados son esperables de estos procesos de cambio y renovación en el interior de esos países y en la comunidad internacional? Estas tres preguntas requieren un cuidadoso análisis, tanto porque en los conflictos socio-políticos de los países del Este están involucrados decenas de millones de trabajadores, como porque todavía no está garantizado que el proceso de transformación cristalice en modelos democráticos, pluralistas e históricamente progresivos.

El nacimiento, desarrollo, cristalización, crisis y descomposición actual del llamado socialismo real no se explica como "un lamentable accidente de la historia", ni mucho menos a través de la simplista y reaccionaria versión maniquea de la ultraderecha norteamericana y thatcheriana de calificar a la URSS como el "Imperio del Mal".

Por el contrario, la instauración del socialismo real iniciado a partir de la revolución rusa y del triunfo de los bolcheviques en octubre de 1917, continuado luego con el triunfo de la Revolución China en 1949, y con la instalación entre 1948 y 1949 de las llamadas entonces "democracias populares" en Europa Oriental, y por último la instauración de regímenes de socialismo real en Indochina, Corea, Cuba y otros países del Tercer Mundo, deben ser vistos como el intento de fuerzas políticas de esos países de llevar a cabo programas económico-sociales y políticos que permitieran a países grandes y países pequeños iniciar procesos de desarrollo diferentes históricamente de los países capitalistas clásicos, pero conducentes a un mismo fin: industrialización, mejores condiciones de vida y trabajo de la población y fortalecimiento de la unidad Estado-Nación.

El instrumento teórico-político utilizado por esas fuerzas políticas fue el marxismo-leninismo, una variante del marxismo clásico o mejor dicho, una adaptación particular del marxismo a la realidad concreta de países periféricos y atrasados del mundo capitalista. La gran fórmula política, aplicada en todos los países que se convirtieron en socialismos reales, fue la realización completa de la llamada "revolución democrática" y su transformación en revolución socialista en las condiciones de la "dictadura del proletariado". Esta fórmula teórica, cuya substancia es la realización simultánea de la revolución industrial y la instauración de modelos socialistas, se aplicó bajo diversas formas: revolución socialista proletaria de base campesina en Rusia; revolución de "Nueva Democracia" en China; revoluciones de Liberación Nacional anticoloniales en Asia; democracias populares en Europa Central y otras variedades nacionales.

3. Socialismo real: éxitos iniciales y limitaciones históricas

El camino del socialismo real, abierto históricamente por los comunistas rusos, resultó inicialmente exitoso en varios países, en tanto dio respuestas puntuales a situaciones estatales y nacionales concretas: transformación de la URSS en una superpotencia militar, homogenización nacional-estatal en China, culminación de procesos de autonomía nacional en Indochina, Cuba y otros países frente a la dominación extranjera. Tal camino fue realizado a través de regímenes autoritarios, de partido único, que jugaban un papel impulsor del desarrollo al permitir al Estado administrar los recursos económicos fundamentales para la inversión selectiva.

En ciertos aspectos, el comunismo juega un rol "parecido" a las monarquías absolutas en Europa durante los siglos XV, XVI y XVII. La acumulación originaria del capital es realizada por los comunistas en nombre de un gran ideal de la humanidad: el socialismo. En la práctica, el modelo de planificación centralizada implicaba homoge-

neizar a la población en un suficiente pero bajo nivel de vida, para contar con los excedentes económico-financieros para promover la industrialización, especialmente la industria pesada y la industria militar. Esta fue la esencia del llamado modelo estalinista aplicado en la URSS desde 1929 y extendido a todos los países del llamado socialismo real. Pero, tenía dos problemas de difícil resolución (que pudieron ser soslayados durante décadas principalmente por el constante hostigamiento de los principales países del mundo desarrollado a la URSS, lo que "justifico" internamente al stalinismo), esos dos problemas eran que el modelo de socialismo real solo podía ser exitoso si "vencía ecoproduktivmente" al capitalismo o si demostraba que era capaz de subsistir en el socialismo las tres conquistas civilizatorias del mundo occidental en los últimos tres siglos: la instalación del ciudadano en el centro del sistema político, el pluralismo político y cultural y la innovación tecnológica-productiva. Los componentes de la fórmula —ciudadano y pluralismo— no sólo políticos sino también económicos "cos", en tanto el tejido social pluralista y la iniciativa individual permiten un incesante esfuerzo social por el aumento de la productividad del trabajo según motivaciones individuales o asociativas. Pero, el socialismo real resultó a la larga incapaz de integrar las conquistas civilizatorias fundamentales del mundo occidental.

4. Bujarínismo o estalinismo

Lenin se planteó resolver un problema histórico de la Rusia zarista: superar el primitivismo asiático, incorporando a los pueblos del viejo Imperio a la civilización occidental. En este aspecto continuaba la tradición revolucionaria iniciada por los decembristas rusos en los años '20 del siglo pasado. Lenin estaba convencido de tres cosas: a) que el desarrollo capitalista clásico era imposible en Rusia y que "civilización" era sinónimo de socialismo; b) que el socialismo en Rusia era imposible sin la "cooperación" de la revolución socialista en Europa, especialmente en Alemania. Vea a la Revolución Rusa como el inicio de la revolución socialista que se extendería a Europa Occidental, donde el nivel tecnológico y cultural haría posible el socialismo desarrollado.

La obsesión por estimular la revolución en Alemania determinó que desde su fundación en 1919 los comunistas alemanes intentaran provocar la revolución en asociaciones que se integrasen a Francia. En 1923 Lenin enferma, y poco antes de morir, intuye, reconoce la inviabilidad de la revolución violenta en Europa Occidental y que su teoría es más apta para provocar revoluciones en Asia (la cuestión del "camino hacia el Oriente"). Entonces, escribe un artículo en el cual señala lacerantemente: "Derrotar la ideología de la burguesía es fácil, lo difícil es superar la civilización de la burguesía". En esta breve frase, se sintetiza una explicación interesante del deslinde actual del socialismo real, sencillamente porque la vitalidad de las sociedades desarrolladas terminan por demostrar la "inferioridad civilizatoria" de los modelos socialistas reales.

Efectivamente, en la URSS se abrieron en la década del veinte dos grandes alternativas: una evolución "lenta" hacia el socialismo, con un régimen de economía mixta y restablecimiento del pluralismo e igualdad de derechos entre las nacionalidades—camino que se esbozó en la obra de Bujarín—o la instauración de un "socialismo asiático", heredero de la autocracia rusa, fuertemente articulado en un Estado burocrático-centralista que promoviese la modernización acelerada. Este último fue el ca-

mino seguido por Stalin, conocido como proyecto de "socialismo en un solo país", y después impuesto a Europa Oriental luego de la Segunda Guerra Mundial. El estalinismo primero recogió a la URSS sobre sí misma (1929-1939), luego (1945-1948/49) construyó un bloque político-militar (la "cortina de hierro") y por último un bloque político-económico-militar (COMECON-Pacto de Varsovia).

El modelo socio-político autoritario fue aceptado por los trabajadores soviéticos, el cual garantizaba simultáneamente la modernización y la protección militar del Estado multinacional. Tal tipo de modelo socio-político pudo mantener cohesionado al viejo imperio multinacional limitando y/o primando las tensiones nacionalistas/separatistas internas y entre 1945-1948 someter a los estados y las nacionalidades de Europa Oriental. Pero tal modelo solo podía "vencer" históricamente si el capitalismo se desplomaba. Tal hecho no ocurrió y por el contrario EE.UU. y Europa Occidental demostraron una asombrosa vitalidad no sólo por ser países capitalistas desarrollados sino por ser sociedades pluralistas, inmanes al modelo autoritario y primitivo del estalinismo.

¿Cuáles eran los puntos débiles del modelo de socialismo real? En los países de Europa Oriental, sometidos a la URSS pero geográficamente parte de Europa, en las tensiones nacionalistas presentes en la URSS, en el descontento social en la URSS y en sectores del propio PCUS que captan desde fines de la década del setenta que es necesario desarticuladamente el modelo estalinista, para poder subsistir frente a las sociedades desarrolladas. Es la conjunción de estos componentes—en las condiciones de la Segunda Guerra Mundial—la preparación de tradiciones y conquistas sociales en el Este bajo la forma política de partidos socialistas y sindicatos autónomos, sino también con el avance hacia la construcción de la Casa Europea. En cambio el regreso al socialismo de Europa Oriental, el engrana se quedará en la URSS, este engrana se plantea como en 1929, ahora entre reiniciar el antiguo camino "bujarínista" que conduce al socialismo democrático o la reinstalación neostalinista en las condiciones de una superpotencia militar. Sería deseable el éxito del camino socialista democrático, pues esto implicaría la posibilidad de la reaparición de tradiciones y conquistas sociales en el Este bajo la forma política de partidos socialistas y sindicatos autónomos, sino también con el avance hacia la construcción de la Casa Europea.

En la década del setenta que es necesario desarticuladamente el modelo estalinista, para poder subsistir frente a las sociedades desarrolladas. Es la conjunción de estos componentes—en las condiciones de la Segunda Guerra Mundial—la preparación de tradiciones y conquistas sociales en el Este bajo la forma política de partidos socialistas y sindicatos autónomos, sino también con el avance hacia la construcción de la Casa Europea.



5. Adónde va el Este: una perspectiva progresista en los marcos europeos

Lo cierto es que, hasta ahora, en la mayoría de los países del Este el proceso de democratización ha sido encabezado por fuerzas políticas de centroderecha y conservadoras católicas con fuertes componentes nacionalistas. Pero tal tendencia es comprensible, porque en los países del Este lo que se ha producido es una estampida masiva hacia la economía de consumo, la democracia occidental y los nacionalismos. En este contexto han emergido manifestaciones neozan-

de y de nacionalismo xenófobo en algunos países. En su conjunto, el fenómeno es normal, si se tiene en cuenta que el modelo estalinista al igual a esos estados de Europa Occidental, no sólo originó el estancamiento económico sino que generó un sistema político cultural cínico y perverso de "rusificación" que permitió que supervivieran en amplias capas de la población de esos países viejas ideologías y culturas reaccionarias nacionalistas.

En la URSS, varias naciones obligadas a aceptar la dominación centralista, han adoptado posturas que van desde exigir una auténtica confederación hasta la secesión. En este contexto de tensión nacionalista, la URSS intenta pasar de la economía estalinista-burocrática a una economía socialista de mercado, tarea sumamente compleja porque, como hemos dicho, el "mercado" no es sólo una categoría económica sino también socio-cultural.

La pregunta es, por lo tanto, ¿adónde va el Este? Es probable que durante todo un período histórico se reproduzca allí el dilema histórico europeo desde la Primera Guerra Mundial: ¿conservar el statu quo o reformarlo, lo cual implica la instalación de economías de mercado, de propiedad mixta, con un fuerte componente de "capitalismo real", esto es, de capitalismo agresivo y salvaje. Tal perspectiva parece casi inevitable como "intento histórico" para la mayoría de los países de Europa Oriental. El engrana se quedará en la URSS, este engrana se plantea como en 1929, ahora entre reiniciar el antiguo camino "bujarínista" que conduce al socialismo democrático o la reinstalación neostalinista en las condiciones de una superpotencia militar. Sería deseable el éxito del camino socialista democrático, pues esto implicaría la posibilidad de la reaparición de tradiciones y conquistas sociales en el Este bajo la forma política de partidos socialistas y sindicatos autónomos, sino también con el avance hacia la construcción de la Casa Europea. En cambio el regreso al socialismo de Europa Oriental, el engrana se quedará en la URSS, este engrana se plantea como en 1929, ahora entre reiniciar el antiguo camino "bujarínista" que conduce al socialismo democrático o la reinstalación neostalinista en las condiciones de una superpotencia militar. Sería deseable el éxito del camino socialista democrático, pues esto implicaría la posibilidad de la reaparición de tradiciones y conquistas sociales en el Este bajo la forma política de partidos socialistas y sindicatos autónomos, sino también con el avance hacia la construcción de la Casa Europea.

Una visión progresista de la historia, tanto crítica del socialismo real como del capitalismo, se resiste a reconocer fácilmente que los trabajadores de Europa Oriental acepten la instauración del capitalismo como "único" modo de producción (modo que por otra parte nunca conocieron en su forma pura) o el retorno a formas sociales militares-feudales y reaccionarias existentes antes de la Segunda Guerra Mundial en Polonia, Hungría y Bulgaria. Por el contrario, lo deseable es que la URSS y países del Este de Europa evolucionen hacia economías de mercado y de propiedad mixta dinámicas, con sistemas de gestión económica democráticos, con pluralismo político, tolerancia ideológica y justicia social. Esta posibilidad histórica cuenta con bases en esos países y puede permitir superarse no sólo al "socialismo real" sino comenzar a sepultar los componentes político-culturales autoritarios y primitivos presentes en esas sociedades reales del socialismo real y que hoy intentan reaparecer como fantasmas de la historia. La instauración de una economía de mercado de propiedad mixta, junto al desmonte del Estado autoritario y el despliegue del ciudadano con iniciativa y solidaridad social como motor del nuevo sistema social, puede garantizar un curso progresivo a la encrucijada del futuro de la URSS y los países del Este, y aportar a la instauración de una Europa articulada y promotora de una cultura humanista y pacifista.

LIBROS RECIENTE HORNEADOS

Mujeres que se aman. Evelyn L. Gacrer. Epílogo de María Moreno. ¿Es posible hoy ser lesbianas sin escándalo? ¿Cómo tratar la sociedad a las parejas de mujeres? Un acercamiento comprensivo a las sexualidades de la mujer.

Los obreroguitos de Buenos Aires. George Reid Andrews. Un estudio profundo y documentado, por un académico norteamericano, sobre la inserción de los negros en la ciudad en 1880 y su casi misteriosa desaparición ulterior.

Treinta años de política y cultura. Recuerdos y ensayos. Alberto Ciria. Una recopilación de textos que, entrecruzando la autobiografía intelectual del autor con la vida cultural del país y del continente en las últimas décadas, presenta un panorama que nos concierne a todos. Por el autor de Partidos y poder en la Argentina moderna y Política y cultura popular: La Argentina peronista 1945-1955.

Modona Pereyra M° 15. Fontanarrosa. Las más recientes aventuras del tradicional "renegado" con la participación especial de la Eugulia y el Mendita y los loros barranqueros en el papel de ellos mismos.

La tortuga y otros cuentos. Leo Masliah. El cantautor uruguayo, tras El lado oscuro de la pelvis—su tercera novela—deja descansar a la novela por un año y se dedica a una colección de cuentos desoladores, de temáticas y tratamientos distintos pero siempre sorprendentes; como si Woody Allen se hubiera vuelto surrealista y rioplatense.

Teatro 4. Griselda Gambaro. Continuando la publicación del teatro completo de la autora, en un ordenamiento no cronológico, se incluyen las siguientes piezas: "Las paredes", "El desatino", "Los siameses", "El campo" y "Nada que ver".

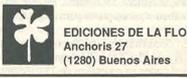
Mujer. Participación, cultura política y Estado. Celia Amorós Puente. ¿Por qué las mujeres tenemos tantas dificultades para constituir "voluntad general"... para traducir en términos políticos... la respuesta sobre esa deuda de la mujer con las luchas políticas generales en la tesis que se expone en este libro, versión de las conferencias que la autora, filósofa española, dio en Buenos Aires sobre el tema. Prólogo: Martha I. Rosenberg y Haydée Brignone.

El fútbol es sagrado. Fontanarrosa. Una oportuna recopilación de humor gráfico sobre el deporte de los pueblos fuertes, teniendo como pretexto el Mundial de Italia. Con un prólogo del mismo Fontanarrosa todo escrito—sin dibujos—.

Y TAMBIEN DOS "SEMI NUEVOS"

Semblanzas deportivas. Fontanarrosa. Desolantes historias sobre los "casos" o "cosas que tiene el deporte, mis amigos".

Humor de amores. Celi. Con todo el humor del mundo, el genial creador del Clemente apunta sus lápices sobre ella mor y sus víctimas.



EDICIONES DE LA FLOR
Buenos Aires
(1280) Buenos Aires

Un desafío inesperado para la socialdemocracia

La cara oculta de la unidad alemana

Guillermo Ortiz

Contrariamente a la sospecha de algunos "ideólogos" de la guerra fría, la "cuestión alemana" distaba de estar cancelada. El deterioro acelerado del régimen comunista de Berlín Este, a partir de la reciente fuga de germano-orientales a Occidente, vía Hungría y Checoslovaquia y la ola de manifestaciones en las principales ciudades del país, demostró no sólo que las previsiones estratégicas tienen sus límites sino también que el problema alemán no ha sido "un suspense". De todas maneras, 45 años sin guerra en Europa es una buena marca y se deja en claro una continuidad de política alemana responsable. La liberalización de la frontera intergermana, publicitaria-

El acuerdo intergermano de fusión monetaria parece acelerar un proceso de carácter irreversible inaugurado a partir del deterioro del régimen comunista de la RDA. El giro estratégico de Moscú hacia la no injerencia en los asuntos del Este europeo por desempolvar un tema cuidadosamente aludido desde la Segunda Guerra Mundial: la "cuestión alemana". A todo esto, la socialdemocracia busca su nueva identidad en un contexto de disparidad económica entre ambos Estados germanos y ante la necesidad de garantizar la estabilidad europea.

Por otra parte, en cuanto a lo que podríamos denominar los "incentivos formales", la Ley Fundamental de la RFA entró en vigor el 24 de mayo de 1949, manteniendo la exigencia hacia la búsqueda de la reunificación. La Constitución Federal constituyó desde hace cuarenta años, la base del sistema político y social de la RFA y en vista de la particularidad de su origen, la seta de identidad de la nueva República. El punto a través del cual el país se reconocía a sí mismo. Hoy la opinión mayoritaria sustenta la idea de que para que la unidad alemana sea algo natural, se proceda según el artículo 23 que establece que la Constitución de la RFA extiende su ámbito de validez al territorio de Alemania que se pronuncia a favor del ingreso en la RFA. Estos, los cinco "landers" que componen la República Democrática. No obstante, juristas de ambos Estados alemanes consideran que son necesarios dos años para implementar una decisión definitiva ya que la unidad total requiere de la previa aprobación de las cuatro potencias vencedoras de la última guerra mundial y debe mantener su concordancia con los intereses de los otros miembros de la CE. De todas maneras en este punto, es probable que la derogación del status singular de Berlín, futura capital de la Alemania unida y que obviamente no puede constituir una suerte de "exclave" en el mar de aguas territoriales legal a establecer, acelerará las definiciones. Pero la principal trabazón de los costos de la unidad. La RDA plantea la necesidad de que de ahora en más la política alemana se trate como un asunto común en igualdad de derechos, esto es sin ciudadanos de segunda categoría. Que la RDA no sea sólo la zona más pobre de Alemania. Esto no sólo impide que el gobierno maneje un "doble estándar" con respecto a sus estructuras constitucionales con las de la República Federal, orientando a su vez su sistema jurídico, fiscal y social al modelo de su vecino y ajustando la mayoría de las regulaciones de transición al "modelo del Sarre", el territorio minero explotado por Francia tras la Primera Guerra Mundial y que en virtud de un tratado franco-alemán de octubre de 1956 pasó a formar parte definitivamente de la RFA en enero del año siguiente.

La socialdemocracia centra su reclamo en una revisión de la Constitución de la RFA previa a su extensión más allá del Elba y exhorta a la sanción de derechos como el trabajo y la vivienda, que forman parte de la Constitución de la RDA, planteando la unidad en el marco del artículo 146 que prevé la elección de una Asamblea Constituyente de ambos Estados que redacte el nuevo artículo. Concretamente se trata de que los ciudadanos del Este se aseguren una inserción selectiva en la economía capitalista. El SPD se pregunta por qué razón la Constitución de la RFA no define con más precisión, que la propiedad debe cumplir una función social. Asimismo, por qué no incluye la institución del plebiscito o referéndum, mecanismos aptos de democracia directa. De todas maneras, lo que urge es la adaptación económica. El complejo fármacéutico "Germel" de la RDA, acaba de asegurar que la racionalización es inevitable y que a medio plazo habrá que despedir a una cifra que oscila entre el tercio y la mitad de la plantilla actual que asciende a más de 16 mil trabajadores. Inclusive, los socios industriales de la RFA, envían plantillas de cheque determinando el número de personas necesarias en cada fase de producción. Por ahora, lo único que está retrasando los despidos es el alto nivel exportador debido a una causa inesperada: el temor a desempleo ha sumado a la productividad. No obstante, algunas cifras optimistas sugieren que más de dos millones de asalariados del total de ocho millones al que asciende la población laboral de la RDA, perderán sus empleos. La RDA está preocupada por la posibilidad de una disparidad inflacionaria a raíz del fin de las subvenciones que a su vez puede generar un contexto de recesión injustado. Más del 60% de las empresas de la RDA están llamadas a desaparecer, según el augurio del líder del actual Partido Socialista Democrático ex PC, Gregor Gijay. Se prevé que la importación masiva de bienes de consumo alentada por la abolición de las barreras aduaneras, terminará con la producción nacional.

Francisco Benvenuti. Pucco sui sabotatori! Stachanovismo e organizzazione industriali in URSS: 1934-1938. Valerio Levi Editore, Roma, 1988. Francesco Benvenuti y Silvio Pons. Il sistema di potere dello stalinismo: parigi e Stalin in URSS: 1933-1953. Franco Angeli & Milin, 1988. J. Arch Getty. Origins of the great purge. Cambridge University Press, Cambridge, 1985. Horavki Kurnovska. Stalin's industrial revolution: politics and industry: 1928-1932. Cambridge University Press, Cambridge, 1988. Robert T. Ritterport. Simplifications stalinien et complications stalinien: tensions sociales et conflits politiques en URSS: 1933-1953. Institut des Archives Contemporaines, Paris, 1985.

Roberts T. Manning. Government in the soviet countryside in the Stalinist thirties: the case of Dviri Ravin in 1937. The Carl Beck papers in Russian and European Studies, University of Pittsburgh, 1985, número 301.

Lewis H. Siegelbaum. Stachanovism and the politics of productivity in the URSS: 1928-1941. Cambridge University Press, Cambridge, 1988.

Lynne Viola. The best sons of the fatherland workers in the vanguard of soviet collectivization. Oxford University Press, Oxford, 1987.

La Unión Soviética ha sido tradicionalmente presentada como un sistema inflexible que había impuesto el poder total del estado-partido y el avasallamiento definitivo de la población. Sin embargo, las investigaciones de conjunto que a menudo ignoran las fuentes o estudian como redundante el estudio de la realidad, porque ésta no sería otra cosa que la ideología comunista realzada, han impuesto el concepto de totalitarismo cuya consecuencia es convertir la libertad totalitaria en realidad totalitaria. Recientemente han aparecido algunos libros fundamentales que cuestionan la interpretación consagrada. Lo que se venía a estar muy lejos de ser una cuestión meramente académica. Porque, como estos enfoques, que permiten descubrir movimientos contrarios incluso en la URSS: Estudiantes, proponían un método de análisis susceptible de restablecer la actualidad en la larga duración de la historia soviética, que

tendía esa apariencia de algo cíclico del ciclo. "El partido era esencialmente un sistema de control del aparato del partido se limitaba a través de la Constitución de la RDA, planteando la unidad en el marco del artículo 146 que prevé la elección de una Asamblea Constituyente de ambos Estados que redacte el nuevo artículo. Concretamente se trata de que los ciudadanos del Este se aseguren una inserción selectiva en la economía capitalista. El SPD se pregunta por qué razón la Constitución de la RFA no define con más precisión, que la propiedad debe cumplir una función social. Asimismo, por qué no incluye la institución del plebiscito o referéndum, mecanismos aptos de democracia directa. De todas maneras, lo que urge es la adaptación económica. El complejo fármacéutico "Germel" de la RDA, acaba de asegurar que la racionalización es inevitable y que a medio plazo habrá que despedir a una cifra que oscila entre el tercio y la mitad de la plantilla actual que asciende a más de 16 mil trabajadores. Inclusive, los socios industriales de la RFA, envían plantillas de cheque determinando el número de personas necesarias en cada fase de producción. Por ahora, lo único que está retrasando los despidos es el alto nivel exportador debido a una causa inesperada: el temor a desempleo ha sumado a la productividad. No obstante, algunas cifras optimistas sugieren que más de dos millones de asalariados del total de ocho millones al que asciende la población laboral de la RDA, perderán sus empleos. La RDA está preocupada por la posibilidad de una disparidad inflacionaria a raíz del fin de las subvenciones que a su vez puede generar un contexto de recesión injustado. Más del 60% de las empresas de la RDA están llamadas a desaparecer, según el augurio del líder del actual Partido Socialista Democrático ex PC, Gregor Gijay. Se prevé que la importación masiva de bienes de consumo alentada por la abolición de las barreras aduaneras, terminará con la producción nacional.

Francisco Benvenuti. Pucco sui sabotatori! Stachanovismo e organizzazione industriali in URSS: 1934-1938. Valerio Levi Editore, Roma, 1988. Francesco Benvenuti y Silvio Pons. Il sistema di potere dello stalinismo: parigi e Stalin in URSS: 1933-1953. Franco Angeli & Milin, 1988. J. Arch Getty. Origins of the great purge. Cambridge University Press, Cambridge, 1985. Horavki Kurnovska. Stalin's industrial revolution: politics and industry: 1928-1932. Cambridge University Press, Cambridge, 1988. Robert T. Ritterport. Simplifications stalinien et complications stalinien: tensions sociales et conflits politiques en URSS: 1933-1953. Institut des Archives Contemporaines, Paris, 1985.

Roberts T. Manning. Government in the soviet countryside in the Stalinist thirties: the case of Dviri Ravin in 1937. The Carl Beck papers in Russian and European Studies, University of Pittsburgh, 1985, número 301.

Lewis H. Siegelbaum. Stachanovism and the politics of productivity in the URSS: 1928-1941. Cambridge University Press, Cambridge, 1988.

Lynne Viola. The best sons of the fatherland workers in the vanguard of soviet collectivization. Oxford University Press, Oxford, 1987.

La Unión Soviética ha sido tradicionalmente presentada como un sistema inflexible que había impuesto el poder total del estado-partido y el avasallamiento definitivo de la población. Sin embargo, las investigaciones de conjunto que a menudo ignoran las fuentes o estudian como redundante el estudio de la realidad, porque ésta no sería otra cosa que la ideología comunista realzada, han impuesto el concepto de totalitarismo cuya consecuencia es convertir la libertad totalitaria en realidad totalitaria. Recientemente han aparecido algunos libros fundamentales que cuestionan la interpretación consagrada. Lo que se venía a estar muy lejos de ser una cuestión meramente académica. Porque, como estos enfoques, que permiten descubrir movimientos contrarios incluso en la URSS: Estudiantes, proponían un método de análisis susceptible de restablecer la actualidad en la larga duración de la historia soviética, que

verificado durante el período 1928-1932, sea autónomo o recién llegado del campo. Los obreros de choque son perichinos por los obreros calificados como iradinos, y la emulación socialista, como un método de coacción. Los otros se sublevan igualmente porque tienen un abajamiento de las normas que ocasiona una baja en sus salarios. Las fábricas "que beben la sangre campesina" son asimiladas al Anticristo. Estalla la violencia, las máscaras cédulas del partido en las fábricas toman posiciones contra los obreros de choque. No obstante, otros, ascendidos a oficinistas o a cuadros administrativos, y entimados de amor del país, así como los nuevos ingenieros de origen campesino, proponían un apoyo decisivo a la supervivencia del régimen (hacia el fin de 1929, los obreros calificados y no calificados se unen a las brigadas de choque para compartir honores y privilegios). Benvenuti abunda en el mismo sentido, llegando a la conclusión de que el estado-partido tenía una gran base de intereses comunes con grandes capas del proletariado, lo que neutralizaba

los efectos subversivos que llevaba consigo el crecimiento de una sociedad industrial. Las indicaciones del centro son deformadas durante su aplicación y éste debe adaptarse a un resultado proyectado originalmente. En el libro de Viola se ve a los 25.000 voluntarios partir con entusiasmo a la colectivización del campo y, finalmente, obligados a reaplegarse. El radicalismo de los activistas de base precede al del centro, pero cuando éste retrocede (febrero de 1930) ante la resistencia campesina no se hace más que dar carácter oficial a la experiencia de los 25.000. De su investigación, Viola concluye que, mucho más que los decretos, son las actitudes de los ejecutantes, las costumbres campesinas y el retraso técnico los que han dado forma a la colectivización. Siegelbaum demuestra que las relaciones de producción permiten a los cuadros — encargados de otorgar la etiqueta del estalinismo — de distribuir las normas — así como a los obreros estalinistas — que pueden defenderse de la arbitrariedad de los miembros ascendidos a los jefes de es-

trabajo — y no estalinistas — que pueden defenderse mediante un sabotage real — manobrar con el fin de evitar todo lo que puede amenazar en la campaña estalinista a él; o bien inflige sanciones ejemplares contra sus viejos ex-patriotas — con tanto celo que finalmente hay que contentarse para evitar la desorganización total de la producción — o bien deriva la campaña contra los obreros que considera que representan muy de cerca el descontento de las masas. Generalmente se piensa en el Terror como el medio empleado por Stalin para asegurar su poder personal. Benvenuti y Pons consideran que, después de 1934, el régimen conoció una crisis de legitimidad por haber abandonado su referencia exclusiva a la clase obrera y aspirado a una representación directa de las masas nacional-ban, la digestión de la misma modifica considerablemente el ejercicio del poder estatal. Las fronteras del Estado y de la sociedad son desdramatizadas impetuosas (Manning) pero a partir de 1933; en él, en él, pero sus esperanzas en la colectivización de los subordinados para forzar a los cuadros a la eficacia, la otra deficiente de los cuadros de todo el centro para dirigir sus ataques al funcionamiento del sistema. Ya en abril, la cúpula de carta blanca a los cuadros para emprender su ataque. En mayo, los adversarios de la depuración de los cuadros lanzan la controvertida, y los vencedores de febrero comienzan a retroceder en el retraso del centro; y sus respuestas es entonces inmediatez: la espectacular depuración dura hasta diciembre. Pero proseguirán crisis de centro durante las cuales siempre de chivo expiatorio. Pero la represión de los cuadros conduce a reformas más profundas que las decisiones (Manning). Esta incapacidad del estado para ejercer su control le lleva a hacer de la represión su principal instrumento de gobierno (Viola). ¿Se ha cerrado el círculo? Esta ha puesto en evidencia los conflictos entre el centro y las regiones y el desorden en el interior mismo del aparato del partido: la simple tentativa de poner orden en las listas del partido resulta imposible. Después de dos años de esfuerzo, se sigue ignorando a quién han sido entregados decenas de miles de carteras de trabajo. En el momento de cambiar de ciudad en el último momento podía ser suficiente para escapar a la detención, puesto que el motivo de ésta era local, y no impedía la promoción.

La multitud de las llamadas del Kremlin a la obediencia está en el centro de las protestas, aunque autoritario, no era totalitario. © Liber, febrero de 1990. Traducción: M. C. Ruiz de Eizola.

La multitud de las llamadas del Kremlin a la obediencia está en el centro de las protestas, aunque autoritario, no era totalitario. © Liber, febrero de 1990. Traducción: M. C. Ruiz de Eizola.

La multitud de las llamadas del Kremlin a la obediencia está en el centro de las protestas, aunque autoritario, no era totalitario. © Liber, febrero de 1990. Traducción: M. C. Ruiz de Eizola.

La multitud de las llamadas del Kremlin a la obediencia está en el centro de las protestas, aunque autoritario, no era totalitario. © Liber, febrero de 1990. Traducción: M. C. Ruiz de Eizola.

La multitud de las llamadas del Kremlin a la obediencia está en el centro de las protestas, aunque autoritario, no era totalitario. © Liber, febrero de 1990. Traducción: M. C. Ruiz de Eizola.

La multitud de las llamadas del Kremlin a la obediencia está en el centro de las protestas, aunque autoritario, no era totalitario. © Liber, febrero de 1990. Traducción: M. C. Ruiz de Eizola.

La multitud de las llamadas del Kremlin a la obediencia está en el centro de las protestas, aunque autoritario, no era totalitario. © Liber, febrero de 1990. Traducción: M. C. Ruiz de Eizola.

La multitud de las llamadas del Kremlin a la obediencia está en el centro de las protestas, aunque autoritario, no era totalitario. © Liber, febrero de 1990. Traducción: M. C. Ruiz de Eizola.

La multitud de las llamadas del Kremlin a la obediencia está en el centro de las protestas, aunque autoritario, no era totalitario. © Liber, febrero de 1990. Traducción: M. C. Ruiz de Eizola.

Libros ¿Ha habido un 'totalitarismo' soviético?

Claudio Ingerflom

Los efectos subversivos que llevaba consigo el crecimiento de una sociedad industrial. Las indicaciones del centro son deformadas durante su aplicación y éste debe adaptarse a un resultado proyectado originalmente. En el libro de Viola se ve a los 25.000 voluntarios partir con entusiasmo a la colectivización del campo y, finalmente, obligados a reaplegarse. El radicalismo de los activistas de base precede al del centro, pero cuando éste retrocede (febrero de 1930) ante la resistencia campesina no se hace más que dar carácter oficial a la experiencia de los 25.000. De su investigación, Viola concluye que, mucho más que los decretos, son las actitudes de los ejecutantes, las costumbres campesinas y el retraso técnico los que han dado forma a la colectivización. Siegelbaum demuestra que las relaciones de producción permiten a los cuadros — encargados de otorgar la etiqueta del estalinismo — de distribuir las normas — así como a los obreros estalinistas — que pueden defenderse de la arbitrariedad de los miembros ascendidos a los jefes de es-

trabajo — y no estalinistas — que pueden defenderse mediante un sabotage real — manobrar con el fin de evitar todo lo que puede amenazar en la campaña estalinista a él; o bien inflige sanciones ejemplares contra sus viejos ex-patriotas — con tanto celo que finalmente hay que contentarse para evitar la desorganización total de la producción — o bien deriva la campaña contra los obreros que considera que representan muy de cerca el descontento de las masas. Generalmente se piensa en el Terror como el medio empleado por Stalin para asegurar su poder personal. Benvenuti y Pons consideran que, después de 1934, el régimen conoció una crisis de legitimidad por haber abandonado su referencia exclusiva a la clase obrera y aspirado a una representación directa de las masas nacional-ban, la digestión de la misma modifica considerablemente el ejercicio del poder estatal. Las fronteras del Estado y de la sociedad son desdramatizadas impetuosas (Manning) pero a partir de 1933; en él, en él, pero sus esperanzas en la colectivización de los subordinados para forzar a los cuadros a la eficacia, la otra deficiente de los cuadros de todo el centro para dirigir sus ataques al funcionamiento del sistema. Ya en abril, la cúpula de carta blanca a los cuadros para emprender su ataque. En mayo, los adversarios de la depuración de los cuadros lanzan la controvertida, y los vencedores de febrero comienzan a retroceder en el retraso del centro; y sus respuestas es entonces inmediatez: la espectacular depuración dura hasta diciembre. Pero proseguirán crisis de centro durante las cuales siempre de chivo expiatorio. Pero la represión de los cuadros conduce a reformas más profundas que las decisiones (Manning). Esta incapacidad del estado para ejercer su control le lleva a hacer de la represión su principal instrumento de gobierno (Viola). ¿Se ha cerrado el círculo? Esta ha puesto en evidencia los conflictos entre el centro y las regiones y el desorden en el interior mismo del aparato del partido: la simple tentativa de poner orden en las listas del partido resulta imposible. Después de dos años de esfuerzo, se sigue ignorando a quién han sido entregados decenas de miles de carteras de trabajo. En el momento de cambiar de ciudad en el último momento podía ser suficiente para escapar a la detención, puesto que el motivo de ésta era local, y no impedía la promoción.

La multitud de las llamadas del Kremlin a la obediencia está en el centro de las protestas, aunque autoritario, no era totalitario. © Liber, febrero de 1990. Traducción: M. C. Ruiz de Eizola.

La multitud de las llamadas del Kremlin a la obediencia está en el centro de las protestas, aunque autoritario, no era totalitario. © Liber, febrero de 1990. Traducción: M. C. Ruiz de Eizola.

La multitud de las llamadas del Kremlin a la obediencia está en el centro de las protestas, aunque autoritario, no era totalitario. © Liber, febrero de 1990. Traducción: M. C. Ruiz de Eizola.

La multitud de las llamadas del Kremlin a la obediencia está en el centro de las protestas, aunque autoritario, no era totalitario. © Liber, febrero de 1990. Traducción: M. C. Ruiz de Eizola.

La multitud de las llamadas del Kremlin a la obediencia está en el centro de las protestas, aunque autoritario, no era totalitario. © Liber, febrero de 1990. Traducción: M. C. Ruiz de Eizola.

La multitud de las llamadas del Kremlin a la obediencia está en el centro de las protestas, aunque autoritario, no era totalitario. © Liber, febrero de 1990. Traducción: M. C. Ruiz de Eizola.

La multitud de las llamadas del Kremlin a la obediencia está en el centro de las protestas, aunque autoritario, no era totalitario. © Liber, febrero de 1990. Traducción: M. C. Ruiz de Eizola.

La multitud de las llamadas del Kremlin a la obediencia está en el centro de las protestas, aunque autoritario, no era totalitario. © Liber, febrero de 1990. Traducción: M. C. Ruiz de Eizola.

PAISAJES PENSAMIENTO CONTEMPORANEO Michel Foucault: Tecnologías del yo. Y otros textos afines Niklas Luhmann: Sociedad y sistema: la ambición de la teoría Thomas S. Kuhn: Qué son las revoluciones científicas Jean-François Lyotard: Por qué filosofar STUDIO BASICA Richard Rorty y otros: La filosofía en la historia STUDIO Paul Veyne y otros: Sobre el individuo Jean-François Lyotard: La fenomenología COMUNICACION Noam Chomsky: Barreras Roland Barthes: La aventura semiológica Daniel Cassini: Describir el escribir ESTETICA Francesco Dal-Co: Dilucidaciones. Modernidad y arquitectura Vasily Kandinsky: El jineté azul Sigfried Kraacker: Teoría del ritmo. La redención de la realidad física NARRATIVAS DE HOY J. M. Fontalleras: Borchensky y compañía Howard Buten: Cuando tenía cinco años, me suicidé John Hawkes: El búho Anne Walter: Las relaciones de incertidumbre

Libros

Alain Rouquié
Extremo Occidente. Introducción a América Latina

México, Siglo XXI, 1989 y Buenos Aires, Emecé, 1990

Mucho de lo sugerente y sugestivo hay en el reciente libro del polifacético francés Alain Rouquié, tanto como material de consulta como disparador de nuevas reflexiones en torno al destino de la región. Mientras el subcontinente se ha convertido en los últimos tiempos en una verdadera "caja de Pandora", una frase sigue resonando lapidaria: "Usted nos habla de América Latina. No es importante. Nada importante puede venir del Sur. No es el Sur el que hace la historia, el eje de la historia va de Moscú a Washington pasando por Bonn. El Sur no tiene importancia". Rouquié nos brinda elementos para desmentir aquella respuesta de Henry Kissinger al chileno Gabriel Valdés, pese a que —apenas aplicado— Rouquié nos brinda elementos para desmentir aquella respuesta de Henry Kissinger al chileno Gabriel Valdés, pese a que —apenas aplicado— Rouquié nos brinda elementos para desmentir aquella respuesta de Henry Kissinger al chileno Gabriel Valdés, pese a que —apenas aplicado—

Porción recóndita del Planeta donde los últimos dictadores de una era antedivulgar supieron preservar "la última reserva moral de la civilización occidental y cristiana" mientras libraban la "tercera guerra mundial" tragándose

una generación de hijos, donde el modelo de soldado sigue más emparentado al guerrero y al cruzado que al ciudadano de uniforme; territorio vasto y deshabitado donde sobran las vacas, se pierden los cultivos y falta la comida; proyecto inconcluso de nación donde lo trunco lleva los sueños rotos han transmutado en rutina de la mediana e insatisfacción que no sufre a la miseria del discurso; espacio de la democracia incierta y la política culposa frente a los maestros de las leyes implacables del mercado y los pregoneros de la supervivencia del más apto; confin austria a medio hacer, donde no ha podido la modernidad ni la contracorriente, donde plasman en el centro los ojos de los márgenes; lejos, muy lejos de los grandes debates del pos-milenio, en la aldea donde conviven todas las talmúdicas y cosmopolitas, desechos patricios y malos sedientos de venganzas ancestrales, "yuxtaposición de márgenes nostálgicos", en este paraje remoto que sabe ser foco de irradiación de cultura e ideas y también ejemplo del despropósito, puede resultar un ejercicio reparador hurgar con nuevas intenciones *América Latina. Introducción al Extremo Occidente* reciente obra de Alain Rouquié publicada por Siglo XXI en México y Emecé en Buenos Aires.

Más de una víctima nativa del fin de la historia y la centrifugación de las ideologías va a encontrar en este reamano descriptivo, analítico y refle-

xio un aporte para el abordaje de la multifacética realidad latinoamericana. Una contribución que rememora a la geografía y el relato histórico —tramos que harían recordar a Tullio Halperín Donghi y al Galeano de *Las venas abiertas*.— se hace cargo de las nuevas realidades que vienen asomando en la región a partir de los '80.

Porque al finalizar la década es claro que muchos juicios, conceptos y definiciones que sustentaron el marco teórico de esta época exigen un replantío al compás de una reestructuración que desbordó las previsiones más osadas.

La artesanía intelectual de las ciencias sociales (acompañada de arás por la investigación empírica) —que tuvo decisiva influencia en la transición del autoritarismo a la democracia— ha quedado, por cierto, rezagada frente a cambios asospachados que han modificado profundamente el mapa socio-económico, el estado amónico y las configuraciones políticas de nuestras sociedades. Otras transiciones han tenido lugar. "Pero qué camino han recorrido estas ciencias adolescentes en pos de ilusiones que avanzan espectacularmente en medio de los contratiempos!" se entusiasma Rouquié, para preguntarse "¿Qué habría creído hace cinco años que la opción pública y las nuevas democracias optarían por el régimen representativo... y por qué después de cinco años no se percibirían revolucionarios?" Y aquí nuestro amigo francés se que-

dó corto para aventurar fenómenos que ya estaban a nuestros puertos.

En aquellos años Rouquié nos obsesó, con el trabajo más serio y completo acerca de los militares (*Poder militar y sociedad política en la Argentina*, luego enriquecido por *El estado militar en América Latina*) y sus frecuentes visitas al país fueron ocasión de cursos, conferencias, seminarios y encuentros con dirigentes y funcionarios en busca de políticos imaginativos que cerraran el ciclo de la decadencia argentina. Así también, en colaboración con Jorge Schwazer, compiló *¿Cómo renacen las democracias?* mientras dedicaba su tiempo a investigar cuestiones de política comparada en la Fundación Nacional de Ciencias Políticas y enseñar en el Instituto de Altos Estudios de América Latina, en París. Entre 1984 y 1988 fue embajador de Francia en El Salvador, desempeñándose actualmente como embajador en México.

Entretanto, surge lo que la revista española *Comienzo* publicó en una reciente nota, ha denominado "argetología": nueva rama de la ciencia política que consiste en explicar el porqué de la manilla caída arcaica "Sociólogos, politólogos, psiquiatras, economistas y juristas —con una salarseño— bien sean franceses, españoles, alemanes, norteamericanos o hindúes renovados, escriben las más sesudas y lúcidas tesis sobre las causas de ese fenómeno extraordinario de un país europeo en el

exilio que ha perdido el norte, el sur, la voluntad y hasta busca extirparse la memoria."

Así es que sobre la vivencia de ruptura que significó la revolución democrática en el continente en medio de la crisis, se hacía necesario retomar la evolución histórica-política de nuestras naciones, con poder con mirada actual los poderes, actores y mecanismos tradicionales de su vida política y social (estilos de autoridad y mecanismos de dominación arraigados) y la identidad latinoamericana navega en la incertidumbre. Ni en Occidente ni en el Tercer Mundo. Esto es hoy Lima, Bogotá, San Pablo o Buenos Aires.

Alain Rouquié coloca el tono filosófico al preguntarse si no es la última vez que el enfoque global y comparado del subcontinente resulta eficaz, si la unión de los destinos latinoamericanos no será cosa del pasado frente a la fragmentación y las divergencias de los procesos nacionales y situaciones que afrontan nuestros pueblos. Este libro —presentado como fruto de un cuarto de siglo de trabajo dedicado a descifrar la "América infuortunada"—, que se presta a una lectura informativa y heurística, tan sólo por haber definido con exactitud la categoría que hoy por hoy nos abarca en el mundo, bien vale el viaje al extremo occidente. Un viaje a nosotros mismos.

Fabían Bosser

El fin de una época histórica

Comunismo y socialdemocracia

Fernando Claudín

Nuestro amigo y compañero Fernando Claudín, creador de la Fundación Pablo Iglesias y hasta ahora su Presidente, acaba de fallecer. Para todos los que estuvimos vinculados en el pasado con el movimiento comunista su desaparición tiene un significado doblemente doloroso. No sólo porque ya no se podrá contar con su juicio certero sobre el sentido de un cambio epocal para el que de muy poco sirven los instrumentos analíticos de la cultura de izquierda. Sin también porque con él se extingue emblemáticamente toda una clase de militantes revolucionarios que, con más errores que aciertos, pero con un firme propósito de justicia y una generosidad a toda prueba, defendieron las ideas del socialismo en los difíciles años de la "guerra civil europea".

El ensayo que incluimos fue publicado en el número fundacional de la revista paneuropea *El socialismo del futuro* (vol. 1, núm. 1, 1990) y es, por lo tanto, uno de sus últimos escritos. Sobre su personalidad de hombre y de militante, nuestro amigo Javier Pradera le dedicó un emocionado y penetrante *in memoriam* que reproducimos en contrapá-

Los Directores

El hundimiento del sistema social creado por el comunismo, acompañado de la crisis irreversible de los partidos comunistas occidentales, marca el fin de esa etapa histórica. La socialdemocracia queda como la única fuerza importante portadora de los ideales socialistas. Aquellos movimientos reformadores del Este que intentan preservar un futuro socialista para sus países vuelven su vista hacia la socialdemocracia. Lo mismo hacen los pocos partidos comunistas de Occidente que conservan alguna relevancia política.

Esta constatación no debería conducir a ningún triunfalismo en las filas de la socialdemocracia, que como sus propios problemas de renovación ideológica y adaptación política a un mundo en vertiginoso cambio. Pero cualquier interpretación que situara en el mismo plano, como fenómenos simétricos y equiparables, el hundimiento de la experiencia comunista y los problemas de crecimiento de la socialdemocracia volvería la espina a las principales enseñanzas de la época histórica que ahora concluye.

Una tendencia a este tipo de "simetría" se manifiesta todavía en algunos responsables del PCUS. Incluso califican de "enfocado agresivo" el que desde la socialdemocracia se hable de "fracaso del comunismo". Pero esta actitud ideológica, propia de los sectores conservadores soviéticos que frenan la reforma, contrasta con el radical revision histórico emprendida por los más caracterizados intelectuales de la *perestroika*.

También en las filas de la izquierda occidental encontramos juicios que, sin ser asimilables a la tendencia más arriba indicada, parecen seguir impregnados las valoraciones comparativas sobre los méritos y deméritos de la socialdemocracia y el comunismo.

Los acontecimientos del Este —el recientemente en uno de los muchos análisis dedicados a este tema— "no deben interpretarse de manera simplista como la demostración *a posteriori* de la razón de uno y del error de otros". En el mismo texto, después de enunciar una evidencia —que la revolución de 1917 "no puede explicarse como un error"— se afirmaba algo sorprendente: "en la historia hay errores, sino hechos".

Sin duda, el simplismo no es buen método de análisis, pero puede descalificarse como "simplista" la conclusión de que, en términos globales —no en tal o cual episodio concreto— la gran experiencia histórica que ahora concluye ha mostrado que las orientaciones básicas de la socialdemocracia respondían mejor a los ideales socialistas de libertad, democracia y justicia social, que la trayectoria ideológica y política del comunismo?

En cuanto a la afirmación de que "en la historia no hay errores, sino hechos", con ello quiero decir que los errores también son hechos, no hay nada que objetar, salvo que la expresión no parece afortunada, porque induce a pensar que en el análisis de los hechos históricos no es necesario tomar en consideración, entre otros factores, los errores o aciertos de los agentes humanos que contribuyen a crearlos. Si estudiamos las trayectorias del comunismo y de la socialdemocracia, ¿puede prescindirse de los criterios de error y de acierto al analizar el comportamiento de los protagonistas? ¿O debe pensarse que en cada momento operó de forma fatalmente a "condiciones objetivas" que no les dejaban más opción que la que tomaron?

El análisis crítico de la historia de la socialdemocracia *no* mostrará también un hundimiento repentino de errores, pero no un hundimiento al hundimiento de la socialdemocracia. Y la razón habría que buscarla no sólo en sus concepciones ideológicas y

CON LA CRISIS, MUCHOS DEJARON DE LEER. OTROS EMPEZARON A IR A GANDHI

30% Dto. FONDO DE CULTURA

Starobinski - *Montesquieu*
Dumézil - *Nostradamus, Sócrates*
Le Roy Ladurie - *Entre los historiadores*
Tuchman - *La marcha de la locura*
Cullis - *Acercamientos a lo imaginario*

30% Dto. CATEDRA

Zumthor - *La letra y la voz*
Tulard (comp.) - *Diccionario de la Revolución Francesa*
Chion - *Cómo se escribe un guión*

Derrida - *Márgenes de la filosofía*
Moi - *Teoría literaria feminista*

30% Dto. SIGLO XXI

Amin - *El eurocentrismo*
Mires - *Las rebeliones en América latina*
Meyer - *Sistemas políticos en América*

Montevideo 453 Tel.: 46-1994

35% Dto. ALIANZA

Hempel - *Fundamentos de los conceptos*
Linz - *La quiebra de las democracias*
Headbrink - *Los instrumentos del imperio*
Bowles - *La economía del despilarrar*
Corral - *El pensamiento político de Tocqueville*

Librería - Café
Además de los mejores libros, los mejores sandwiches de Bs. As.

Hegel - *Diferencia entre Fichte y Schelling*
Sartor - *Teoría de la democracia*
Skinner - *El retorno de la gran teoría*
Nietzsche - *Consideraciones inespaciales*
Canetti - *Masa y poder*
Baum - *Wittgenstein*
Foucault - *Un diálogo sobre el poder*

Conferencias, cursos, cine, presentaciones, música, teatro

FORO GANDHI - NUEVA SOCIEDAD Montevideo 453 Tel.: 46-1994

políticas se revelaron más apropiadas a los objetivos que perseguía —la mejora social de las clases trabajadoras a través de la reforma y no de la ruptura revolucionaria: el avance de la libertad y de la democracia—, sino también porque el funcionamiento democrático de la organización y el estar sometida a la sanción democrática de la sociedad facilitaba la corrección de los errores.

El nombre y la cosa

Si nos alejamos a la realidad y no al discurso ideológico ninguno de las dos tendencias creó una sociedad socialista. La lucha política y sindical de la socialdemocracia ha contribuido decisivamente a importantes cambios en el capitalismo, pero no ha superado aún algunas de sus estructuras básicas, y está por ver cuáles de ellas corresponden a necesidades ineluctables del progreso histórico en una perspectiva predecible. Los males constituyen un obstáculo anacrónico que deberá eliminarse. En cuanto al comunismo, hoy debería estar claro, incluso para los más obstinados en aferrarse a viejos clichés, que tampoco creó una sociedad socialista, a no ser que se confundía el nombre con la cosa.

El debate sobre la verdadera naturaleza del sistema soviético se inició entre los marxistas desde el primer momento, pero no tuvo amplia resonancia hasta después de la muerte de Stalin. Entonces se vino abajo el principal argumento de los que, incluso desde antes de 1953, defendían el carácter socialista del sistema: la supuesta existencia de la propiedad social de los medios de producción. Las revelaciones de los sucesores de Stalin confirmaron que, en realidad, quien monopolizaba esos medios, como cualquier otra esfera de la vida económica, política y social, era una nueva clase social, el partido, el partido burocrata del partido-Estado. A partir de esa constatación se debatoron diversas hipótesis sobre la naturaleza de tal sistema social. Algunos teóricos marxistas lo definieron como un capitalismo de Estado, pero fue prevaleciendo la tesis de que se estaba ante un sistema inédito, que no era ni capitalista ni socialista.

Durante mucho tiempo se pensó en la izquierda occidental que al menos ese sistema había resuelto el problema de la igualdad, aunque fuera al precio de la libertad. En realidad, había creado en una especie de igualitarismo por abajado, en la penuria, sobre el que se elevaba la pirámide de privilegios de la nueva clase dominante. Contra ese igualitarismo para los oprimidos lucha ahora la *peste-rrología*. Además de ser la otra cara de los privilegios, representaba un poderoso factor de ineficiencia económica y de desmoralización de la sociedad.

Si se quiere encontrar un modelo teórico a este sistema social, nada más adecuado que el "comunismo de cuarteil" evocado por Marx. La estatización total de la economía ha implicado la regimentación de toda la vida política, social y cultural, la anulación de la personalidad, y finalmente, la irracionalidad del mecanicismo de producción y distribución. Para instaurar este sistema, primero se ya en el populismo revolucionario del siglo XIX), y, por otro lado, habría que referirse a las "condiciones europeas", a las tradiciones liberales y de lucha por la democracia representativa en que se desenvuelven los partidos socialdemócratas europeos. Las reacciones de Rosa Luxemburgo, representante del ala izquierda de la socialdemocracia, contra la concepción antidemocrática que Lenin tenía del partido, o contra la función de la Asamblea Constituyente, son bien ilustrativas de esas distintas tradiciones culturales.

Del "tranco común" al enfrentamiento

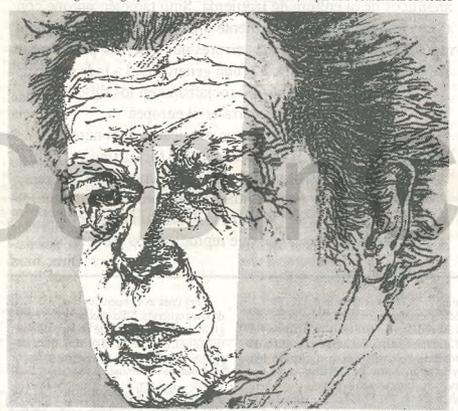
¿Cómo explicarse que el comunismo y la socialdemocracia, partiendo de un tranco común y político común, hayan seguido caminos tan divergentes? En realidad, el programa que aplicó Lenin era muy similar al "programa máximo" de los partidos so-

cialdemócratas de aquella época. También había en común la desconfianza, cuando no hostilidad, a la "democracia burguesa", pese a que esta democracia era, en gran medida, una conquista de las luchas obreras. Se la valoraba instrumentalmente, como un régimen que facilitaba el avance hacia la gran ruptura, el derrocamiento del capitalismo, y la instauración de la dictadura del proletariado. Este enfoque predominaba ampliamente en los partidos de la II Internacional, aunque ya hubiera teóricos, políticos y dirigentes sindicales que comenzaban a tener otra concepción.

Viendo con la perspectiva actual la evolución del enfrentamiento entre comunismo y socialdemocracia, podríamos constatar que la divergencia creciente entre ambas se produce, principalmente, en torno al problema de la democracia. En la doctrina y la práctica del comunismo hay una radicalización de los elementos antidemocráticos que ya existían en el "tranco común", reflejándose tanto en la concepción del partido como del socialismo. Paralelamente, en la socialdemocracia va produciéndose el fenómeno inverso: hay una revalorización creciente de la democracia en la teoría y en la práctica política, aunque la fórmula de "democracia burguesa" siga perteneciendo al

un país abrumadoramente campesino el proyecto "socialista" no podía lograse más que mediante una dictadura total. Cuando Lenin comprendió y reconoció explícitamente, al final de su vida, que el camino emprendido era erróneo, al menos en el sentido estratégico, se abrió la posibilidad de un cambio. Pero en el nuevo grupo dirigente predominó la fracción más antidemocrática y antioctidiana, encabezada por Stalin, que liquidó la apertura iniciada por Lenin. La fobia antidemocrática se apoderó de toda la Internacional Comunista. La socialdemocracia fue calificada de "socialfascismo" y pasó a ser el "enemigo principal". Conzanran los años del terror estaliniano y de organización de las estructuras básicas del sistema, que en lo fundamental han permanecido hasta la *peste-roska*, pese al intento reformista de Jruschov.

El viraje hacia el antifascismo y la defensa de la democracia —que llegaba tarde, cuando ya Hitler había conquistado el poder— creó mejores condiciones para una aproximación entre comunismo y socialdemocracia, pero esta aproximación tropezaba con dos barreras insuperables. En primer lugar, mientras los partidos comunistas occidentales acogían favorablemente la nueva orientación, el partido comunista soviético



lenguaje socialdemócrata durante algunas décadas.

La explicación de este proceso divergente exigiría referirse, por un lado, a la influencia en el marxismo de Lenin, de "las condiciones rusas"; régimen autoritario, carencia de tradiciones liberales, influencia del populismo revolucionario en la configuración del bolchevismo. (Tres ideas clave de Lenin —posibilidad de la revolución socialista en la Rusia atrasada, papel revolucionario del campesinado en ese tipo de revolución y concepción del partido como organización de revolucionarios profesionales, de "hombres nuevos"— estaban presentes ya en el populismo revolucionario del siglo XIX), y, por otro lado, habría que referirse a las "condiciones europeas", a las tradiciones liberales y de lucha por la democracia representativa en que se desenvuelven los partidos socialdemócratas europeos.

—el "partido guía"— llevaba al paroxismo los rasgos totalitarios y terroristas de su dictadura; en segundo lugar, la doctrina de la Internacional Comunista seguía viendo a la democracia como una etapa hacia la "dictadura del proletariado".

El pacto Hitler-Stalin cerró dramáticamente, por dos años, esta fase antifascista. Como plantean ahora historiadores soviéticos, el pacto no se explica sólo por razones "estratégicas", ni aun incluyendo en ellas el protocolo secreto por el que ambos dictadores se repartían las "zonas de influencia" en el Este europeo. La hostilidad y el menoscabo de la democracia, propios del marxismo-leninismo y profundamente arraigados en Stalin, desempeñaron un importante papel. Es sabido que Stalin intentó llegar a un reparto duradero del mundo entre los dos dictadores, pero Hitler le traicionó.

La invasión de la Unión Soviética y la formación de la Gran Alianza abrió un nuevo período de antifascismo. En defensa de su independencia, el Estado y los pueblos de la URSS desempeñaron un papel decisivo en la derrota de Hitler y por consiguiente, en la salvación de la democracia, pero la gloria de la victoria sirvió para apuntalar aún más la dictadura totalitaria. Los pueblos soviéticos quedaron excluidos de la democracia, y con ellos los de la Europa central sometidos a la dominación del Kremlin.

La democracia, máxima conquista del siglo XX

Las enseñanzas de las dos guerras mundiales y del período entre ambas, la experiencia del estalinismo y del fascismo, hicieron más conscientes a los pueblos libres de Europa del valor de la democracia y de la necesidad de unirse para garantizarla y defenderla. La socialdemocracia fue uno de los máximos protagonistas de esta evolución. De su ideología y de su práctica política fue desapareciendo el concepto reactivivo de "democracia burguesa". La democracia sin calificativos pasó a ser un valor en sí mismo, una condición necesaria, aunque no suficiente, de todo progreso social.

Los partidos comunistas occidentales experimentaron también la influencia de esta evolución, pero el cordón umbilical que les unía a la dictadura soviética, su adhesión al marxismo-leninismo y su legislación histórica en el Octubre bolchevique, representaban barreras insalvables para una auténtica reconversión democrática. Fue aumentando su marginación dentro de la sociedad cada vez más democráticas. Incluso los países que apoyaron al comunismo, el intento de renovación —el partido comunista italiano ha sido el caso paradigmático— marcharon con retraso en relación con los tiempos. Hasta que se vieron sorprendidos y atrapados por el hundimiento del sistema en que habían nacido, el que durante décadas había sido su inspiración, su modelo.

El comunismo puede permanecer al margen del drama de sucesivas generaciones de comunistas que vivieron y lucharon por el socialismo, que lo creyeron realizado en el sistema soviético, y en un momento u otro descubrirían la trágica realidad, pero lo peor que podría ocurrir es volver la espalda a las enseñanzas de esta dramática historia.

El derribamiento del sistema que durante más de setenta años aparecía como la encarnación del socialismo, representa un duro golpe a la idea misma del socialismo. Ante ello, en los pueblos que han experimentado ese sistema en su propia carne, pero no también en las sociedades profesionales.

De ahí la gran responsabilidad de la socialdemocracia. Al principio decíamos que después del naufragio comunista la socialdemocracia queda como la gran portadora de los ideales socialistas, pero siempre que no entendamos estos ideales en un sentido abstracto y utópico. Lo que ahora es hondo es, ante todo, "la recuperación del poder", llamado por dos historiadores soviéticos "privatización" a su versión de la historia de la URSS.

A mi parecer, el socialismo no es más que el movimiento real que transforma la sociedad existente, en un sentido de mayor libertad y justicia social. La reflexión teórica podrá prever, y la práctica política impulsará, el desarrollo de ese movimiento, pero no inventar un esquema ideal que la sociedad deba acatar. Llegará posiblemente un día cuando los contemporáneos convengan que su sociedad se diferencia radicalmente de la que en otros tiempos se llamaba capitalista. Por ahora, la gran conquista ideológica y política del siglo XX, que se proyecta hacia el XXI, es la afirmación y el desarrollo de la democracia, que partiendo de Europa tiene que universalizarse, avanza en otros continentes y en este momento derriba los muros que cerraban su extensión al mundo soviético.

¿Pero fueron éstos los condicionantes para que el socialismo no alertara la democratización? Pese más, y fue defensor de lo que yo entiendo, el componente ideológico que impidió el desarrollo de un movimiento semejante al cubano, con características propias, en el cual el componente democrático, si existía, tenía contenidos muy diferentes a los que pueden ser identificados con una democracia pluralista y participativa. Esto llevó a subrayar, cada vez más, a la "revolución" como causa y fin único, sin preocuparse demasiado por el arte de la participación popular, restringida prácticamente a alimentar la sangría humana de la que se vio sometido el pueblo como consecuencia de la guerra.

Notas

- 1. Karen Brantzen, "El PCUS y la socialdemocracia", El País, 4 de septiembre de 1989. El autor es jefe adjunto del Departamento Internacional del Comité Central del PCUS.
- 2. José Solís Turia, "Socialismo y comunismo", El País, 23 de octubre de 1989.
- 3. Esta segunda tesis es la que sostuvo en mi libro La crisis del movimiento comunista (1976) en otros escritos de aquellos años.
- 4. Michel Heller y Aleksandr Nekrich, "L'utopie ou la possibilité. Histoire de l'URSS de 1917 à nos jours", Calman Lévy, 1982.

Malestar y dudas

La sorpresa, el malestar y las dudas que produjo en muchos de nosotros la derrota electoral, de la que no se habla Arico en su artículo "Malestar y dudas" publicado en La Ciudad Futura 21, nos puso ante la realidad de que la obra revolucionaria del sandinismo no se vio coronada con el apoyo popular exteriorizado mediante un triunfo electoral.

Pero no resultan muy convincentes las conclusiones de Arico cuando considera mérito histórico del sandinismo y prueba de su inteligencia el "haber optado por este camino", es decir, el camino de las elecciones democráticas. Y no porque haya otro camino mejor, sino por mis dudosas propias dudas sobre la racionalidad con que la dirección sandinista condujo el proceso que culminó con las elecciones nicaragüenses.

El sandinismo derrotó a una dictadura perversida liderada por un proceso revolucionario popular, y luego comenzó a sentar las bases de un cambio estructural mediante las reformas agraria y cultural como pilares de ese cambio. Paralelamente, se vio envuelto en una lucha sangrienta por la igualdad, dirigida y sustentada por los Estados Unidos.

Esta situación general en la que se desenvolvía la dirección sandinista como consecuencia de la guerra —boicot y bloqueo económico de los Estados Unidos y necesidad de alianzas internacionales cada vez más restringidas al llamado bloque socialista— no eran por cierto el contorno más favorable para el desarrollo de un proceso democrático.

¿Pero fueron éstos los condicionantes para que el socialismo no alertara la democratización? Pese más, y fue defensor de lo que yo entiendo, el componente ideológico que impidió el desarrollo de un movimiento semejante al cubano, con características propias, en el cual el componente democrático, si existía, tenía contenidos muy diferentes a los que pueden ser identificados con una democracia pluralista y participativa. Esto llevó a subrayar, cada vez más, a la "revolución" como causa y fin único, sin preocuparse demasiado por el arte de la participación popular, restringida prácticamente a alimentar la sangría humana de la que se vio sometido el pueblo como consecuencia de la guerra.

Carlos Ramón Escarra

Sin negar el derecho y las razones que le asisten al amigo Escarra de discrepar con lo que yo pienso, yo no puedo coincidir con su modo de situarse frente a la experiencia revolucionaria sandinista. No se puede demandar "racionalidad" de un proceso que por su propia naturaleza excepcional y por las características del marco nacional en que se daba y por las características de sus actores, estaba obligado a marchar y contramarchar. Por supuesto que no puedo desconocer las condiciones ideológicas de una fuerza revolucionaria que asumió la tarea de construir un nuevo orden y

forjar un estado allí donde nunca la hubo. Pero no creo que el "modelo" nicaragüense —suponiendo que existiera tal cosa— haya sido semejante al cubano, aunque más no sea porque nunca dejaron de existir formas limitadas de pluralismo político y porque se intentaron caminos distintos de los cubanos en la construcción económica. La inteligencia del sandinismo, o por lo menos de aquel sector que impulsó sus decisiones, tendió a entender en que frente a la opción de un salto adelante hacia la profundización de un estado de excepción, o de un paso atrás en favor de la instauración de una democracia "pluralista y participativa", escogió el segundo camino. Escurrir podría objetarse que el primer camino era suicida, pero es larguísima la lista de desastrosos semejantes como para no creer que siempre habrdrá habido quienes están dispuestos a cometerlos. Al adoptar el camino de la democratización, los sandinistas han dado una prueba de senates y esto debe ser reconocido. Y porque de algún modo Escarra también lo reconoce puede alegar la esperanza de que el sandinismo, desde la opción, sea una fuerza decisiva para la preservación del orden democrático y la transformación socialista de Nicaragua. José Arico.

No todo da lo mismo

Si se piensa en la crisis que se atraviesa en el mundo estructural, el primero es despertar a los sujetos de modo tal que

Carlos Ramón Escarra

Sin negar el derecho y las razones que le asisten al amigo Escarra de discrepar con lo que yo pienso, yo no puedo coincidir con su modo de situarse frente a la experiencia revolucionaria sandinista. No se puede demandar "racionalidad" de un proceso que por su propia naturaleza excepcional y por las características del marco nacional en que se daba y por las características de sus actores, estaba obligado a marchar y contramarchar. Por supuesto que no puedo desconocer las condiciones ideológicas de una fuerza revolucionaria que asumió la tarea de construir un nuevo orden y

Cartas

el material no queda apilado en el registro de la resignación donde impera la lógica de que las cosas son así porque no pueden ser de otra manera. Cualquier crisis exige más poder ser enfrentada de una buena magnitud de trabajo, y es especialmente necesario cuando la crisis es colectiva y va de la mano de un creciente abandono de los resguardados que la población —pero sobre todo los pobres— debería tener por parte del poder. Porque la experiencia de desempleo deja al sujeto inerme, sin referencias de apelación posibles. Proporcional estas referencias de apelación a la ciudadanía es sin duda una responsabilidad de la dirigencia política. Producir un trabajo, en el sentido apuntado, supone enmarcar un horizonte de concreciones, mínimamente creíbles, de modo de acudir a los sujetos de la indiferencia: es decir, un escenario subjetivo en el que todo da lo mismo o bien es lo mismo cualquier cosa.

De allí que cuando la izquierda toma la frase del presidente: "los de la vereda de enfrente" y ésta a su vez se transforma en la opción *sí/no* a una política económica, esto pone a la gente a trabajar a producir un sentido que no suena como centímetro de una opción que también parece cansada y perdida. Porque en fin, no todo da lo mismo si es posible optar entre la plaza del *sí* o la plaza del *no*. En este sentido fue una buena idea, una idea productiva que enfrentaba a una opción y *dirigir*, un cambio en el "estado de ánimo" de aquellos a quienes iba dirigida la convocatoria. Mucha gente respondió con su presencia en la plaza: ¿qué los llevó allí? ¿Fue la apelación a

una "conciencia ciudadana" como en el período alfonsista); las angustias por las pequeñas o grandes frustraciones de la "insuperable ley del ser"; la angustia de los partidos convocantes? Duró más globalmente que el estímulo para la concurrencia resistió en que fue una buena idea la proposición de hacer constar de un modo público y masivo que no todo da lo mismo.

El presidente insiste en reiterar que está dispuesto a asumir todos los costos políticos que sean necesarios para sacar al país adelante. La concentración de los de la vereda de enfrente subrayó, por el contrario, que buena parte de la población no quiere creer de cualquier manera, vale decir que no están tan preocupados por los costos políticos del presidente sino por los costos sociales del proyecto de transformación estructural. Porque estas opciones y porque pese a que esto se sabe no se tomará siquiera medidas compensatorias para mitigar sus efectos sobre los sectores más desprotegidos.

Cuando comenzaron los discursos de los oradores, hubiera podido darse por concluido el acto político, porque decía, son tiempos de ideas productivas, de actos que puedan ser eficaces para desequilibrar la cantinela de uno y otro lado. En este sentido los sectores convocantes a la marcha por el *No* supieron destacar en frases de Menem lo que éste siente al enlazar sus creencias respecto de un Futuro grande para sus hijos y nietos. Si bien fue fundamental reunir a los miembros de la vereda de enfrente —otros sectores podrían haber estado representados— es útil recordar sin embargo, que el *Sí* es la adhesión a un proyecto. El *No*,

en cambio, no se afirma necesariamente en un proyecto alternativo de las cuales se haga responsable. Dicho en otros términos, se trata de desear que el gran *No* del *sí* no dé más mayas dando lugar a propuestas y alternativas que permitan a los sectores progresistas salir nuevamente en apoyo de diversos *Sí*. La eficacia de una opción responsable no se mide por su capacidad para debilitar gobiernos sino por su capacidad para desmenuzarse a los gobernantes una reflexión sobre los actos de gobierno y sus consecuencias. En cierto sentido, la fuerza de una opción es correlativa del modo en que éste se sitúa frente a sus propios límites: los que le imponen el hecho de no ser gobierno y los que le interpela presidente sino por los costos sociales del proyecto de transformación estructural. Porque estas opciones y porque pese a que esto se sabe no se tomará siquiera medidas compensatorias para mitigar sus efectos sobre los sectores más desprotegidos.

La gente fue a la concentración por el *no* debido a la indefinición de que el gobierno encara los costos sociales del proyecto económico. No necesariamente porque fuera convocador por socialistas, marxistas o comunistas. Por eso cuando Menem, con ese estilo "truco" que tiene, estando a simplificar y banalizar lo esencial, responde que el acto fue anacrónico porque el marxismo fracasó sesentamente fuertemente —una vez más— reclamos esenciales de la población. De los que menos tienen, pero también de aquellos que, sin embargo, no desean sostener un proyecto en el cual el supuesto gran futuro se construye sobre el descarte indigno de muchos.

Alicia Azabul

Advertisement for Galeria de Arte Beneditctis. It features a large stylized letter 'B' logo. Text includes: 'DE BENEDICTIS GALERIA DE ARTE', 'ARENALES 1292 42 8958', '10661 BUENOS AIRES', and 'Nueva Visión'. There are two small images of artworks: one by Anna Boschetti titled 'Surre' and 'Les Temps Modernes', and another by Nueva Visión.

El último internacionalista

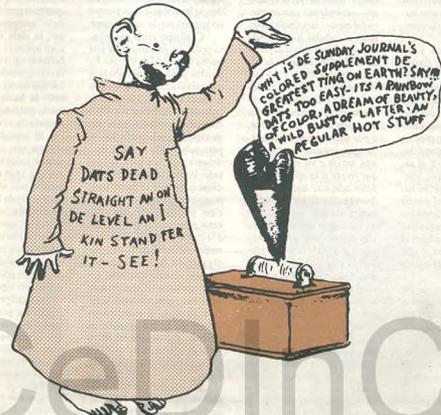
Javier Pradera

A Fernando Claudín le ha sorprendido la muerte cuando empezaban a realizarse los deseos y a cumplirse las expectativas que animaron la última parte de su vida. Apenas hace tres meses, desde la tribuna del Club Siglo XXI, daba una respuesta optimista a la pregunta sobre el futuro de la perestroika; y hace pocas semanas, sabedor ya del mal que le condenaba, entregaba el texto reelaborado de la conferencia *Adónde va la Unión Soviética?* para el número de junio de la revista *Claves*, tal vez como una pieza de su testamento político.

Ese apasionado interés por los avatares de las reformas de Gorbachov y la acelerada descomposición del modelo soviético en Europa Central no era una salida escapista —el síllo del síndrome estrecho de Ormuz del que son víctimas los gobernantes agobiados— ante los problemas internos. Fernando Claudín había colaborado desde mediados de los años setenta con el PSOE (renovado en el Congreso de Suresnes), presidía la Fundación Pablo Iglesias y seguía con gran atención la política española. Ni siquiera su condición de experto en el mundo del Este (de la que es buena muestra su monografía sobre *La oposición en el 'socialismo real'*, publicada en 1981) explica del todo su interés preferente por el bloque soviético. En el fondo de esa especialización latían también los sentimientos y las emociones internacionalistas de una generación de revolucionarios profesionales llegados a la vida pública durante la II República y seducidos por las imágenes heroicas del octubre de 1917.

Nacido en 1913, Claudín fue el responsable de las Juventudes Comunistas que acordó con Santiago Carrillo —dirigente de las Juventudes de PSOE— la creación, en 1936, de las Juventudes Socialistas Unificadas (JSU). Director del periódico de la JSU durante la guerra civil, en marzo de 1939 ocupó una plaza en los últimos vuelos de la aviación republicana desde Alicante hasta Argelia. Luego viajaría a México, Cuba, Argentina y Chile como delegado de la Internación Juvenil Comunista. Vuelto a Europa, desde 1947 a 1954 fue responsable de los comunistas españoles en Moscú. A partir de 1956 sería el *número dos* del buro político del PCE en París. Hasta que se expulsión, en 1964 —junto con Jorge Semprín—, de la organización comunista daría un vuelco a su vida tan dramático como fecundo.

La ruptura de Fernando Claudín con el PCE no guarda apenas relación con los actuales acercamientos a la socialdemocracia de unos dirigentes comunistas que han necesitado el estallido de la pavorosa crisis económica, política y moral de la Unión Soviética para darse cuenta de que su rey estaba desnudo. Pese a la revelación oficial de los crímenes de Stalin en 1956, a comienzos de los sesenta todavía estaban vivas las esperanzas en la Revolución de Octubre; y muchos intelectuales no comunistas —desde Sartre a Vargas Llosa— encontraban aún



justificaciones para la ausencia de libertades y para las penurias económicas del llamado *socialismo real*. Las hazas espaciales de los cosmonautas soviéticos, las fanfarfonas de Jruschov y sus promesas de superar la renta per cápita norteamericana en pocos años, la autocrítica democratizadora del XX Congreso del PCUS y la consolidación de la China de Mao daban plausibilidad a esas apuestas. En el terreno internacional, la confianza en el futuro del modelo soviético resultaba fortalecida por el triunfo de la revolución cubana, los movimientos guerrilleros en Latinoamérica, la independencia de Argelia, la lucha de Vietnam y los progresos de la descolonización en otras zonas de África y en Asia. En España, el PCE constituía el principal grupo de oposición al franquismo; mientras los presos de Burgos testimoniaban la perseverancia y la combatividad de los militantes comunistas, el fusilamiento de Julián Grimau en 1963 era el dramático recordatorio de los riesgos de su combate contra la dictadura.

Pues bien, Fernando Claudín inició precisamente en estos años esa reflexión crítica de sus ideas y de sus creencias sobre la Unión Soviética, el marxismo-leninismo y el socialismo que le llevaría inevitablemente a la ruptura con sus antiguos camaradas. La decisión de emprender ese camino no sólo requería la capacidad intelectual necesaria para comprender los cambios emergentes en el mundo y la sensibilidad política suficiente para captar la dirección del futuro. También exigía un considerable coraje moral para arrojarse cuentas con el propio pasado y para soportar la soledad, la intemperie y la injuria. Porque el desafío a la ortodoxia de un revolucionario profesional como Claudín no era tanto el corte frío con unas certezas intelectuales y unas convicciones políticas como la dolorosa frustración de las apuestas existenciales de su juventud y la patética privación del mundo emocional y afectivo sobre el que descansaban la derrota, la persecución y el exilio.



Quando Fernando Claudín se enfrentó con sus camaradas en 1964 vivía clandestinamente en los alrededores de París, con documentación falsa, como inquilino de una casa propiedad del Partido Comunista Francés, sin otros ingresos que su sueldo como funcionario del aparato del PCE y sin más amistades que las procedentes del mundo de la política. Su expulsión del PCE no sólo le costó ser objeto de una feroz campaña de infamias, sino también la retirada del afecto de sus viejos amigos y la ruptura con esa especie de familia ampliada de la que procedía su sustento material y su alimento emocional.

Hasta su salida del PCE, Fernando Claudín escribió cientos de páginas en forma de artículos de adoctrinamiento político, ensayos de divulgación ideológica o informes de la dirección del partido. De esa producción casi fabril, impersonal y burocrática, simple aplicación mecánica de los moldes recibidos del canon marxista-leninista a una impermeable realidad española, no quedará probablemente nada para el recuerdo. En cambio, la segunda navegación, iniciada por Claudín cumplidos ya los 50 años, le permitió realizar una original revisión de la historia intelectual del marxismo (en su monografía *Marx, Engels y la revolución de 1848*, publicada en 1975) y un certero análisis de las causas del retorno de los comunistas al viejo tronco de la socialdemocracia (en *Eurocomunismo y socialismo*, editada en 1977).

A partir de 1964, y en pleno aislamiento, Fernando Claudín escribió su monumental trabajo sobre *La crisis del movimiento comunista internacional*, que editaría José Martínez en Ruedo Ibérico en 1970. Parece casi imposible que esa ambiciosa investigación pudiera llevarse a cabo fuera del ámbito académico, sin apenas medios y en solitario. Libro de cabecera de la izquierda situada fuera del PCE, la obra fue algo así como los *Versos satánicos* de Rushdie para Santiago Carrillo; para mayor ironía, el secretario general de PCE presentaría pocos años después como propias —aunque de manera superficial y oportunista— buena parte de las ideas y de las intuiciones por las que Fernando Claudín había sido expulsado de la organización pocos años antes.

Fernando Claudín ha muerto cuando acariciaba la idea de iniciar sus memorias para tratar de dar respuesta a los interrogantes sobre el sentido de su agitada y contradictoria existencia. La biografía política de Santiago Carrillo —subtitulada *Crónica de un secretario general*— que escribió para cumplir un encargo editorial fue también un intento de reconstruir el drama —su propio drama— de aquellos comunistas españoles que combatieron primero contra el fascismo en su país, en Francia y en la Unión Soviética, que pelearon después por las libertades bajo el franquismo y que comprobaron finalmente que sus ideales y objetivos últimos —tan esforzadamente perseguidos en la cárcel, el exilio y la clandestinidad— habían tenido en la Unión Soviética y Europa central una realización inhumana.